



Administración, Comercio, Artes, Ciencias, Industria, Literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 26 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.—Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.—En el extranjero 40 francos al año, suscribiéndose directamente; sinó, 60.—En Ultramar 12 pesos fuertes con derecho á prima.

Se suscribe en Madrid: Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Lopez, Carmen, y Moya y Plaza Carretas.—**Provincias:** En las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería central, Giro Mutuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—**Extranjero:** Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.—**Anuncios en España:** 2 rs. línea.—**Comunicados:** 20 rs. en adelante por cada línea.—**Redacción y Administración,** Madrid, calle del Baño, núm. 1.—Los anuncios se justifican en letra de 6 puntos y sobre cinco columnas. Los reclamos y remitidos en letra de 8 y tres columnas.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en Paris, con los señores LABORDE Y COMPAÑIA, rue de Bondy, 42.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Rios, Alarcón, Albistur, ALCALA GALIANO, Atlas Miranda, Arce, Aribau, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Bachiller y Morales, Balaguer, BARALT, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, CALVO ASENSIO, Calvo Martín, Campoamor, Camus, Cansejas, Cañete, Castejar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Constanzo, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Cardenas, Casaval, Ducarrete, DUBÁN, D. Benjumen, Egullaz, Elias, ESCALANTE, Escosura, ESTEVANZ CALDERON, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figueroa, Flores, Forteza, Srta. Garcia Balmaseda, Sres. Garcia Gutierrez, Gayañu, Gener, Gonzalez Bravo, Graells, Güel y Renté, Hartzbusch, Janer, JIMENEZ SERRANO, LAFUENTE, Llorente, Lopez Garcia, Larra, Larrabaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Lecumberri, Madoz, Madrazo, Montesino, Mañé y Flaquer, Martos, Mena Mollas (Marqués de), Muñoz del Monte, Medina (Tristan), Ochoa, Olavarría, Olozaga, Olozabal, Palacio, PASTOR DIAZ, Pasaron y Lastra, Perez Calvo, Pezuela (Marqués de la), Pi Margall, Poey, Retoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rios y Rosas, Retortillo, Rivas (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Ramirez, Rosell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Saco, Sagaminaga, Sanchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Trueba, Varea, Vega, Valera, Viedma, Vera (Francisco Gonzalez);—PORTUGUESES.—Sres. Biester, Broderode, Bulhao, Pato, Castilho, Cesar, Maciudo, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pirés, Magalhaes Continho, Mendes Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirim, Rebelho da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullo, Serpa Pimentel, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Aberdi Alemparte, Balarezo, Barros, Arana, Bello, Caicedo, CORPACHO, Fombona, Gana, Gonzalez, Lastarria, Lorete, Matta, Varela, Vicuña Mackenna.

SUMARIO.

Revista general, por C.—Vindicacion de Quintana, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Lecciones populares, por D. F. Hernandez.—Sultos.—Polonia y Kosciusko, por D. Eusebio Asquerino.—Revista de naciones, por D. Antonio Perez.—Discurso de apertura de las cátedras del Ateneo, leído por su presidente D. Laureano Figuerola.—La agonía de los juegos florales, por D. F. Maresch y B.—Recuerdos de la literatura hebrea, por D. J. Alonso Eguilaz.—A la luz de un fósforo, por D. Luis Garcia de Luna.—Un prólogo del Sr. Rios y Rosas, por D. Antonio Ferrer del Rio.—La instrucción primaria, por D. E. A.—El baron Tiburcio, por D. P. Argüelles.—Revista de Madrid, por D. Eusebio Blasco.—Sultos.—Santiago el Verde, por D. Juan A. Viedma.—La grandeza del artista: Horas placidas, por D. José Moreno Castelló.—Las brevas del Cid, por D. F. B.—Soneto á Cervantes, por D. Julio Monreal.—Poesía, por D. Antonio Garcia Gutierrez.—El canto del gorrión, por D. Manuel del Palacio.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID DE 25 ENERO DE 1868.

REVISTA GENERAL.

Carta del duque de Persigny sobre la libertad de imprenta.—Publicidad de los debates parlamentarios.—Un rayo de sol.—Negocios de Italia.—El Parlamento rumano.—Declaraciones inesperadas.

CARTA DEL DUQUE DE PERSIGNY SOBRE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.—Recordemos primeramente quién es el duque de Persigny como hombre de Estado.

El duque de Persigny es miembro del Consejo privado de Napoleón III. Ha sido largo tiempo ministro del interior en Francia. Se ha distinguido siempre por su adhesión al imperio, á la dinastía napoleónica y á la estabilidad de las instituciones imperialistas. Y como rasgo mas distintivo y característico de su vida pública, cuenta el haber sido el inventor del régimen de las advertencias á la prensa, supuesto que él propuso el decreto de 17 de Febrero de 1852. Merced á la inventiva del duque de Persigny, la prensa periódica de Francia ha estado diez y seis años entre la vida y la muerte. Tres advertencias bastaban para motivar la supresion de un periódico. El duque de Persigny ha tenido el honor de verse políticamente copiado fuera de Francia. Turquía ha admitido el expediente de las advertencias, Rusia lo usa tambien; y en España tres denuncias seguidas de otras tantas sentencias condenatorias dan el mismo efecto que producian en Francia igual número de advertencias. El duque de Persigny es por tanto un hombre francamente conservador.

Nadie ha dudado de su buena fé, de su sinceridad, de su conviccion, de la rectitud de sus intenciones, cuando

sujetaba á la prensa al régimen mas rigoroso; nadie debe dudar de aquellas cualidades cuando viene á proclamar pública y solemnemente la libertad de imprenta.

Porque el duque de Persigny la proclama en términos tan generales para la discusion de los negocios públicos, que se coloca en el terreno de los que piden esa libertad sin ninguna clase de restricciones. Oigámosle:

«Un poder fuerte, nacional, nada tiene que temer de la libertad de discusion; antes por el contrario, todo lo gana con ella. En el tiempo en que vivimos, en esta época en que cualesquiera que sean la forma y la naturaleza del gobierno, en realidad es la opinion quien reina y gobierna, el Estado encuentra ventajas en dejar que se manifieste libremente el espíritu público.

«La libertad de imprenta es el freno de los abusos del poder, de las ambiciones desarregladas, de las intrigas contrarias al bien público. Es el movimiento de las ideas impreso á todo el organismo social y político; es, en una palabra, para la libertad moderna, lo que era para la libertad antigua la vida ardiente, apasionada, pero fecunda del foro.»

No diria mas ni mejor el mas radical y consecuente defensor de la libertad absoluta de imprenta. El duque de Persigny señala primero las ventajas de la libertad, no se le ocultan luego sus inconvenientes; pero advierte que si puede enardecer y apasionar los ánimos, tambien como en el antiguo foro es fecunda esa pasión.

Todavía avanza mas el inventor de las advertencias á la prensa. Hay gentes que temen sus extravíos; él se encarga de tranquilizarlos.

«Sé que espíritus prudentes temen la libertad de la prensa á causa de las circunstancias de nuestra época, en que no solamente tenemos que cumplir la obra difícil en todos tiempos y en todos los países, de fundar una dinastía, sino tambien que reconciliar entre sí los elementos contrarios de esa larga guerra social llamada la revolución francesa. Por mi parte no abrigo esos temores. Así como al advenimiento de Enrique IV despues de setenta años de guerras de religion, no era posible apasionar los ánimos y armar á los ciudadanos unos contra otros, en pro ó en contra de la transubstanciacion, y el jefe de la casa de Borbon podia decir, sin espantar á los hugonotes: «Paris vale una misa;» así tambien hoy despues de setenta años de luchas políticas en pro ó en contra de las mismas ideas, no hay ya nada que temer del choque de esas ideas.

«Voy todavía mas lejos. Cualquiera que sea el estado de los partidos que sobreviven á las pasiones de la revolución; cualesquiera que sean las causas que los mantienen en campos tan hostiles en apariencia, la idea madre de la revolución ha penetrado de tal modo en todas las almas y en todas las conciencias, que los hombres de los partidos mas opuestos han llegado á hablar, por decirlo así, el mismo lenguaje. Escuchad á los mas elocuentes: Berryer, Thiers, Julio Fabre, Rouher, bajo banderas tan

diferentes, y cualquiera que sea su secreto pensamiento, parece que combaten por los mismos intereses, que profesan las mismas doctrinas, que reclaman las mismas cosas, y que solamente difieren en cuanto á la realización mas ó menos exacta, mas ó menos completa de los mismos principios.

«En otro tiempo esos hombres eminentes, al pronunciar hermosos discursos en medio de los furros de su época, solamente habrían pensado en degollarse. Hoy como los abogados que defienden los intereses sin las pasiones de sus clientes, se dan la mano al bajar de la tribuna, y se felicitan uno á otro por su talento. Cuando en un país sucede esto, es que está maduro para la libertad. Ha llegado el tiempo de realizar sus ventajas, y gloria del emperador será haberlo comprendido el primero.»

PUBLICIDAD DE LOS DEBATES PARLAMENTARIOS.—Al mismo tiempo que el conservador liberal, duque de Persigny, aboga así por la libertad de la imprenta, otros conservadores franceses señalan las ventajas de la publicidad de los debates de las Cámaras. Es una vuelta completa al sistema liberal parlamentario. ¿Durará mucho esta moda?

«Ved bien lo que sucede con la ley de reorganización militar. Sale de la discusion del cuerpo legislativo mejor conocida, mejor apreciada. Las poblaciones saben ya lo que debe pensarse de ese terrible fantasma de nueve años de servicio, y de ese espantajo de la guardia nacional movilizable. El trabajo que comienza á hacerse en el país, es el que ya se ha hecho entre los diputados, cuyo resultado ha sido reducir á sesenta el número de los que rechazan la ley, cuando al principiar la discusion se podia presumir justamente, que ese número excederia de ciento.»

Prescindamos de que sea cierto ó no que el pueblo francés mire hoy con menos prevención que al principio la ley de reorganización militar, y prescindamos tambien de que la discusion haya ó no puesto mas de relieve sus inconvenientes. Aun así, siempre habria razones para abogar por la publicidad de los debates parlamentarios, no ya en interés de los pueblos, sino en interés de los mismos gobiernos. Supongamos un país donde exista una Cámara con derechos limitados, privada de la publicidad de las sesiones; supongamos una prensa sin libertad, y preguntemos qué sucederia el día en que un proyecto de ley de alguna importancia, quizá antipático al país, entrara á formar parte de la legislación. El país tendria derecho para decir que no habia intervenido suficientemente en su confeccion. Resultaria una ley sin autoridad, mal mirada, y aun motejada quizá de ser únicamente obra del gobierno. Pero cuando no se puede negar la brillantez con que en una discusion se exponen todas las opiniones, ni que hayan sido seriamente apreciadas; cuando se ha visto que la luz ha brotado por todas partes, entonces, si algunos acojen la nueva ley con disgusto, no

por eso carece de autoridad. La responsabilidad de la Cámara aumenta entonces tanto cuanto disminuye la del gobierno. La ley gana en prestigio.

UN RAYO DE SOL.—Las densas nubes que los rumores de guerra levantan en el horizonte europeo, son traspasadas por alguno que otro rayo de sol, rayo que brilla por breves momentos, dejando luego mas oscuridad en el espacio. La situación política parece que tiende á mejorar en el sentido de la conservacion de la paz, asegurándose, que lo que principalmente contribuye á ello, es la actitud mas pacífica y amistosa de Prusia con Francia, y de rechazo con Austria. Dos circunstancias parece que pesan mucho ahora sobre las resoluciones y la conducta del gabinete de Berlín. En primer lugar, los manejos panslavistas de Rusia en Bohemia, han causado algunas inquietudes en Alemania, de las cuales participa mucho Prusia, porque se dice que la interesa que el gabinete de San Petersburgo no extienda su influencia hasta el corazón del imperio austriaco, y esto la ha inclinado un poco hacia las potencias occidentales. Sobre este particular, nos parece á nosotros que se pretende ver demasiado lejos. Si Prusia ha de realizar sus planes en Alemania, necesita equilibrar con la amistad de Rusia la hostilidad de Austria y Francia, dejando á aquella potencia en libertad de seguir su política en Oriente.

Mas fundado encontramos que el gobierno prusiano tenga que luchar con ciertas dificultades interiores. El haber adoptado la Cámara de los diputados de Berlín una proposición sobre la inviolabilidad de los representantes del país, indica que el Parlamento se halla dispuesto á revelarse contra la omnipotencia ministerial. Por otro lado, ciertas resistencias de la Alemania del Sur á la política prusiana, indican la necesidad de algunos miramientos hacia los países de esta parte del Mein. En Baviera, el gobierno parece decidido á no recomendar para el futuro Parlamento aduanero, sino á hombres absolutamente opuestos á la entrada de los Estados del Sur en la Confederación del Norte, y resueltos á mantener sobre este punto importante la línea de demarcación establecida por el tratado de Praga. Los mismos síntomas se manifiestan en el ducado de Hesse-Darmstadt, de modo que Prusia necesita ser muy circunspecta en el desarrollo de su política interior. Bajo el imperio de estos hechos, y en la esfera en que se imponen á la atención del gabinete de Berlín, este parece que demuestra hallarse animado de sentimientos mas pacíficos, y hasta se asegura que no se contenta con abstenerse de todo lo que pudiera agravar la situación, sino que ayuda á vencer las dificultades pendientes.

NEGOCIOS DE ITALIA.—Prevedemos que la permanencia del general Menabrea al frente de la política italiana, puede ser una gran calamidad para aquel país, si el monarca no le retira la confianza, cuando ya ha perdido la de las Cámaras. Juzgando por los resultados, su conducta no puede ser mas desacertada. Señálase una gran inquietud en Nápoles y en la alta Italia. El príncipe Humberto se traslada á Milan y el duque de Acosta á Nápoles.

El baron de Ricassoli se retira disgustado de la política, y el gobierno pide á la nación mas sacrificios sin ofrecerle ninguna compensación de ellos. Pero lo que sobre todo condena al general Menabrea, es la guerra indigna que ha declarado á Rattazzi. Bien obedezca á una pasión personal, bien á la presión de una influencia extranjera, su falta es igualmente inexcusable. El general Menabrea ha pretendido desconsiderar al presidente del último gabinete italiano, probando su complicidad con Garibaldi, en la última invasión de los Estados Pontificios, publicando ciertos documentos oficiales. ¿Era esto lo que corresponde hacer á un hombre de gobierno? Cuando la aspiración de Italia hacia Roma es tan manifiesta, y ha sido consagrada por un voto del Parlamento, ¿está bien en un ministro italiano el intento de desprestigiar á otro ministro por haber querido realizar esa aspiración por medios que dada su posición oficial no podía confesar á la luz del día, vanagloriándose de ellos? Suponiendo que sea cierto que Rattazzi favoreció la invasión garibaldina, guardando mal primero, al prisionero de Caprera, y dejando luego descubierta en algun tanto la frontera pontificia, es al general Menabrea, italiano, y hoy jefe del gabinete, á quien conviene denunciar y probar al mundo esa complicidad? ¿Qué? ¿Cuándo Francia secretamente quebrantaba el convenio de 15 de Setiembre, manteniendo su intervención en los Estados Pontificios por medio de la legión de Antibes, Rattazzi debía cruzarse de brazos y guardar con el mas exagerado puritanismo el tratado roto por una de las partes contratantes, y mirar actos simulados y capciosos con una punible indiferencia?

Pero las ovaciones del pueblo italiano han vengado y vengan á Rattazzi de las intrigas del general Menabrea. ¿Cómo han sido recibidos por el público los documentos que debían desprestigiar al comendador Rattazzi? Con un sentimiento de repulsión hacia las intenciones del general Menabrea. Rattazzi, por el contrario, que ha hecho un viaje á Nápoles, ha sido recibido en palmas por la antigua ciudad borbónica. El partido de acción se coloca á su lado, y casi le proclama su jefe, y á pesar del recuerdo de Aspromonte, no existe hoy en Italia ningun hombre mas popular que él.

A las repulsiones que excita el general Menabrea, debe añadirse la del general Cialdini. Invitado á encargarse de la embajada de Italia en Viena, lo ha rehusado, para que no aparezca que se adhiere á la política del actual Gabinete.

Es, pues, necesario que el soberano de Italia comprenda que no ha depositado en manos prudentes las riendas del gobierno del país. Hombres como el general Menabrea, que se señalan con actos como el de la publicación de los documentos referentes á la época ministerial del

comendador Rattazzi, ó son muy ciegos, ó muy imprudentes, ó están demasiado dominados por pasiones personales. Si ha querido satisfacer alguna mira de rivalidad, es muy pequeño: si ha querido satisfacer una exigencia exterior, es mal italiano: si ha querido desprestigiar á su ministro, es un miopo, porque Italia, forzada á marchar por un camino de rodeo al fin de sus aspiraciones, no puede condenar, ni condenará, al hombre que no temió desafiar ciertas censuras, poniendo solamente la vista en el triunfo de la gran causa nacional. Podrá un imperialista francés acusar de doblez á Rattazzi: en un italiano sería una ingratitud: en un ministro de Italia es el mayor de los absurdos y la mas grande de las inconveniencias.

EL PARLAMENTO RUMANO.—En Bucharest se han abierto las sesiones del Parlamento rumano. El discurso del trono asegura que se mantendrán enérgicamente los principios de humanidad, de tolerancia y de libertad de conciencia respecto á los israelitas. El gobierno desea que todos los habitantes de la Rumania gocen de la misma seguridad. Ha hecho constar las buenas reformas introducidas en la administración de la Hacienda y en la de Justicia, y ha anunciado la presentación de varios proyectos de ley que deben completar la organización interior del país, referentes á la policía rural, á la descentralización administrativa, á la construcción de caminos de hierro y á la reorganización del ejército.

DECLARACIONES INESPERADAS.—La política española ha caído desde hace mucho tiempo en una notoria monotonía. Apenas juegan en ella tres ó cuatro registros poco difíciles de manejar.

Los defensores del progreso, almas generosas, pero inocentes, indignanse de tales peroratas, y ponen en juego todas sus facultades y se aplican á la defensa del presente con veheméntísimo ardor, como si estuvieran ya los bárbaros á las puertas de Roma. Cuando parece que se aquietan los neos, cruje una voz dando el grito de alarma contra la revolución y sus horrores, y hémos aquí otro poco de tiempo ocupados en discernir y distinguir entre la buena y la mala revolución, entre la revolución material y la doctrinal. Y por encima de todo escuchanse frecuentes invocaciones á la Providencia, de los neos para que confunda á los liberales, de otros para que con su diestra poderosa dirija á puerto de salvación la cargada nave del Estado.

Esta monotonía ha sido rota hasta cierto punto por un brevísimo discurso del presidente del Consejo de ministros, con el motivo que explicaremos.

Europa se halla poseída de la fiebre de los armamentos y de la transformación de fusiles, desde que el ya difunto Dreyse inventó para el ejército prusiano el de aguja, al cual han seguido luego el perfeccionado Chassepot, el Berdan y no sabemos qué otros. Aunque algunos estados nada tienen que temer por el momento, sino los fantasmas que se forjan, y aunque los descubrimientos científicos andan tan de prisa, que es muy posible que antes de usarse los Dreyse, los Berdan ó los Chassepot, se invente una nueva máquina de matar hombres que inutilice todas las anteriores, y obligue á los gobiernos á emplear otra vez en pura pérdida sumas enormes, ninguno quiere ser menos que su vecino. No sabemos con toda seguridad si España puede verse ó no envuelta en una complicación exterior; pero lo cierto es que el ministro de la Guerra pidió á las Cortes un crédito de algunos millones para transformar 100.000 fusiles del sistema antiguo en fusiles de aguja, y que las Cortes unánimemente han aprobado el proyecto de ley presentado por el gobierno.

Esta unanimidad, y no sabemos si alguna otra circunstancia, movieron al señor duque de Valencia á pronunciar un discurso, que por su forma, por la ocasión, por la solemnidad mayor que le dió el presidente de la Cámara popular con algunas breves palabras suyas, y por la impresión que ha producido en las gentes que se ocupan de política, casi ha sido un acontecimiento. Dijo el señor duque de Valencia despues de dar las gracias al Congreso por la aprobación del proyecto de ley:

«Yo puedo asegurar á los señores diputados que las armas que se den al ejército, que todos los medios de ataque y defensa que le concedan las Cortes, se emplearán siempre para defender á la reina, para defender su trono, para defender las instituciones, porque aun cuando se haya motejado con grandísima injusticia de retrógrado y de reaccionario al ministerio que tengo la honra de presidir, todos los individuos que lo componemos, somos y seremos siempre sinceros constitucionales.»

«Si, señores diputados; las instituciones representativas no perecerán en nuestras manos. La Constitución podrá tener y tendrá en efecto, mas entendidos defensores; pero mas leales y decididos guardadores no. Todo lo que hemos hecho en defensa de la reina y de su trono y para asegurar el orden público, ha sido encaminado tambien á la defensa de las instituciones, y para librarlas del naufragio con que las amenazaba el torrente revolucionario.»

«Nosotros queremos, como querrán todos los españoles, y muy particularmente los representantes de la nación, que la reina, que los amantes de la libertad y de la Constitución vayan por el mismo sendero amándose mutuamente; y como nosotros estamos seguros de la lealtad de la reina, como estamos seguros de que no faltará á sus juramentos; nosotros debemos hacer por separar de las instituciones todo lo que pueda ser anarquía; todo lo que pueda ser irreconciliable con el trono. Nosotros estamos seguros de cuál es la rectitud de las intenciones de S. M.; cualquier cosa que nosotros hayamos hecho, en que hayamos faltado, la culpa ha sido nuestra, nuestra la responsabilidad; porque la reina desea que vayamos por el sendero por donde puedan ir las instituciones y el trono, para de consuno satisfacer las necesidades del país.»

G.

VINDICACION DE QUINTANA.

I.

La poesia lírica es eminentemente subjetiva. El poeta lírico no busca un hecho para loarle describiéndole; no trata de explicar un sentimiento universal de la época en que vive, para representarle íntegro, tal cual es en sí, en sus mas delicados matices, engalanado con la rica vestidura del arte; no persigue una idea que está en todas las conciencias; que se revela en todas las manifestaciones de la vida, que es misterioso simbolo de una edad, y fuerza irresistible que la arrastra al movimiento; que en todo se presente y adivina, para trazar con caracteres indefinibles, mediante las formas estéticas, purísimas, de que dispone, la fórmula verdadera de una civilización determinada; no: el hecho le encuentra en sí mismo, el sentimiento no es otro que el propio suyo, que en su alma alienta, y que fortifica su espíritu: la idea es la que brota en su inteligencia, encendida en el fuego de su inspiración: el hecho, el sentimiento, la idea, son las expansiones de la fuerza vital del individuo, que en él se producen, y que á él reconocen únicamente por causa. La poesia lírica no es otra cosa que la expresión magnífica de los sentimientos, ideas, aspiraciones del que canta: que no tienen otro germen de vida que la suya propia, que no reconocen otro fundamento ni otra causa, que el individuo, que viendo en su realidad la belleza, al dar forma á los secretos que en su alma se encierran, la realiza. Por eso en la poesia lírica todo es desorden aparente; no se halla relación íntima y clara entre ideas y sentimientos; los hechos se presentan como tienen la imaginación, sin orden de prelación alguno; no se sientan premisas para decidir consecuencias; se trata solo de representar fielmente los diversos estados del alma del que escribe. Por eso hay vaguedad en las obras líricas; por ese torrente desbordado de sentimientos á que obedece la imaginación que los dá forma, el espíritu del poeta lírico, sigue sin rumbo fijo el derrotero de sus inspiraciones, sugeridas por las impresiones del momento; por eso una aparente confusión que necesariamente engendra alguna oscuridad viene á ser carácter esencial y genuino de toda manifestación lírica; por eso el dolor y el placer, el bien y el mal, la religión con sus misterios, y la decrepita y vieja sociedad con sus vicios, vienen á ser de su exclusivo patrimonio y á confundirse y contraponerse, obedeciendo solo á la individualidad que á tan gigantescas concepciones dá vida, y supeditándose á la unidad de un pensamiento fijo, preciso, eterno, impreso con indelebles trazos en el espíritu del que crea, y que en sí propio alienta y vive. Pero como el individuo no vive jamás aislado, canta amores correspondidos ó frios desdenes, glorias de su patria ó grandezas de su religión, ha de ser influido necesariamente por la civilización en que vive, y con su espíritu y con su criterio, ha de representar, necesariamente tambien el poeta, todos esos sueños encantadores ó esas amargas realidades. Y por eso es por lo que en el poeta lírico, á parte de su individualidad, y su peculiar carácter, podremos siempre, ó la mayor parte de las veces, apreciar las condiciones á que obedecen los pueblos, en las épocas en que dá forma á sus brillantes y armónicas concepciones. Por eso en Píndaro, cantando al vencedor en los juegos, adivinamos la nacionalidad helénica; en Virgilio, la unidad del imperio; en Petrarca, al describir el amor que por su Laura sentia, el espiritualismo cristiano, á que mediante el Pontificado, la Edad Media tendiera; en Herrera, al ensalzar la grandeza de aquel Dios omnipotente que prestara aliento á la cristiana armada para vencer en Lepanto las innumerables hordas de los enemigos de su fé, y el alto concepto del poder y la autoridad derivada de Dios, y representado en la fórmula del absolutismo en la Edad Moderna; y en Quintana, el gran poeta del siglo XIX, al ensalzar la memoria de Padilla, el santo espíritu de libertad, que defendido por la revolución francesa por todos los ámbitos del mundo, es limpio blason de las generaciones presentes.

Quintana es un gran poeta lírico. Inspirado, ardiente, grandilocuo, siempre halla el tono adecuado al asunto asunto que canta, al pensamiento que le avasalla; y si poderoso y elocuente cuando ensalza las conquistas de la civilización presente, es melancólico y sentimental al rendir culto á la hermosura. Su entonación es siempre robusta, varonil é inimitable; su entusiasmo siempre creciente, su frase limpia, tersa, galana, grandilocuente; sus imágenes gigantescas; sus comparaciones vigorosas y felicísimas al par que oportunas; sus figuras valientes, arrebataadoras; su versificación rica, armoniosa, variada, llena; y el espíritu que le anima, vivificador, purísimo; ¿cómo no? si inspirándose en las maravillas de los modernos tiempos, no encuentra otra causa ni otro fundamento de su sublimidad épica que el fuego sagrado de la libertad, á cuyo vivido calor naciera y se desarrollara? En sus odas, todas muy extensas, no hay ni una sola estrofa en que decaiga ni un punto su viril entonación, y el interés vivísimo que su estro sabe prestar á todas; en ellas la animación es continua, constante el entusiasmo, la inspiración, por sostenida, igual, igual en todo que en las partes. Y si á estas condiciones añadimos una corrección esmerada, gran variedad en la palabra, una cultura y delicadeza extremas en la forma, un atildamiento clásico en la expresión, compatible siempre con la alteza de las ideas, y una elegancia inimitable en su parte puramente formal, y una admirable contraposición de afectos que pone cada vez mas de relieve la acción misma de su pensamiento, al desenvolverse y reflejarse en su manifestación externa, ¿habrá alguien por presuntuoso ó ciego que sea, exceptuando al Sr. Cañete, que se atreva á negar á Quintana el dictado de poeta lírico, y poeta lírico por excelencia, que todos los críticos hasta hoy han venido asig-

nándole sin género alguno de contradicción ni de duda, y que no considere su ilustre nombre como una de las mayores glorias con que el Parnaso castellano justamente se enorgullece? ¡Ah! ¡no! La generación presente, en él, ha premiado con la corona que á su frente ciñera á todos los ilustres varones, que siglos de oscurantismo y de barbarie despreciaban aplacando los justos enojos de Cervantes, según felicísima expresión de un distinguido escritor de nuestros días, y al elegirle á él como viva representación de las glorias de nuestra patria, dió una muestra elocuentísima de la justicia con que obraba. ¿Quién más digno que Quintana de tan gran honra? Si, el autor de Pelayo y de la oda á la Invención de la imprenta, en nada desmerece de nuestros augustos géneos; de ellos desciende, por la sublime inspiración que campea en sus obras, por el estilo poético que dió vida á sus gigantescas creaciones, pertenece de hecho y de derecho al linaje de los Herrera y los Rioja. Aquilatemos su mérito literario para admirarle; que nunca es tan digno el ciudadano, como cuando ensalza las tradiciones nobilísimas de su patria; que nunca es tan grande el hombre, como cuando levanta su voz, por desautorizada que sea, para loar y admirar las glorias de la humanidad.

II.

Quintana canta á la raíz de los mas grandes sucesos que en la humanidad se han realizado: pulsa su áurea lira, cuando ya Voltaire habia arrojado sobre todo lo decrepito, la hiel de su burlona y escéptica risa: cuando Rousseau hiciera despertar en los pueblos la conciencia de sus derechos: cuando Montesquieu habia enseñado, analizando el espíritu de las leyes, las nociones fundamentales de libertad y justicia: cuando ante el arrogante Mirabeau caía la monarquía al ver reunirse á su voz, los poderosos elementos de que todo pueblo que quiere ser libre, dispone; y cuando despues de aquellos terribles, sangrientos, pero gloriosísimos días de la revolución francesa, en que se desquiciaron los ejes gastados por el tiempo, en los que la decrepita sociedad descansaba, de entre sus convulsiones violentas y sus tempestades tan aterroradoras como necesarias y útiles, se destacaba tomando gigantescas proporciones, iluminado por el rayo y precedido por el trueno, aquel «coloso de la fortuna, fundido para la guerra,» según Arolas, que al romper las fronteras de las naciones y salvar las distancias que á unas de otras separaban, y avasallar á los reyes de derecho divino, no llevaba, no la desolación y la muerte como fin, ni aunque á ello aspiraba, la realización de la unidad monárquica, quimérica é imposible, sino el germen fecundo, la fructífera semilla de las grandes ideas que se aspiraban en el ambiente, se difundieron en los rayos del sol, y se adivinaban y presentaban en las palpitaciones de la naturaleza, y á cuyo benéfico influjo no pudo menos de ceder el alma apasionada de nuestro gran poeta. Los enciclopedistas con sus exageraciones escépticas, y su frío y desconocedor ateísmo, llevaron á cabo la obra de destrucción necesaria para la vida de las nuevas generaciones; los revolucionarios franceses, envueltos por un mar de sangre, pero iluminados por los resplandores purísimos de la conciencia universal que los impulsaba á derrocar lo viejo por vicioso, para dar paso á lo joven por bueno, completaron su obra; y lo mismo unos que otros escribieron con letras de oro en el libro de la inmortalidad, los sacrosantos dogmas de amor, libertad é igualdad, bases políticas de las modernas nacionalidades, y que sobrevivirán eternamente á los ilustres nombres á que se enlazan, y que labraron tanto en el nervioso espíritu de nuestro gigante cantor. Imbuído por tan grandiosos ejemplos al ver traspasar las fronteras de la nación donde se mediera su cuna, las cohortes del engaño y la iniquidad, se subleva contra tan inaudito crimen, pulsa su acordada lira, arrancando de ella acentos de poderoso entusiasmo, contagioso, irresistible, recuerda al pueblo sus sagrados deberes, le incita á la pelea, le sostiene en ella con su ánimo levantado y grandioso, y escribe en sus inmortales versos, al fulgor de la antorcha del géneo, la tabla de sus indisputables derechos. Por eso, Quintana, es el cantor de la patria: nadio como él la ha descrito. Ama la libertad, y siempre, sea lo que quiera lo que cante, sea cualquiera el asunto que le ocupe, el pensamiento que le embargue, su inspirado acento, revela en armónicas y cadenciosas estrofas el entusiasmo que le inspire, el fuego inextinguible con que la adora, y las excelencias que en ella comprende; ama á su patria con el delirio de un géneo, y sus cantos son himnos á su independencia, y en todas partes y donde quiera que pulse la lira, el recuerdo de sus gloriosas tradiciones le exalta y enciende, y arranca á su alma las mas vehementes y admirables loanzas; ama á la humanidad, y cosmopolita, sin rencores de localidad, anatematiza, donde los halla, el vicio y la ignorancia, y glorifica la virtud do quiera exista, bien no sea en su patria, en ese santuario del alma, donde vive eternamente la consoladora luz del primer recuerdo, purísimo, casto y siempre y en todas sus obras, como aspiración constante de su pecho, tiende á la unión y á la fraternidad de todas las naciones. Y si canta al mar, celebra al buque que lo atraviesa, y pone en relación directa á unos con otros hombres; y si ensalza la imprenta, deifica el géneo de igualdad que á tan gran descubrimiento presidió, y que difundió por todos los ámbitos de la tierra, los irradiadores rayos de la ciencia; y si bendice á Balmis, no encuentra en él otra significación mas alta ni mas digna, que la del que noble y arrojado, despreciando la furia de los mares, va sereno y confiado á hacer el bien en los mas remotos y lejanos confines, haciéndole exclamar:

Yo volaré, del fervido Oceano,
arrostraré la furia embravecida,

y en medio de la América infestada,
sabré plantar el árbol de la vida.

Estos son los únicos sentimientos que llenan su alma, y que arrebatan su poderosa fantasía. Ama la belleza, y realizándola, la comprende como pocos: ante la hermosura de la mujer se siente estasiado y conmovido, adorando en ella la pureza de las formas, si bien

el vivo afán que el sentimiento inspira
sin el que la beldad no es otra cosa que:

Flor inodora
estátua muda que la vista admira,
y que insensible el corazón no adora:

pero ya admire la gracia y ligereza de *Cintia* bailando, en rápidos versos y galanos giros, ya á *Luisa Todí* inspirada por el encanto del arte de Bellini, ya lllore el apartamiento de su *lélida*, siempre en todas sus obras que pudiéramos llamar amorosas, no sea el amor de la mujer, y sus gracias y hechizos, por lo que en sí mismos valer puedan, sino en cuanto reciben nuevo encanto y realce, ó por la dulzura y armonía de las artes, ó por la pureza y la misteriosa magia de la virtud. Poeta cristiano y mas que todo amante platónico de la fraternidad universal, no podía menos de sentir en su alma la poderosa llama del amor, á Dios consagrado y con su espíritu y embebecido en su encanto, imprime á sus obras perfume, ese aroma purísimo que nos hace soñar con el cielo, sin que en ninguna de ellas se consagre á cantarle separada é independientemente, porque cuando se escribe en épocas tormentosas y aciagas para la patria, como las en que Quintana asombró al mundo con la fuerza de su géneo, el poeta se inspira en la idea de Dios sin nombrarla, que hay horas en que se combate, no se reza.

III.

Consideremos el tiempo en que vive Quintana, y comprenderemos que la musa en que se inspira, no podía ser otra que la libertad; que tan solo esa idea era la que podía embargar su entendimiento, herir su sensibilidad, mover su voluntad, porque era la que alentaba á aquella noble generación, que al immortalizarse en Zaragoza y Gerona, escribiendo con su propia sangre las páginas de sus increíbles y portentosas hazañas, trazaba, al fulgor de los fuegos enemigos, reserva impasible, el Código fundamental de sus leyes, basado en el gran principio de la soberanía; porque era la que entusiasmaba á los guerreros al entrar en el combate, y la que iluminaba las preclaras inteligencias de los inolvidables legisladores de Cádiz, al echar los fundamentos del régimen representativo en la península ibérica: y Quintana es el poeta de aquella edad, es el Homero de aquella epopeya, que reconoce su génesis grandiosa en aquella obra sublime de los ocho siglos, y que es muestra palmaria de que antes que España deje de ser lo que ha sido, consentirá en ser borrada de los libros de la historia y de la vida, porque es cien veces preferible la muerte á la deshonra. Y esto nos explica por qué Quintana es el poeta de la patria, y nos enseña de un modo indudable, que si por su clasicismo y ático gusto entronca su linaje con los Garcilaso y Góngora, por su espíritu de independencia, por su amor á la patria, por su entusiasmo por las muchas y gloriosas tradiciones de la España, desciende directamente de aquellos modestos trovadores, que errantes en los tiempos de la Edad Media, levantaron un monumento de impercedera grandeza á la tierra de los Cides, en su inmortal y nunca bastante admirada epopeya, *El Romancero*, sin cuidarse de poner sus nombres ilustres ni aun en la última de sus brillantes páginas. Habían ya pasado los tiempos del feudalismo y del absolutismo, tan tiránico uno como otro; habíase apagado ya las hogueras del Santo Oficio; el hombre reintegrado en su dignidad, podía libremente dar rienda suelta á sus inspiraciones; la ciencia difundía sus resplandores irresistibles por todas partes, y era vano repetir descripciones exóticas ó alambicamientos de forma, único campo en que por largos años, pudo el géneo volar y ejercitarse; en el cuadrante de la eternidad, el dedo de Dios señalaba la hora de la libertad, y Quintana henchido de santo entusiasmo, cantó las conquistas de la civilización moderna, alentando á los bravos y aguerridos campeones que en su defensa combatían, trayendo á su memoria los mas altos ejemplos de valor y nobleza, de abnegación y patriotismo. Por eso en las odas patrióticas de Quintana, es donde su alma se retrata por entero. Y por eso aun independientemente de ellas, en todas sus obras, su entonación, su estilo, verdaderamente pindáricas, responden á tan alto objeto. Necesariamente para hablar á las generaciones nuevas, para entusiasmarlas, y mantener siempre vivo en su alma el fuego del amor á la libertad, tenía no solo que exagerar su culto, sino maldecir de las edades pasadas, arrojando sobre ellas apóstrofes violentos. Quizá en ellos falsea algun tanto la verdad histórica, quizá dando rienda suelta á sus inspiraciones, y dejándose arrebatado demasiado por ellas, juzga con sobrada acritud, tiempos y hechos, para el filósofo digno de altísima consideración; pero al romper con el pasado, lucha por conquistar un presente de desconocida grandeza, y para hacer patente á los ojos de los incrédulos un porvenir mas bello y mas armónico, y su grande obra, no solo le disculpa de leves errores en que pocas veces incurrir, sino que abriga en gran manera sus calidades poéticas. Además, el poeta no es el filósofo, no es el historiador; de él no podemos ni debemos exigir otra cosa que inspiración y entusiasmo, y estas condiciones las cumple á maravilla el insigne cantor de Guzman el Bueno y del combate de Trafalgar. Por otra parte, si trueno contra los excesos de la tiranía, su odio es sobre santo, justo; si porque en sus errores históricos incurrir al juzgar los fines que realizan las monarquías absolutas, y aun

los que llevaron á cabo, en la *virgen del mundo* nuestros grandes conquistadores, nadie tan bien como él describe sus abominables excesos; nadie como él pinta tan de mano maestra y con tan gran verdad, al par que con tanta poesía á aquel *gran rey*, según un célebre académico, á quien no ha mucho rebatió con la lógica inflexible de los hechos, un distinguido escritor, que siempre para un señor Cañete habrá un Sr. Manrique, en quien se sintetizan todos los caracteres odiosos de la tiranía y en quien,

La sospecha alevosa, el negro concono
de aquella frente pálida y odiosa
hicieron siempre abominable trono,
de aleva hiporesia,
la sed de sangre y de dominio ardiendo
en sus ojos de víbora lucia,
el rostro enjuto y miserables facciones
de su carácter vil eran señales,
y blanca y pobre barba las cubria,
cual yerba ponzoñosa entre arenales,

y nadie, el fanatismo perturbador y ateo representado en esa maravilla artística, ante la que exclama:

¿Qué vale ¡oh! Escorial, que al mundo asombres
con la pompa y beldad que en tí se encierra,
si al fin eres padron sobre la tierra,
de la infamia del arte y de los hombres?

y nadie por otra parte sabe engrandecer con sus recuerdos, los inmortales de aquellos mártires de la libertad y de la ciencia, que á su vez le inspiran estos arrogantes y magníficos versos:

Levántase Copérnico hasta el cielo
que un velo impenetrable antes cubria,
y allí contempla al eternal reposo
del astro luminoso
que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar; la Italia ciega
le da por premio un calabozo impio,
y el mundo en tanto sin cesar navega,
por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
á modo de relámpagos huyendo
los astros rutilantes; mas lanzado
veloz el géneo de Newton, tras ellos,
los sigue, los alcanza,
y á regular se atreve
el grande impulso que sus artes mueve.

Y si de estas manifestaciones pasamos á las puramente patrióticas, ¿cuánta poesía, cuánta grandeza, qué pompa y magnificencia no encontraremos en sus cantos á *Padilla* y á *Guzman*, en sus odas á el *armamento de las provincias españolas* y á *España*, despues de la *revolución de Marzo*, y cuánta dignidad y nobleza en la desgracia, en la inimitable elegía al *combate de Trafalgar*? ¡Ah! ¿y habrá quien todavía encuentre exagerado nuestro juicio; quien crea inmerecidas las alabanzas consagradas á la memoria de tan brillante poeta, escarnecidas hoy por algunos libelistas, que otro nombre no merecen? No, y cien veces no; «ese nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria,» ha dicho el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cuento, en un concienzudo trabajo sobre Quintana; no y cien veces no; porque «impetuoso y entusiasta como Tirteo, grande á lo Herrera, su voz vibra en medio de una nación decadente y como galvanizada en la agonía; su afán es infundirle aliento para que recobre salud robusta y viril existencia; así se remonta su número á la esfera de pasadas edades, y con entonación vigorosa, imponente y soberana, evoca la sombra de *Padilla*, ensalza el heroísmo de *Guzman el bueno* y nuevo Guttemberg, inmortaliza segunda vez la *invención de la imprenta*, con una de sus mejores odas... Es la *virtud* el espíritu que le anima cuando acomete, el *fuego patrio* la fuerza que le conforta en la lucha, de *libertad* el estandarte que tremola al viento,» y quien dice esto es el discretísimo literato D. Antonio Ferrer del Río, digno por la imparcialidad y justicia de sus críticas, del respeto á todos los verdaderos amantes de las glorias literarias de nuestra España.

En resumen, Quintana es el poeta del siglo XI, de él es un todo digno, viva encarnación de sus ideas y de sus aspiraciones, y su nombre será siempre la admiración de los estranos y el justo orgullo de los propios, é irá siempre enlazado á los grandes descubrimientos y las portentosas conquistas de nuestra edad, mas que otra alguna gloriosa.

Se ha dicho con sobrada razón, que los españoles somos tan poco apegados á abrigar los grandes recuerdos de nuestra patria, que da grima confesar, que no hemos sabido literatura hasta que no nos la ha venido á enseñar un extranjero. ¿Pero qué ha de suceder en un país en que escritores adocenados se entretienen en zaherir nuestras glorias mas legítimas? ¿Qué ha de suceder en una nación en que se desdeñan por algunos, todas nuestras mas grandes tradiciones, y se encomian hasta el delirio nuestros mas vergonzosos períodos de abyección y tiranía? ¡Ah! á tan importunos libelistas, fuerza es recordarles aquellas magníficas palabras de nuestro mas gran orador parlamentario D. Salustiano de Olózaga: «¡Malditos los que no miran por el brillo de las glorias de sus padres; ellos no legarán ninguna á sus hijos!»

GONZALO CALVO ASENSIO.

LECCIONES POPULARES.

AIRE RESPIRABLE.

El aire atmosférico, del cual toman los animales y las plantas uno de los elementos esenciales á la vida, es un fluido eléctrico, diáfano, pesado, que rodea el globo ter-

restre formando una capa de quince á diez y seis leguas de espesor.

Aun cuando fué considerado como un cuerpo simple en la antigüedad y en la Edad Media, la ciencia moderna ha demostrado que es una mezcla de oxígeno y de ázoe, y de una corta cantidad de ácido carbónico.

El descubrimiento de la composición del aire dió lugar poco después á que se hiciesen grandes adelantos respecto á los fenómenos de la respiración.

En un principio se había creído que la introducción del aire en los pulmones, solo producía el efecto de templar y refrescar, por su humedad natural, el calor de la sangre; pero el descubrimiento de Lavoisier permitió mas adelante estudiar la naturaleza de este fenómeno, y averiguar que el aire que penetra en los pulmones abandona á la sangre una parte de su oxígeno, que, combinándose con el carbono de las materias de la sangre, forma el ácido carbónico que sale al exterior á cada espiración.

Esta absorción del oxígeno por la sangre produce además el efecto inmediato de convertir la sangre venosa en sangre arterial; es decir, la sangre negra, impropia para la vida, en sangre roja nutritiva, por cuya razón, el aire que está privado de oxígeno, causa la muerte á los seres que le respiran.

Un animal, colocado debajo de una campana de una máquina neumática, ó simplemente debajo de una campana de cristal, perece con tanta mas rapidez, cuanto mas activa sea su respiración; un pájaro muere en estas condiciones al cabo de unos segundos; una rana tarda muchas horas.

Conocidos la composición del aire y el fenómeno de la respiración, es fácil resolver esta pregunta, importante á la salud de las poblaciones: ¿qué condiciones debe tener el aire respirable?

Para que el aire sea respirable, ó, mejor aun, vivificante, es menester que contenga oxígeno en cantidad suficiente para la mencionada transformación de la sangre.

La ciencia ha demostrado que un hombre de una estatura y una corpulencia medias, respira 16 ó 17 veces por minuto, introduciendo en los pulmones en cada inspiración la tercera parte de un litro de aire, y haciendo pasar á estos órganos ocho metros cúbicos cada 24 horas. De esto resulta que consume en una hora toda la cantidad de oxígeno, que contienen unos 90 litros de aire, es decir, 116 gramos, ó sean 2.160 litros de aire en 24 horas que hacen, poco mas ó menos, dos metros cúbicos de oxígeno.

La cantidad de aire estrictamente necesaria al hombre, es de 7 á 8 metros cúbicos, pero el oxígeno debe estar convenientemente diluido en él, pues en otro caso se sienten al momento los síntomas precursores á la sofocación, y después sobreviene la muerte. Es indispensable que el aire sea puro y no contenga ninguna sustancia volátil ó gaseosa que, al introducirse en la sangre por la respiración, pueda modificar su composición y ocasionar una enfermedad.

Comprenderán nuestros lectores, por lo que acabamos de decir, que las cualidades del aire dependen de su composición y de su pureza, y que el aire fresco y puro, y que se renueva incesantemente, es el mas favorable á la salud. En este concepto conviene tomar el aire de las montañas, que, impregnado del perfume de las plantas y del aroma de los árboles, y renovado por las grandes corrientes atmosféricas, suministra al organismo uno de los elementos mas preciosos á su conservación y bienestar.

Rousseau ha escrito una página preciosa sobre esta acción bienhechora del aire, que, como él, habrán experimentado todos los que, dejando la pesada atmósfera de las ciudades, hayan habitado por algunos días una casa de campo.

«En mi quinta de recreo, dice el filósofo ginebrino, en donde respiraba un aire puro y saludable, averigüé la causa de mi tristeza, recobrando esa paz interior que había perdido hacia tiempo. Los hombres experimentan una impresión general en las montañas y en el campo abierto, en donde el aire es rápido y sutil; sienten mas facilidad en la respiración, mas ligereza en el cuerpo y mas serenidad en el espíritu. Los placeres son allí menos ardientes, y las pasiones mas moderadas; parece que, al colocarse á mayor altura material que los demás hombres, se dejan en la parte inferior los sentimientos bajos y terrenales, y que á medida que se acerca el individuo á las regiones etéreas, su alma adquiere algo de su inalterable pureza. Allí se hace el hombre grave, pero no melancólico; apacible, pero no indolente. Dudo que una agitación violenta ó una enfermedad cualquiera puedan molestar al hombre que viva largo tiempo en estas condiciones, y me admiro de que no sea el baño del aire saludable y bienhechor de las montañas uno de los remedios mas poderosos de la medicina y la moral.»

Nada mas conforme con esto que la fisiología: si el hombre tuviera que elegir entre una alimentación buena y la respiración de un aire puro, exigiría el interés mas inmediato de su conservación, que se decidiese por lo segundo: es mas fácil pasarse sin una alimentación buena, que sin un aire saludable.

La respiración de un aire puro compensa en ciertos casos las dolencias consiguientes á una mala alimentación; en esto consiste, en gran parte, que los montañeses y los habitantes de las Provincias Vascongadas, que viven en puntos elevados y respiran un aire puro, sean, por lo general, robustos y adquieran formas atléticas, á pesar de no reunir las mejores condiciones su género de alimentación.

«Es menester respirar un aire puro, dice una balada escocesa; el aire libre que no se detiene en su rápida carrera.»

Es menester respirar el aire; el aire libre, repetimos nosotros al artesano y al jornalero, á quienes la necesidad

del trabajo les obliga á vivir en la mofética atmósfera de las fábricas y talleres.

Es preciso respirar el aire libre, repetimos á la joven madre, á quien las ocupaciones de la casa ó la obligación que le impone su trabajo, la tienen encerrada en su estrecho albergue.

Es necesario respirar el aire libre, repetimos al niño que apenas sale de su habitación, pues el aire constituye la mitad de la vida.

¡Aire, aire puro y libre! es la aspiración y el grito de todos los seres animados, del árbol y de la flor, de la mosca y del ave, del niño y del anciano. Todos los individuos, lo mismo el hombre de estado que el obrero de taller, deben respirar, á lo menos, una vez á la semana, ese aire puro que dilata el corazón del hombre, ahuyenta la tristeza y hace renacer la esperanza.

Las madres de familia deben, sobre todo, procurar á sus hijos aire puro en abundancia para que se desarrolle su cuerpo y se despeje su espíritu.

Los maestros de todas categorías y cuantos tengan á su cargo la dirección de otros seres animados, adquieren con su ministerio el deber de procurar aire puro y respirable, destruyendo las causas de insalubridad y evitando que una reclusión prolongada, ó un trabajo penoso por escasez de aire salubre, emboten su sensibilidad física y moral y destruyan su organismo.

AIRE INSALUBRE.

El aire atmosférico, indispensable á la vida de los seres animados, se hace impropio para la respiración á consecuencia de la acción constante de diversos cuerpos que le vician y corrompen; pues son infinitas las ocasiones en que se convierte en receptáculo de agentes perniciosos. Entre estos ocupan un lugar importante ciertos miasmas deletéreos, de naturaleza no muy bien conocida, pero cuya existencia se debe á la proximidad de las lagunas ó de tierras vírgenes.

Estos miasmas provienen de la descomposición, bajo la influencia del calor y de la humedad, de numerosos restos de plantas y animales, que permanecen largo tiempo en la orilla y en la superficie de las lagunas, y que, juntamente con la humedad, son, en las provincias cuyo terreno es pantanoso, un foco de insalubridad y una de las causas mas poderosas de las enfermedades y de la degradación física.

El hombre que vence la peste y el tífus, domina los elementos y recorre todas las latitudes impunemente, no se habitúa nunca á los miasmas de las lagunas y los pantanos. El individuo que se halle accidentalmente expuesto á sus emanaciones, experimenta muy pronto sus dañosos efectos y, si su acción es continua y prolongada, determinan en las poblaciones sometidas á ellas desórdenes graves y profundos, y ocasionan mas víctimas que una epidemia.

En las comarcas pantanosas tienen sus habitantes un semblante lívido y amarillento, ojos tristes y abatidos, párpados hinchados, pecho oprimido, cuello prolongado, un paso lento y penoso, dificultado en la respiración; en una palabra, numerosas arrugas surcan su frente, y el individuo es viejo á los treinta años y decrepito á los cuarenta.

La mayor parte de estos individuos caen generalmente en una apatía invencible y no se toman el menor cuidado para modificar su triste y deplorable situación. Muchos de estos desgraciados niegan la influencia mortífera de los pantanos en que viven, y sucumben sin haber intentado poner los medios de mejorar su suerte. Es necesario, pues, hacer algo en favor de esta parte del pueblo, á fin de que, combinando los medios que proporciona la ciencia, la industria y la agricultura, se obtenga un resultado favorable.

Apenas hay una comarca en el globo en donde no existan lagunas. El Mississippi, el río de las Amazonas y el de la Plata dan lugar, por sus continuos desbordamientos, á numerosas lagunas, cuyas emanaciones engendran fiebres pestilenciales. En nuestras Antillas sufren sus habitantes frecuentes calenturas é hinchazones en las piernas y vientre, á consecuencia de la humedad; creyendo algunos sabios que los vientos del Sur que atraviesan los bosques húmedos de la Guyana y el delta del Orinoco, arrastran los gérmenes de la fiebre amarilla. Y sabido es que el Ganges, río sagrado de la India, y el Nilo en Egipto, exhalan miasmas deletéreos que dan origen á la peste y aun al cólera. En el Mediodía de Europa, se encuentran diferentes lagunas, siendo notables las que existen en Cerdeña, en Terracina, en el departamento de la Vendée y el de la Gironda, y en España las lagunas de Ruidera y el lago de Albufera.

Pasarán, sin duda, muchos siglos antes de que el hombre haga desaparecer todas las causas de insalubridad terrestre y consiga purificar el globo; pero esta obra, por gigantesca que sea en realidad, no es superior á su fuerza ni á su actividad poderosa. Como una prueba de que estas grandes obras dependen bajo ciertos respectos de la voluntad y de los esfuerzos del hombre, podríamos citar los admirables trabajos llevados á cabo en Holanda, en donde extensas comarcas, antes inhabitables, alimentan hoy una población enérgica y activa. El lago de Burmster, cuya superficie era de 10.000 hectáreas y cuyo fondo estaba cinco metros bajo el nivel del mar, y el de Harlen, que media 18.000 hectáreas, han sido convertidos por mano del hombre en hermosísimos campos; y hoy mismo se trata de desecar el golfo de Zuidsee que ocupa nada menos que 200.000 hectáreas de extensión.

En otras comarcas ha sucedido lo contrario; Egipto, las bocas del Ganges, la campiña de Roma y parte de Sicilia, que antiguamente eran muy saludables, son hoy perniciosas para sus habitantes por culpa de los gobiernos é inercia de poblaciones degeneradas. Y en vista de esto,

¿quién se atrevería á negar con razones que la industria humana, protegida por los recursos de que dispone la ciencia y el capital, puede realizar hoy lo que han realizado hace dos mil años otros pueblos, cuyos medios de acción deberian ser muy limitados? Además nos demuestra la historia, que en lo que va de siglo se han desecado inmensos terrenos en las poblaciones cultas de Europa, convirtiendo lagos, lagunas y pantanos que exhalaban gases deletéreos que diezaban las poblaciones, en lozanos campos cubiertos de yerba y plantados de árboles y arbustos.

Pero aun queda mucho que hacer, especialmente en España, en donde apenas se han puesto en práctica la canalización de los ríos y el desecamiento de los pantanos, obras ambas que reclaman con urgencia la salubridad pública y las necesidades de nuestra decaída agricultura.

Mas ya que el vicio existe, procuremos á lo menos, como con otro motivo decía Raspail, atenuar sus consecuencias indicando las principales preocupaciones que deben tomar los que están precisados á respirar el aire insalubre de las lagunas ó pantanos, precauciones fundadas en las causas que favorecen ó disminuyen la actividad de los miasmas.

Ha demostrado la experiencia que estos no obran con la misma intensidad en las diferentes horas del día; son cesivos sus efectos hasta la mitad del día en atención á que se elevan á la parte superior de la atmósfera; pero á la caída de la tarde se enfria la atmósfera y los miasmas ocupan la parte superior ó caen sobre la tierra con el rocío, siendo entonces absorbidos por los individuos, circunstancia que hace muy peligrosa la permanencia al lado de los ríos ó de los lagos después de haberse puesto el sol.

Las personas á quienes las circunstancias les obliguen á habitar en los países pantanosos ó en los pueblos, cuyas inmediaciones atraviesa un río caudaloso que forme lagunas, deben fijar su morada lo mas lejos posible de estas y en puntos elevados, cuidando de no hacer ventanas en el lado de la casa por el cual llegue el viento que antes haya pasado por encima de las aguas estancadas, y de que todas las ventanas y balcones permanezcan cerrados á la caída de la tarde y por la noche. También es conveniente plantar algunos árboles alrededor de las casas para que absorban las emanaciones que lleguen á aquellos sitios.

Recomiendan igualmente los higienistas que no se salga al campo ni se pasee á orilla de los ríos después de ponerse el sol, y que, en caso de hacerlo, es menester abrigarse con ropa de lana, que defiende perfectamente de la humedad, y que se adquiera la costumbre de beber un poco de vino y tomar de cuando en cuando algunas cucharadas de tintura acuosa de quina.

Los habitantes de las provincias en donde abundan las lagunas y los pantanos, que no pueden tomar precauciones ni evitar su mortífera influencia, tienen una constitución endeble y enfermiza. Flacos, hinchados é hidrópicos durante la infancia, se les infarta el vientre poco á poco, se les debilita la sangre, su piel se vuelve áspera y escamosa, tienen continuamente calenturas palúdicas, y cuando llegan á la juventud han sufrido ya una degradación general y les son desconocidas las emociones políticas y sociales.

F. HERNÁNDEZ.

La Gaceta ha publicado un Real decreto expedido por el Ministerio de Ultramar, convocando á concurso para el servicio de conducciones entre la Península y las islas de Puerto-Rico y de Cuba. Al Real decreto acompaña el pliego de condiciones que por su mucha extensión no reproducimos, pero cuyas disposiciones principales son las siguientes: la conducción se hará en buques de vapor matriculados y abanderados en España, debiendo estar reconocidos antes del 15 de Setiembre del año actual, cuatro vapores por lo menos.

La duración del servicio será de diez años, empezando á contarse desde el 15 de Octubre; El servicio se hará por medio de ocho vapores. En los viajes se invertirán 17 días á la ida y 18 á la vuelta, tocando á la ida en San Juan de Puerto-Rico. Va también expresado en el pliego de condiciones, lo que el Estado pagará por trasportes militares. La fianza para optar al concurso será de dos millones de reales, y de doce la definitiva.

Por los Estados-Unidos se han recibido las siguientes noticias de Méjico:

«Se ha desistido de la expedición contra Yucatan, por oponerse Porfirio Díaz á la medida, recordando al gobierno que habían sido derrotadas todas las expediciones que se han enviado contra aquella Península, y que era mejor que los vecinos de aquel Estado se batiesen unos contra otros, que darles oportunidad de combinarse contra el gobierno nacional.

La revolución seguía aumentando en Yucatan, y había habido varios motines entre las fuerzas militares de la república.»

Al decir de una correspondencia de Filipinas dirigida al Times, la célebre doctrina Monroe estaria á punto de recibir una evidente consagración. Parece que los agentes diplomáticos de los Estados de la América del Sud en Washington proyectan la reunion de un Congreso, cuyo objeto seria acordar las bases de una alianza defensiva para resistir á la intervención de la Europa en todas las partes de la América latina. Las repúblicas de la América del Sud, dice con este motivo la France, quieren, á lo que parece, ser libres, para destruirse mutuamente. Derechos tienen á ello seguramente.

Al decir de un despacho de Washington, el Congreso ha aprobado por 123 votos contra 44, una moción por la que declara que ningun gobierno civil es válido en los Estados del Sud. Parece que el Congreso ha trasferido al mismo tiempo del presidente Johnson al general Grant la facultad de nombrar y destituir los empleados de los Estados del Sud.

POLONIA Y KOSCIUSKO.

Existe al Norte de la Europa una nación heroica y mártir, y esta es la Polonia. La Europa ha cometido una terrible falta, y una inmensa ingratitud, tolerando la mutilación de este pueblo generoso, que ha prodigado á torrentes su sangre para libertarla de la férrea dominación de los tártaros y de los turcos. Los polacos fueron los centinelas del mundo civilizado; mientras este consagraban el tiempo á disputas sofisticas y teológicas, aquellos le cubrían con sus lanzas y contenían las inundaciones de los bárbaros que amenazaban sumergir al género humano en un abismo de tinieblas; nubes de caballería, y los genizaros que formaban la primera infantería de la tierra, fueron arrollados por esta raza valiente y caballeresca, fiel depositaria del honor antiguo, que ha conservado siempre su espíritu romanesco que le ha hecho emprender las mas grandiosas hazañas, y sufrir con sublime abnegación los mas heroicos martirios.

Polonia se ha distinguido tambien por su carácter hospitalario y liberal. Los viajeros que recorrieron aquel país en el siglo pasado, admiraban la dulzura de sus costumbres, y podían cruzar los caminos y los bosques con el bolsillo en la mano sin temor de ser robados, durante treinta años no se verificó ni un solo robo, ni un asesinato; la estadística de los tribunales ha demostrado que solo algunos bohemios ó judios fueron castigados por estos crímenes que no manchaban á los polacos. Sus puertas estaban siempre abiertas, y sus mesas puestas para obsequiar al extranjero, y su generosidad era tan proverbial, que no se podía elogiar cualquier objeto porque era regalado al momento al que le enaltecía.

Estas eran las excelentes cualidades que poseía este pueblo tan calumniado por sus opresores ó por escritores mercenarios que le consideraban siervo de una aristocracia egoísta y tirana, cuando no pesaba sobre su cabeza el impuesto mas terrible, el del servicio militar vinculado en los nobles.

En el siglo XVI era considerada como la nación mas tolerante de la cristiandad; pero los jesuitas que penetraron en su suelo, quisieron convertir á los belicosos cosacos que seguían el rito griego. Polacos de origen, pero independientes, la persecución lanzó á los cosacos en el campo de la Rusia, proporcionando á esta nación el puñal que ha asesinado á Polonia.

Magnánimo pueblo, que ha derramado su sangre en todos los campos de batalla, de quien abusó cruelmente Napoleón I. La gloria del emperador excitó el entusiasmo y la admiración de esta raza guerrera, y fué su auxiliar mas fiel y poderoso. No le abandonó ni en los dias en que palideció la estrella de su fortuna. Y sin embargo, aquel déspota, que lanzó á los hombres del Norte al ardiente clima del Mediodía para dominar á Santo Domingo, y los empleó en la expedición mas odiosa contra nuestra patria, cuando quiso arrebatársela su sagrada independencia, no consagró ni un recuerdo siquiera á los desgraciados polacos en tantos tratados, aun bajo el imperio de la república, en Campo-Formio y Luneville, y otros, impidiendo la restauración de su nacionalidad en épocas diversas, y su heredero gastó los tesoros y la sangre de la Francia en la aventura funesta de Méjico para someterle á un poder extraño, que ha tenido un trágico desenlace, en vez de llevar sus armas á defender y constituir á un pueblo despedazado por la Rusia, pagando una deuda de gratitud y haciendo al mismo tiempo un servicio inmenso á la civilización, colocando el muro de bronce de la Polonia regenerada entre Rusia y Europa.

Polonia ha apurado la amarga copa de todas las miserias y de todos los dolores. Sus hijos son conducidos con la cadena al cuello para servir á los verdugos de su patria en el Cáucaso y en las fronteras de la China. Proscritos y errantes por todas las regiones del globo, sucumbiendo en los combates, en los cadalsos y en las minas de la Siberia, encorabados por el peso de la desgracia y envejecidos en el destierro, buscando un asilo y mendigando un pedazo de pan por todo el universo; sus princesas, que ayer vivían en el fausto y la opulencia en sus palacios, condenadas hoy á ganar su miserable sustento en los talleres; y los mártires de tan horribles iniquidades, los que son víctimas de tantas injusticias y han asombrado al mundo por su valor, su constancia y su resignación en el prolongado martirio, han arrancado lágrimas por su magnanimidad y su clemencia. Un dia ofreció el colegio de Francia en París un espectáculo conmovedor. Un genio, un poeta, verdadera representación de Polonia, por el alma y por la inteligencia, pronunció frases elocuentes de olvido y de fraternidad, perdonando á la Rusia sus crímenes. El heroísmo de la abnegación y del sacrificio no pudo llevarse á mas sublime grandeza.

Este poeta fué Mickiewicz, que quiso reconciliar á rusos y polacos como hermanos enemigos que tienen un origen común.

En la guerra sostenida por Polonia para defender su independencia, descuella una figura interesante que honra á la naturaleza humana. El inmortal Kosciusko. Su alma espléndidamente buena encarnaba tanta excelencia moral que ha cautivado á sus mismos adversarios, cuya muerte pesa como un roedor remordimiento sobre su conciencia. Algunos espíritus inflexibles le hubieran querido dotar de un carácter rígido y severo para aterrar á los enemigos descubiertos ó disfrazados de su santa causa, y castigar el egoísmo y la traición; pero su bondad extraordinaria le ha conquistado el corazón de todas las almas generosas y todas las clases de la sociedad polaca vieron en él un tipo ideal al que podían rendir entusiasta y respetuoso homenaje, sacrificando sus antipatías y preocupaciones por encontrar un punto de unión en la bandera enarbolada por el mas valiente y magnánimo de los hombres.

Kosciusko habia nacido en la Lituania, que envuelven en la sombra sus selvas y bosques. Su padre habia servido en un regimiento de artillería, y se retiró á cultivar unas tierras cuya propiedad pertenecía á la familia de los príncipes Czartyski.

Esta familia, que habia emprendido con ardor la causa de las reformas de la nación, tenia fija su atención en los Kosciusko, y colocó á nuestro héroe, nacido en 1746, en la escuela militar que el rey Estanislao Augusto acababa de crear en Varsovia.

Tadeo Kosciusko lleno de ardor mostró tan viva afición por el estudio, que aprendió las matemáticas con facilidad, la lengua francesa, y se empapaba en la lectura de los *Hombres ilustres* de Plutarco, que parecia haberse propuesto tomarlos por modelos. En esta época reinaba en Polonia un rey que la Rusia se habia dignado concederle; pero quien realmente ejercía el poder era el embajador ruso, hombre cruel, que envió á su país desterrados á los miembros de la Dieta que se oponían á sus proyectos. La humillación de su patria inflamaba la ira del jóven que meditaba consagrarse á su defensa y prolongaba sus estudios durante la noche, metiendo los pies en agua fria para vencer el sueño. Kosciusko salió perfectamente del exámen que se verificaba cada año para pensionar á cuatro alumnos, con el fin de que se perfeccionaran en la ciencia militar, visitando los principales institutos de Europa, y fué enviado á la academia militar de Versalles, y luego á Brest para estudiar la fortificación y la táctica naval.

Volvió á su patria despues de haber permanecido algun tiempo en París, en el momento en que la Polonia fué repartida por la vez primera entre sus orgullosos dominadores. Obtuvo el empleo de capitán de artillería, y tuvo entonces lugar un episodio dramático, inspirado por el amor.

Josnowska era hija de un poderoso magnate de Lituania, rey en sus tierras, de un orgullo implacable con el que se atreviera á mirar á su heredera, si no era un príncipe ó un monarca. El jóven capitán de artillería, tenia una posición muy humilde para aspirar á su mano, y sin embargo, Josnowska y Kosciusko se habian visto en un baile de la corte, y se amaban. Enviado con un regimiento á la Lituania, habió con su coronel el palacio del alto aristócrata, que no sospechando que pudieran existir relaciones amorosas entre los dos, tampoco pudo imaginar que un hombre que juzgaba tan inferior tuviera la audacia de amarla, y le dejó libertad para verla, enseñarla el francés y darla lecciones de historia, geografía y de otras ciencias; pero la que mas aprendian sus almas, era la del amor.

Kosciusko poseía una extrema dulzura: el cuadro deplorable que presentaba su país devastado continuamente por la presencia de los soldados extranjeros, el pueblo condenado á la miseria y á sufrir el látigo de los opresores, habian despertado en su alma una piedad tan grande por todos los infortunios de la humanidad, que le hicieron adorable á los ojos de Josnowska, y creyendo á su amante superior á todos los príncipes, abrigó la esperanza de que sus padres le juzgaran del mismo modo. Bañada en lágrimas, confesó su amor á su madre; Kosciusko le reveló al padre: este le desdénó, prohibiéndole que volviera á verla. La pasión de la hija creció con la resistencia del padre, é impulsó á su amante á que la robara, renunciando á la fortuna, convencida de que aquel perdería su destino perseguido por el odio de su poderosa familia, y resuelta á sufrir la miseria y el destierro. Los amantes abandonaron el palacio, pero fueron alcanzados por muchos criados del conde. Kosciusko hizo prodigios de valor, sus heridas le desvanecieron, y al volver de su desmayo, la felicidad habia desaparecido para él; solo encontró un pañuelo de su amada, que llevó como un sagrado talisman en su corazón en todos los combates, hasta el último dia de su vida.

A los treinta años, Kosciusko habia perdido á su patria y á su amante. Esta se casó por la voluntad de su padre con un hombre á quien no podía amar, y los desastres de Polonia, las violencias de los agentes rusos, obligaron á emigrar á América á muchos ilustres patricios, y Kosciusko fué de este número. El ilustre Lafayette, admirador de su mérito y de sus virtudes, le presentó á Washington, y fué elevado hasta el empleo de general de brigada, por los rasgos de intrepidez y de talentos militares que desplegó en todos los combates, hasta consolidar la independencia de los Estados Unidos. Su magnanimidad salvó de la muerte á muchos prisioneros que querían inmolar los americanos.

América era libre y Polonia esra esclava. Kosciusko voló á su patria. El momento era supremo; las voluntades estaban divididas; un millon de nobles gobernaba á quinientos ó diez y seis millones de siervos; la clase media, retirada en las villas, significaba poco en este vasto país esencialmente agrícola.

Se verificó entonces en Polonia una reforma política y se concedieron algunos derechos á la clase media. La Constitución de Mayo de 1791 colocó á los labriegos bajo la protección de la ley. Muchos nobles emanciparon á sus siervos, les dieron tierras, y les construyeron habitaciones. El ejército se puso á las órdenes del sobrino del rey, que era un jóven sin experiencia, y Kosciusko fué nombrado segundo jefe; su pericia y su valor derrotaron á veinte mil rusos con cuatro mil hombres; pero la perfidia del Austria, que recogió á los rusos dispersos, y el egoísmo de la Prusia, que se habia declarado protectora de la Polonia, que la impulsó á lanzarse á la guerra y la abandonó en el momento del peligro, inmolaron á este desgraciado país que sufrió su segunda mutilación en 1793. Los miembros mas importantes de la Dieta fueron conducidos á la Siberia, y el despotismo de la Rusia, saqueando á la nación, la cubrió de duelo y de miseria.

Pero en 1794 estalló otra insurrección. Los artesanos de Varsovia tuvieron un jefe, obrero como ellos, llamado Kiliuski. Sabedor el embajador ruso, el príncipe Repnin, que era un hombre violento y feroz, de la inmensa influencia que ejercía aquel obrero, le llamó á su presencia, y al ver su impassible calma, le mostró indignado sus condecoraciones, y le dijo: «Mira, desgraciado, quién soy, y tiembra.» «Estrellas, dijo Kiliuski, yo veo otras en el cielo y no tiemblo.» Kosciusko llamó al campo de batalla á los labriegos. Llegó á Cracovia en la noche del 24 de Marzo de 1794. Toda la población le condujo con antorchas y en triunfo á su morada, el entusiasmo rayó en frenesí, y fué nombrado dictador. Sus primeros actos fueron grandes. Llamó á las armas á toda la juventud polaca sin distinción de clase, desde los 18 hasta los 27 años, y una proclama tierna y elocuente conmovió todos los corazones.

Los rusos, con fuerzas superiores, amenazaron á los polacos. Kosciusko solo tenia tres mil paisanos y 1.200 caballos. Aquellos no habian oido nunca el estampido de las armas de fuego. Grande fué su sorpresa cuando vieron al dictador colocarse entre sus filas, y no en las de la caballería. Acometieron á los rusos con tan irresistible vigor, que ganaron la batalla, quedando en su poder doce cañones.

Kosciusko admiró á todos durante la guerra, porque usaba el mismo traje que los paisanos, comía en medio de ellos con una frugalidad extraordinaria, y el autor de las Memorias, Oquiski, viéndole beber un poco de vino de la mas ínfima calidad, le aconsejaba el excelente borgoña que bebía Oquiski, y el dictador respondió: «No tengo medios para beber vino á este precio.» En un país aristocrático el sublime ejemplo de este hombre sencillo y grande, que se asimilaba al pueblo mas infortunado del mundo, era el objeto de universal asombro. Testigo de su miseria, no podía ostentarse con pompa, como un rey de melodrama, y como comprendía el heroico martirio que le aguardaba, y que se acercaba la hora suprema de morir con el pueblo, queria comer el mismo pan y á la misma mesa.

Un poderoso ejército ruso, que acababa de hacer la guerra de Turquía, y que habia aterrado al mundo por sus execrables venganzas, invadía la Polonia, devastando las villas y los campos con el hierro y el fuego.

Las intrigas de la Rusia moralizaron los esfuerzos de los nobles polacos, que debían haber coadyuvado á la insurrección, con el pretexto de los trabajos agrícolas, detuvieron en sus propiedades á los que Kosciusko llamaba á las armas.

El dictador se arrojó en los brazos del pueblo; en su declaración de 7 de Mayo de 1794 ordenó que era libre el paisano de abandonar la tierra que cultivaba para ir donde quisiera, y que no era libre el propietario para quitarle esta tierra. Los rusos emplearon un pérfido maquiavelismo. Obligaron al rey de Polonia á que diera un manifiesto anunciando á los nobles las consecuencias funestas de aquella revolución, y excitaron á los paisanos al incendio y al saqueo de los dominios de sus señores.

Kosciusko tenia que luchar siempre contra triplicadas fuerzas. Nunca ascendieron las de aquel en todas sus divisiones á mas de 35.000 hombres. La Rusia contaba con ejércitos numerosos y aguerridos, y con los auxilios de Austria y de Prusia.

El 6 de Junio de 1794 Kosciusko alcanzó á los rusos en los confines del palatinado de Cracovia; rompió su caballería, destrozó á sus infantes y les toma muchos cañones, y cuando era inevitable la catástrofe completa, apareció en el horizonte un ejército de 24.000 prusianos, mandados por su mismo rey en persona. Kosciusko ordenó la retirada, contentiendo al enemigo con tantos prodigios de valor, que perdió varios caballos que montaba, y estuvo expuesto á perecer cien veces. La traición entregó á los rusos á Cracovia.

Fuerzas enormes de rusos y de prusianos obligaron á Kosciusko á replegarse sobre Varsovia. Sus mas encarnizados enemigos han elogiado el genio militar que desplegó en esta retirada para cubrir la capital.

Pero Varsovia cayó mas tarde bajo el poder formidable de Swarow, que ejecutó actos terribles de carnicería.

El ejército ruso marchaba dividido en dos divisiones, la de Swarow y la de Fersen, que constaba de 14.000 hombres; Kosciusko que habia dividido sus tropas para observar á Swarow, solo disponía de 4.000 hombres para batir á Fersen. Y sin embargo, le acometió con denuedo, pero su artillería era inferior á la rusa, no tenia mas que 20 cañones, y los rusos batian fácilmente la posición de Kosciusko con 60 cañones del mas fuerte calibre. La infantería polaca esperó inmóvil el ataque impetuoso de 14.000 soldados endurecidos en las batallas, y cubrieron con sus cuerpos la tierra sagrada de la patria. Su fin fué sublime. Kosciusko quiso salvar la caballería; muchos caballos que montaba cayeron muertos á sus pies, el último se sumergió en un pantano, donde una nube de cosacos se lanzó sobre él, y recibiendo muchas heridas, y una sobre todo que le sepultó la cabeza hasta los hombros; le creyeron muerto.

La emperatriz Catalina mandó que se le tuvieran todas las atenciones, pero sus facultades intelectuales quedaron paralizadas, y su debilidad por la sangre que habia perdido era grande. En este estado le llevaron á la corte de Catalina, donde permaneció cautivo dos años, aunque aquella, benévola en apariencia ó realmente con él, le consideraba tanto que se llamaba á Kosciusko el favorito de la emperatriz. Esta murió, y su hijo el emperador Pablo dió libertad á Kosciusko con la condición de que recibiera unas tierras que aquel le daba; pero al llegar Kosciusko á América las devolvió al emperador, y los Estados-Unidos reconocidos á sus antiguos servicios le dieron el sueldo de 150.000 francos que consagró á emancipar los paisanos de los tributos que pesaban sobre ellos

en unas tierras que su familia poseía en Polonia, y en la educación de los jóvenes de color.

Kosciusko se estableció después en Fontainebleau en una soledad profunda, y en la casa de un suizo amigo suyo.

Confiaba en la Francia pero no en el emperador para salvar á Polonia; así lo decía á los que le visitaban. El desastre de Waterloo destruyó sus últimas esperanzas.

Un día los cosacos incendiaban cerca de Fontainebleau una aldea inofensiva; Kosciusko, conmovido al ver las mujeres que huían consternadas, se presenta á ellos, y viendo que algunos lucían el uniforme polaco, les dice: «¡Desgraciados! cuando yo mandaba verdaderos polacos, ninguno pensaba en el pillaje!» ¿Quién sois? le dicen con el sable levantado para herirle. «¡El general Kosciusko!» Y todos se prosternan á sus pies, y rusos y cosacos fueron en peregrinación á visitar la casa de Kosciusko.

No pudo sufrir el cuadro devastador que ofrecían á sus ojos las tropas aliadas, y pasó á Suiza. Ejercía su caridad inagotable con los pobres y con los enfermos. Un día montó su huésped el caballo de Kosciusko, y se sorprendió al ver que el animal se paraba siempre delante del que veía pobremente vestido, lo que revelaba el excelente corazón de su dueño, y que aliviaba todos los enfermos.

La única mujer que había amado quedó viuda, y partió á reunirse con Kosciusko en los últimos días de su vida, pero solo encontró su tumba. Kosciusko acababa de morir en 1817. Sus cenizas, reclamadas por la Polonia, fueron conducidas con gran pompa á la catedral de Cracovia, y enterradas cerca de las de Sobriski. ¿Cuándo resucitará la mártir Polonia, la patria de los héroes y del gran Kosciusko?

EUSEBIO ASQUERINO.

REVISTA DE NACIONES.

AUSTRIA.

I.

«Al ministro que ha abierto en Austria las puertas al constitucionalismo, estableciendo la forma parlamentaria.»

(El Ayuntamiento de Viena al baron de Beust.)

Hasta el 3 de Julio de 1866, pocos habían oído nombrar al humilde pueblecillo de Sudowa, que desde ese día es un nombre conocido de cuantos siguen, siquiera sea con mediana atención, los acontecimientos contemporáneos.

Allí se dió una batalla entre dos ejércitos, los mas numerosos que se han visto modernamente, uno enfrente de otro: en Leipsick no había mas que 240.000 aliados y 140.000 franceses, total 380.000 hombres; en Wagram, 200.000 franceses y 140.000 austriacos, 340.000; en Solferino, 150.000 austriacos y 150.000 aliados, 300.000; en Borodino, 130.000 franceses y 120.000 rusos, 250.000; en Waterloo, 40.000 prusianos, 65.000 aliados y 75.000 franceses, 180.000; mientras que en Sudowa combatieron 280.000 prusianos contra 200.000 austriacos, y por consiguiente, tomaron parte en la lucha 480.000 hombres.

No vamos á recordar el descalabro que en ella sufrió el Austria: fijamos solo el hecho como punto de partida de una situación nueva, en que, si ha perdido el dominio forzado de territorios importantes, se ha librado de los enemigos exteriores con quienes tenía que estar siempre alerta para que no se escapara de su mano lo que solo dominaba con la tiranía; en que, si ha mermado sus posesiones nominales, ha aumentado su fuerza efectiva, conciliando los elementos interiores que antes pugnaban dentro del imperio.

Ocupa el trono, desde 2 de Diciembre de 1848, Francisco José I, nacido el 18 de Agosto de 1830, que por su patente imperial de 4 de Febrero de 1867, ha revocado la suspensión de la ley fundamental de 26 de Febrero de 1861.

El ministerio austriaco actual, se compone del príncipe Anersperg (presidente del Consejo de ministros); de Taaffe, vicepresidente (ministro de la Guerra y de la Policía); Giskra (Interior); Hebert (Justicia); Brestl (Hacienda); Hasner (Instrucción pública y Cultos); Plener (Comercio); Potocki (Agricultura); Berger, ministro sin cartera.

La Representación nacional de los países del lado acá del Leithe, se compone de La Cámara de los señores, es decir, de los príncipes de la casa imperial, los jefes de las familias nobles que ocupan un rango elevado por la extensión de sus propiedades territoriales (los cuales son nombrados miembros hereditarios), los arzobispos y obispos con categoría de príncipes, y por último, los demás nombrados con la cualidad de vitalicios: La Cámara de los representantes, que consta de 203 miembros, enviados por las dietas de los reinos y países.

El presidente de la Cámara de señores, es el príncipe Carlos Guillermo de Anersperg; el de la Cámara de los representantes, Carlos Giskre.

La administración superior de los países al lado allá del Leithe, corre á cargo de un ministerio creado en 17 de Febrero de 1867, que se compone del conde Julio Andrassy, presidente (ministro de la defensa del país); el conde Jorge Kestetics (ministro ad lánere); el baron Bela de Wenckheim (ministro del Interior); Baltasar de Horvath (ministro de Justicia); Melchor de Longay (ministro de Hacienda); el baron José de Esetvaes (ministro de Ins-

trucción pública y de Cultos); Estéban de Gorove (ministro de Agricultura, Industria y comercio); el conde Emérico (ministro de Trabajos públicos).

El censo de 31 de Octubre de 1857, da á los países del imperio, descontando el reino Lombardo-Veneto, una extensión de 11.305 millas geográficas cuadradas, con una población de 32.530.002 habitantes: de estos son alemanes 7.877.675; slavos del Norte 11.037.872; slavos del Sur 3.948.882; romanos del Oeste 555.126; id. del Este 2.640.958; magyares 4.947.134; de otras razas 1.209.949.

Clasificado por cultos, hay: 21.478.713 católicos romanos; griegos 3.536.608; griegos orientales 2.921.541; evangelistas luteranos 1.218.750; calvinistas 1.963.730; unitarios 50.857; de otras sectas cristianas 3.944; israelitas 1.043.448.

El presupuesto de ingresos para 1867 fué de 407.297.000 florines austriacos; el de gastos de 433.896.000 florines: hay, pues, un déficit de 26.599.000 florines. El total de la Deuda pública era, el 31 de Diciembre de 1866, de 2.919.717.689 florines.

El ejército era en 31 de Diciembre de 1866: en pié de paz, 240.521 hombres; en pié de guerra, de 760.684. La marina se componía de 117 buques, de vapor ó de vela, con 1.063 cañones.

El comercio general del imperio en 1866, fué de 225.564.761 florines de importación, y 330.086.050 de exportación.

El emperador acaba de escribir una carta al baron de Beust, ofreciéndole un testimonio de agradecimiento por la obra que ha llevado á cabo: el ayuntamiento de Viena le ha nombrado por unanimidad ciudadano honorario de la capital de Austria, por los grandes servicios que le ha prestado: ¿qué obra y qué servicios son esos?

En los considerandos, dice la municipalidad, que la elección debe ser considerada como una muestra del reconocimiento de los habitantes de Viena hácia el Ministro que ha abierto en Austria las puertas al constitucionalismo, establecido la forma parlamentaria y dado á su programa, no obstante su amor á la nacionalidad alemana, el carácter de igualdad, de benevolencia é igualdad, de justicia para todos los pueblos del imperio austriaco.

En la carta le felicita el emperador por haber llevado á feliz remate una empresa importante y difícil.

Beust ha trabajado sin descanso para reconstruir el edificio político de Austria, amagado de una ruina inminente, conciliando la autonomía de las diversas razas que, como acabamos de ver, viven bajo el cetro de los Hapsburgos con la unidad del imperio.

La cuestión húngara era la primera que debió resolverse; para ello se nombró el ministerio especial húngaro, de que dejamos hecho mención, y se decidió poner al emperador de Austria la corona de San Estéban.

Esta coronación reconcilió los magyares con el emperador, que hubo de aceptar el programa inaugural, la carta de libertades húngaras, contenida en cinco artículos: 1.º obligándose á conservar la sucesión legal á la corona, la independencia é integridad del reino y de los países anejos; 2.º obligándose á conservar la corona depositada en Hungría; 3.º estableciendo la incorporación de los territorios procedentes de ella; 4.º conviniendo en que, caso de extinción de los Hapsburgos, la corona será electiva; 5.º imponiendo á los sucesores de Francisco José un diploma, igual al que sirvió de base á la ceremonia de la coronación.

Además de esta transacción con la Hungría, se necesitaba inclinar á las Dietas provinciales de los países no húngaros á nombrar representantes para la Dieta de Viena ó Reichstad, y eso está conseguido: la Asamblea central examinará la transacción llevada á cabo entre la corona y la Hungría, en lo relativo á los negocios comunes, y su aprobación, que ya no es dudosa, sancionará el desarrollo de la crisis constitucional, y dejará al Austria libre de recelos alemanes, después de haber quedado libre también de los recelos italianos.

La reconciliación entre el Austria y la Hungría es ya un hecho, y se sostendrá porque está basada en la libertad. En el pacto fundamental que liga los dos países, se establece que si uno abandonare el sistema constitucional, el otro quedaría en el acto desligado de su compromiso.

Nadie puede profetizar la suerte que está reservada á la Hungría, pueblo caballeresco, de fé ardiente y constante en la legalidad y de mucho porvenir por la riqueza de su suelo.

Basta recordar en pocas líneas la sabiduría y la perseverancia de los magyares en su lucha contra el Austria, para justificar la buena esperanza que puede fundarse en su porvenir.

Todo el mundo sabe que la Hungría, antes independiente del Austria, con la cual no tenía mas lazo que una especie de soberanía nacional ejercida por el que, al ser emperador, era al mismo tiempo rey de Hungría, poco á poco fué cayendo en la opresión del despotismo austriaco. Reciente está la heroica lucha de los magyares en 1848 para reconquistar su antigua independencia, á que no habían renunciado nunca; vencidos, diezados en tan desigual guerra, los húngaros parecieron someterse, pero pronto volvieron sordamente al principio, ostensiblemente después, á intentar la realización de sus proyectos. Hoy, después de veinte años de luchas favorecidas por las desgracias que han producido la conversión del Austria al régimen constitucional, han llegado, en fin, al objeto que tanto deseaban.

Actualmente el Austria y la Hungría son en sus relaciones como dos asociadas libres que se prestan mutuamente auxilio para la administración de sus intereses. Cada una es independiente, fuera de los asuntos comunes, es decir, de la organización militar, del sistema aduanero y de las relaciones exteriores, que, propuestos por el ministerio del imperio, necesitan ser discutidos y aprobados por delegados elegidos con ese objeto.

En cuanto á los asuntos militares, tal vez los mas importantes, porque ponen en manos del emperador de Austria un poderoso instrumento de acción, el Parlamento de Hungría conserva el derecho de votar los contingentes que quieren conceder al Austria para las necesidades de mútua defensa.

En materia de Hacienda, solo son comunes los ingresos y gastos que se refieren á los asuntos de que acabamos de ocuparnos; fuera de ellos, la Hungría posee entera libertad de acción para todo su desarrollo interior, político y económico.

Hemos visto que, bajo el punto de vista político, la queda poco que desear á la Hungría; pero no la sucede lo mismo bajo el punto de vista económico.

Hay que convenir en que tiene ya andado la mitad del camino. Sus vastas llanuras, regadas por el Danubio, que las fecunda como el Nilo fertiliza á Egipto, han sido consideradas siempre como el verdadero granero de Europa: sus inmensos bosques, sin explotar hasta hoy, pueden proveer á la marina y á la construcción de recursos que ningun otro país del continente está en situación de suministrar con iguales ventajas.

La Exposición universal, donde los trigos y los vinos de Hungría han obtenido medallas de oro, ha revelado al comercio lo que podrá ser ese país cuando tenga, como los demás de Europa, canales y caminos de hierro que desarrollen su producción.

Ya, tal como ha estado Hungría mal gobernada, sin vías de comunicación, sin salida á sus productos, la agricultura entrega a la exportación 12.000.000 de hectólitros de granos, y se ha calculado que con un cultivo mas inteligente podrá enviar cómodamente á los mercados extranjeros 30.000.000 de hectólitros.

Esta sola cifra basta para que se comprenda cuán interesada está toda Europa en seguir con atención y favorecer los esfuerzos de esa nueva nación que no desea mas que crecer y prosperar.

H.

ITALIA.

«La idea de la unidad, con la anexión de Roma capital, no es de Mazini, ni de Garibaldi, ni de ninguna otra mas modesta individualidad, sino que, como decía el honorable Menabrea, es el voto, el suspiro secular de los mas distinguidos ingenios y de los mas evidentes patriotas, los cuales lo procuraron, ó con sus obras inmortales, ó con su martirio, y hoy se ha convertido en la fé de la inmensa mayoría de los italianos.»

(Urbano Ratazzi en la Cámara de diputados, sesión de 18 de Diciembre de 1867.)

Están tan vivas las cuestiones de Italia, son de una trascendencia tan inmensa y se siguen por eso con una atención tan especial, que no es esta nación la que necesitamos nos extendamos presentando datos y recuerdos que todo el mundo tiene en la memoria.

Casi creemos ocioso decir Víctor Manuel II nació el 14 de Marzo de 1820. En los momentos en que se circulan los nombres del nuevo ministro Menabrea, no hace falta reproducir aquí la lista, y apenas necesitamos decir que la promulgación de la ley, en la cual Víctor Manuel es rey de Italia, tiene la fecha del 17 de Marzo de 1861, y que el reino se rige por la Constitución del antiguo reino de Cerleña, promulgada en 4 de Marzo de 1848.

La superficie del reino de Italia es de 284.465 kilómetros cuadrados; la población de 24.235.323 habitantes.

El presupuesto de ingresos era de 792.553.032 liras para 1867; de 919.615.247 el de gastos. La Deuda pública, en 31 de Diciembre de 1866, era: capital nominal, 5.287.582.451; intereses, 258.522.885; amortización, 20.986.909. La Deuda que Italia ha tomado á su cargo por el tratado de paz de 3 de Octubre de 1866, se ha fijado en 35 millones de florines, pagables en once plazos iguales, dentro de 23 meses; hay que añadir además á la Deuda italiana la anualidad de 15.230.145 liras á los Estados pontificios, según el convenio de 7 de Diciembre de 1866.

El ejército consta de 222.321 hombres, en pié de paz; en pié de guerra, de 494.800. La marina se compone de 104 buques con 1.321 cañones y 20.627 hombres.

El comercio de importación en 1865 fué de 824.693.516 florines, y el de exportación de 404.331.934.

Tales son las cifras que resumen la vida actual del reino de Italia, trabajado por sus perseverantes esfuerzos para redondearse, obligado á sostener sobre las armas un ejército superior á sus recursos, abrumado con las deudas que ha reconocido, distraído de su desarrollo material por las complicaciones incesantes en que se ve envuelto, distraído con las preocupaciones exteriores y conflictos interiores, que obedecen á las oscilaciones de la cuestión romana, cuyo carácter es eminentemente europeo antes aun que italiano.

Aun así, rodeada de contrariedades, agobiada por los gastos, en alarma continua, en expectativa siempre del momento propicio para llegar á la solución capital, Italia ha experimentado una transformación completa desde que los trozos en que estaba despedazada se unieron para formar una gran nación; y si en seis años lleva gastados ocho ministerios, y si se halla agitada por corrientes de impaciencia política, y si las pasiones están excitadas por efecto de la situación excepcional del país, y también por el temperamento que domina en los meridionales, el éxito que han tenido las tentativas incesantes de restauraciones

absurdas, el eco que encuentra en la opinion todo llamamiento de sentimiento nacional, y la unanimidad con que los italianos persisten en considerar á Roma como capital, son datos seguros para pensar, no solo que lograrán su deseo, sino que una vez logrado, se calmará lo que hay de ardiente en la política italiana, y, acabando el período de reconstrucción, empezará el de regeneración de Italia.

Para eso no necesita mas que prolongar un poco la perseverancia y la prudencia que lleva demostradas, y esperamos que el patriotismo italiano sabrá cumplir con ese deber.

ANTONIO PEREZ.

DISCURSO

DE APERTURA DE LAS CÁTEDRAS DEL ATENEO, LEIDO POR SU PRESIDENTE D. LAUREANO FIGUEROLA, EN LA NOCHE DEL 17 DE ENERO DE 1868.

Fecunda en enseñanza considérase nuestra época, según frase frecuentemente usada como sinónima de escarmientos y desengaños, cual si estos no fueran patrimonio común de la humanidad en todas edades y regiones, y como si fuese triste privilegio de la nuestra mayor cúmulo de daños y sufrimientos arrojados sobre la generación presente. Cuanto tiene de falaz y dolorido semejante lenguaje, fácilmente se demuestra si las enseñanzas que nos es dado recibir, son consideradas en sus verdaderas proporciones y en región mas alta que en la exclusiva del sentimiento. Nunca al hombre le ha deparado la suerte corto caudal de tribulaciones, pero si en el modo de vencerlas ó dominarlas muéstrase el señorío de su razon y los bríos de su voluntad, forzoso será convenir muy luego que los escarmientos y desengaños que se toman por enseñanza, fueron en mayor suma en pasados tiempos comparados con los actuales.

Hoy el fenómeno es distinto; mas complicado, más difícil la concepción de los elementos de estudio en cuanto nos rodea, y á la vez mas repetidas las experiencias que caen bajo nuestro dominio de investigación. Si antes era singular condicion de la fortuna y clase de la sociedad á que el hombre pertenecía, el que pudiese transmitir sus ideas por medio de la escritura á sus contemporáneos y á las futuras generaciones, hoy el número de los hombres civilizados que pueden comunicar entre sí por tan maravillosa combinación de signos es en crecido número, y las sensaciones, las observaciones, los actos que quedaban aislados, encerrados en la vida individual, trasmítense á todos aquellos á quienes puede interesar, fijar la atención y esclarecer el ingenio. El de los que leen, aun mayor que el número de los que escriben, y los vehículos de publicación y de comunicación tan portentosos como la prensa, el alambre eléctrico y la locomotora, asaltan de continuo la inteligencia, la excitan y conmueven, obligándola á interrogar la propia conciencia, á buscar explicación de los sucesos, y á inquirir de los demás la solución que en sí mismo no alcanza.

El libro y el folleto no bastan para nuestra ansiedad de novedades, y el periódico, que es mas antiguo de lo que sus difamadores pretenden, ha adquirido proporciones imponentes siempre, si para algunos espantables. [Singular condicion de nuestra existencia! Hoy, en el banquete intelectual, son tantos los manjares ofrecidos á nuestro apetito, que algunos Vitelios y Heliogabalos, saturados de tanta hartura, ostentan el natural capricho de una dieta científica, que solo demuestra el extragado paladar de una digestión dificultosa.

Antes, en el recogimiento del hogar doméstico, por la dificultad de las comunicaciones, por la carencia de libros, por el temor de las responsabilidades tremendas que el Santo Oficio podía imponer á los deslices de la inteligencia, encerrábase el hombre dentro de su propio pensamiento, temiendo comunicarlo á los demás, cual si fuese un crimen, sufriendo la tortura de aquel desdichado que pinta Edgardo Poe, fatigándose con su propio secreto, hasta correr desalado á publicarlo, despues de muchos años que pesaba sobre su conciencia. Así estallaban las experiencias y las enseñanzas, y su explosion inesperada, su aparición sin formar serie, ni guardar encadenamiento con otros sucesos, causaba escándalo solo por el simple hecho de conturbar el universal silencio, la comun placidez y estancamiento, y dentro del comun sentir era mezquina y raquítica la forma de apreciar los inventos y juzgarlos.

Hoy la dificultad estriba en resistencias de índole completamente diversa. La afluencia de datos, la continuidad de noticias, la invasion de observaciones y experiencias, la imperfeccion de muchas de ellas por la celeridad con que se pretenden y obtienen, el Océano de libros, el oleaje de los periódicos y revistas, la vida exterior, la polémica constante, la contradicción continua, la rectificación necesaria á cada momento y de cada momento, y las voces y los ruidos de toda la humanidad que antes no eran oídos y que ahora resuenan en todos los ámbitos, causan una perturbacion, un estupor á las inteligencias, que llegan á desvanecerse por la abundancia de los medios, como antes se comprimía y empujaba por la absoluta carencia de ellos. ¿Es un mal la exuberancia del bien? ¿El crecimiento de la comun fraternidad y comercio entre los hombres, debemos deplorarlo como si fuese la imagen del caos, cual allá en el fondo de la media edad creíase llegada la fin del mundo, porque la magnitud de los sucesos no cabía en la pequeñez de las inteligencias? No por cierto: que para toda necesidad sentida nace una institución encargada de satisfacerla.

Privilegio es del hombre el ser enseñado, como condicion de su perfectibilidad, porque solo con la transmi-

sion de una idea que encuentra la existencia y la base de otra idea precedente, aceptada por la inteligencia, cabe el progreso y el desenvolvimiento de las condiciones humanas. Negad la instruccion á los hombres, ó dadles un cuerpo docente que en vez de dirigir extravié, que por temor á la verdad, único fin de la ciencia, haga á la verdad sospechosa; que en vez de sacudir ridiculos temores que el fanatismo y la ignorancia inspiran, labre las almas en la tierra del espanto, y las abrumé y las aniquile al simple recuerdo de la razon mirada como producto del averno, y no como destello de la divinidad, y vereis pasar las generaciones á cientos, sin nombre, sin título que las distinga de una edad en otra edad, esperando siempre, cual en la religion de Brahma, la trasformacion de sus dioses, en perpétua inaccion y degradante miseria, inmóvil el pueblo en su atraso, si no es que descendié hacia la barbarie en la misma proporción que van siendo mas humanas y degeneradas las concepciones de la casta de sus Brahmas.

Entre el inmovilismo oriental y la agitacion europea, está planteado el problema que mueve y enardece las pasiones de los que quieren abdicar la razon en aras de intereses mas altos, y que, por serlo, son eminentemente razonables, mientras que los que á la razon enaltecen, por el ardor del combate la exageran, queriendo que domine sola y señoree en regiones donde se ciernen, mostrando igual belleza y poderio, la voluntad y la fé sus nobilísimas compañeras. Por desdicha nuestra, el combate es recio, y los que se creen mas ó menos sinceramente mantenedores del campo contra la razon, la han declarado revolucionaria, como si fuese novedad reciente que la razon subleva á la ignorancia siempre y en todos los tiempos, y la exaspera y la escandaliza!

Y no atreviéndose á poner tasa oficial á la doctrina, como no ha mucho la tenían los artículos de abasto, por caminos tortuosos y de travesía se quiere restablecer la paz de las almas, aislando las inteligencias, privándolas de comunicacion con el resto del mundo. *Dum solitudinem faciunt, pacem appellant.* Esta máxima de Tácito, inspirada por formar de una vida política de otros tiempos, bien puede aplicarse á los actuales en la modesta region de la ciencia, cuando puerilmente se intenta sujetarla en tanto que ella se escapa hácia el empireo con la elasticidad de los fluidos imponderables.

Europeos y no asiáticos: esa es la gran distincion que señala dos formas de existencia de la vida individual y colectiva aspirando al sumo bien, por las facultades animicas, ó sumergiéndose en la anulacion la criatura, abdicando su ser y convirtiéndose en parásitos de su propia existencia. Sea, pues, el mote de nuestro escudo el carácter europeo, si amamos la ciencia y por medio de ella queremos que nuestra condicion personal y humana sea mas noble, mas alta y mejor comprendamos la responsabilidad de nuestros actos y el cumplimiento de nuestro destino.

Ante ese caos de la pasion que extravía, de la exuberancia de medios que aturde, de la contradicción de datos que suspende el ánimo, de la exageracion que espanta, y la duda y la abdicacion individual en que muchos desfallecen, levántase entre las colectividades humanas una voz que, á la simpatía producida por su acento, á la belleza de las formas del decir, al ordenamiento de las ideas, á la clasificación de los elementos aparentemente desordenados, une ese *quid divinum* de la razon misma que encuentra eco en las razones de sus semejantes, por la claridad con que hace percibir al auditorio la verdad que encuentra su alma privilegiada. Ese encanto de la palabra, esa magia del pensamiento, ese Orfeo que conmueve los hombres antes rudos é insociables, ese don del espíritu divino, lo tiene el varon docto, el profesor, el maestro.

Ved aquí, señores, la utilidad de la cátedra, el inmenso beneficio que el profesor nos procura, cerrando el círculo, por decirlo así, y apareciendo desde aquel momento la corriente eléctrica que pone en contacto y en comunidad de ideas las inteligencias congregadas en la cátedra. Y esta enseñanza es mas digna de encomio cuanto mas espontánea de parte de quien la acomete y realiza, siendo merecedores del mayor aplauso y reconocimiento los dignísimos consocios de este cuerpo científico y literario que han tenido la bondad de acceder al ruego de la junta directiva.

Cuenta el Ateneo en sus años de existencia y en el catálogo de sus profesores, entre algunos modestos por sus condiciones personales, los nombres mas ilustres en la ciencia y literatura españolas, y si fuese dado hablar de los vivos con igual imparcialidad que de los que dejaron este mundo, bien podría yo anticipar ante este ilustrado auditorio la asercion de que los profesores del Ateneo en el presente curso, sostendrán el parangon con los mas distinguidos de años anteriores, como es igual su celo con cuantos han ocupado este sitio, desde donde han resonado los mas inspirados acentos, preclaras voces y elocuentes principios que por variados senderos contribuyen á levantar nuestra cultura, harto rezagada por dos siglos de ese marasmo asiático que hemos sacudido.

El Ateneo tiene por ello entre sus glorias el mas alto timbre que la posteridad podrá concederle: desde su ereccion ha enseñado, y ha enseñado libremente en el doble concepto de existir libertad en el profesor y en el alumno, discutiendo entrambos, no con una mira determinada de explotacion industrial y el señalado objeto de practicar una carrera, sino con el nobilísimo fin de cultivar la ciencia por la ciencia, por amor á la verdad, por el progreso y perfectibilidad humanos, que son los únicos títulos que engrandecen los pueblos.

Cuando los españoles fijan sobre sí mismos la atencion y conciben que hace ya treinta años existe una universidad libre en el Ateneo científico y literario de Madrid, como en Londres, como en Bruselas, como en Zurich y en otros puntos de que, por desgracia, nos separa

la altísima barrera de los Pirineos, serena la frente, alegre el semblante y ensanchando el pecho, saldrá entera la voz para exclamar: «Es posible todavía esperar en el porvenir científico de nuestra patria.»

LA AGONÍA DE LOS JUEGOS FLORALES.

Talis vita, finis ita.

Si no supiéramos que es impropio de pechos cristianos alegrarse de las desgracias ajenas, y que hasta la muerte de nuestros enemigos debe contristarlos, entonaríamos himnos de júbilo viendo tocar á su término esa institución que desviándose á poco de haber nacido del camino que sus restauradores la trazaran, no ha dado mas resultados que hacernos conocer contadas composiciones de verdadero mérito y poner de relieve todas las miserias y pequeñeces de los que para ser algo, deben comenzar por destruir á cuantos crecen y viven y se mueven á su alrededor.

Hace ya mucho tiempo que viendo el sesgo que iban tomando cuantas cuestiones á los juegos florales se referían, pronosticábamos el próximo fin que á los mismos aguardaba, y la verdad que no se necesitaba ser muy línce para ello, pues desde el momento en que olvidando el objeto que se propusieron sus restauradores, objeto puramente literario, pudimos apercibirnos de que dentro del consistorio, surgía un principio político, que unas veces revestía las formas del necismo y las del provincialismo exagerado otras, nos fué dable comprender que los días de su existencia eran contados. Es la verdad que esas diferentes tendencias tardaron bastante en salir á la superficie; mas aun cuando la marejada no fuese otra cosa, durante mucho tiempo, que peligrosísima mar de fondo, ibanse allegando nuevas fuerzas y elementos nuevos, al núcleo ó núcleo que existían, por manera que era seguro el éxito para el día en que esos distintos y contrarios elementos se considerasen con robustez bastante para luchar.

Pocos dias han trascurrido desde que una de las personas que con mejor fé y con mas decidida voluntad trabajó y ha trabajado para la restauracion y sostenimiento de esas justas literarias, demostraba terminantemente que los escollos en que naufragaban los juegos florales, eran los hombres *soi disant*, *influyentes*, el *mallorquinismo* y el *vulgarismo*, y si bien no faltó quien quiso despreciar aquel escrito no dándole mas importancia que el de un desahogo propio de un carácter descontentadizo, nosotros batimos palmas porque comprendimos que habia llegado la hora durante tanto tiempo esperada, y se levantaba por completo el velo que á la vista de muchos ocultaba hasta entonces la podredumbre y las miserables pequeñeces que bajo el nombre de Juegos florales se ocultaban.

Por un lado y como cuestion fundamental la idea política, representada por una parte por aquellos que se reclaman de puro placer, con solo acordarse de aquellos tiempos en que habia señores de horca y cuchillo, pendon y calera, y por la opuesta los que quisieran volver á aquellos otros en que se decía al Rey: «Nos que somos tanto como vos y todos juntos valemos mas que vos»; por otro, los *influyentes* que con su orgullo satánico á trueque de sacar triunfante su sistema, todo lo rompen, todo lo atropellan, no respetando siquiera los fueros del buen gusto... ¿Qué habia de suceder? Lo que claro revelaban las luchas civiles que sostuvo el último consistorio de mantenedores con motivo de las composiciones que debían premiarse, según el dictámen de personas *influyentes*.—Luchas civiles de que, bien que *solto voce*, hablóse largamente—y lo que dejaban adivinar los estupendos proyectos que en son de misterio, halagando esperanzas, venciendo resistencias, brindando protecciones y satisfaciendo pueriles vanidades, han ido propagándose en secreto desde Mayo acá, con el piadoso fin de sacarlos triunfantes llegada la ocasion. Y la ocasion ha llegado, y los proyectos han salido triunfantes y hemos reido hasta reventar, viendo de lo que es capaz el poder de las personas influyentes y los milagros que puede realizar quien con amigos complacientes y por extremo hábiles, se proponga sobreponerse á las tendencias de la generalidad. ¿Y quién no se rie y de risa no se desternilla, viendo hacer profesion de reformador al que es por esencia, presencia y potencia, personificación del quietismo, salvo el caso empero en que se trate de la belleza humana representada por la que según Breton «es el animal mas lindo que Dios ha puesto en el mundo?» ¿Y quién no derrama lágrimas de puro gozo, viendo una guardia negra tan disciplinada, tan ciega observante del tacto de codos, que responde á coro, y á guisa de comparsa teatral, y á las mas insignificantes indicaciones del corifeo ó cabo de comparsas? ¿Quién no necesita oprimirse los hijares para no estallar de júbilo, viendo la prodigiosa habilidad de esas influencias de primer orden, que ocultan siempre tras cortina, y hablando al paño, tienen el buen acuerdo de ocultar el bullo cuando pudieran sufrir un revolcon, poniendo por delante personas sensatas á las cuales dejan corridas como monas, despues de haberlas colocado como escabel para alcanzar sus desatentadas pretensiones y conseguir sus fines, hijos de la mas loca ambicion; mozalvetes imberbes que á trueque de hombrear ceden gustosos á las mas absurdas exigencias; y jóvenes inexpertos ó llenos de credulidad, que imaginando ser un lago tranquilo la institución de los juegos florales, que allá en su pueblo, en el rincón del hogar doméstico, aplaudirán, arrojándose confiados á surcar su en apariencia mansísima superficie?

Lo repetimos: estamos de enhorabuena los que, atendidas las proporciones y tendencias que han querido darse é imprimirse á los Juegos florales, desde poco tiempo despues de su restauracion, hemos visto en ellos un elemento contrario á la unidad del sentimiento nacional. Cierto, que durante algun tiempo, llegamos á temer que echaran hon-

das raíces y nos maravillábamos al ver que existían personas que ni de su existencia se acordaban, considerándola como cosa pasajera y baladí; mas al presente que escuchando á unos y á otros hemos podido cerciorarnos de sus fuerzas y valor; al presente que hemos tocado todo lo que se encierra debajo de este bonito nombre; al presente que hemos visto que no hay otros juegos que los de destreza y habilidad en hacer prosélitos, despedazar reputaciones, mentir amistades, olvidar gratitudes y cabidear de lo lindo, ni mas flores que las que dejan adivinar los nada gratos aromas que de este revuelto mar de miserables intrigas sin cesar emanan; al presente, que por habernos hecho la mortecina, hemos sido solicitados por los que nos creían partidarios del elemento mallorquín y por los que presumían que estábamos por la tendencia catalana, precisamente porque para nuestros adentros nos reíamos de unos y otros, comprendemos que procedían como cuerdos los que ni siquiera volvían la cabeza oyendo hablar de la decantada institución, y sobreponiéndonos por un momento á nuestros temores y considerando la cuestión desde un punto de vista mas elevado, damos la razón á los que decían un día y otro día que los Juegos florales se matarían á sí mismos.

No diremos que á sí mismos se hayan dado muerte; mas de seguro que de la última enfermedad tales habrán salido, que no habrá ya por donde cogerlos, pues el simple contacto, indispensable para proporcionarles amparo, ha de bastar para que se determine su total ruina.

Permitásenos que acabemos en broma lo que solo á fuerza de esfuerzos hemos podido tratar en serio. ¿Quién le había de decir á aquella damisela llena de vida y esperanza no hace aun dos lustros, que se agotarían en flor sus dorados juveniles ensueños! ¿Cómo podría imaginarse que había de morir de mala muerte, á manos de aquellos que para agasajarla agotaron el diccionario de las palabras de miel y azúcar! ¿Cómo podía presumir que los que la llamaron vida mia y sol y reina, y tan pronto la representaban entonando poética canción del mar en la ribera, y recorriendo las comarcas todas, desde el enhiesto Pirineo hasta los africanos bosques de la poética Elche, como dictando leyes á pueblos y naciones é inspirando á trovadores, á reyes, á santos y á sábios, debían clavarle un buhido puñal en mitad del corazón! Si á manos de los que por mimarla se hicieron influentes muere la traida y llevada, la asendereada, la malestruga doncella; mas no se apesadumbe por eso; si á tan mal trance la ha traído un empacho de influencia; si en el paroxismo del dolor acuérdase con pesar de que á tal extremo la han llevado resabios de mallorquinismo; si en el estertor de la agonía ve que sobre ella cierne sus alas cual ave fatídica y agorera, el aguilucho que quiso ocupar el sitio que en la cimera del yelmo que corona su escudo, tiene el histórico murciélago, consuélala la seguridad de que sobre su lecho mortuorio, el vulgarismo, por boca del mas autorizado de sus ministros, entonará cantos funerales, sin emplear bajezas, equivoquillos, trivialidades ni chocarrerías, que puedan ruborizar el albo matiz de sus mejillas virginales, y que cabe su losa sepulcral, se oirán de nuevo las tristes elegías que cantaron LA MORT DE LA PALOMA.

F. MARESC Y B.

RECUERDOS DE LA LITERATURA HEBRÁICA.

Apartando por un momento los ojos del campo de la política diaria, vamos á refrescar nuestro corazón y nuestra fantasía trasladándonos al terreno poético, y consagrando algunas palabras al periodo mas hermoso del desenvolvimiento de la literatura de los hebreos: á la época de los jueces.

Y ante todo apresurémonos á manifestar que los hebreos comparten con los indios la gloria de ser los mas grandiosos representantes del sentimiento de la poesía en el antiguo Oriente. Tienen sin duda los indios mas pujanza intelectual, mas extension de aptitudes, mas profundidad y magnificencia de pensamiento; pero en cambio los hebreos, aunque girando dentro de un órden de ideas mas determinado, penetran de tal modo en la vida de la naturaleza, expresan con tan ingénuo verdad las primitivas impresiones del espíritu humano, virgen y juvenil, descubren una pureza tal de receptividad poética, que sus imágenes, sus figuras, sus expresiones se graban duraderamente en el alma. Y nosotros, sin embargo, no conocemos la lengua hebrea, y no podemos, por tanto, apreciar innumerables bellezas, de esas que residen especialmente en las palabras, en los giros, en los sinónimos y en el colorido material de las frases; pero aun á través de las traducciones quedan todavía subsistentes en las páginas bíblicas innumerables rasgos de índole esencial que resisten á todas las variaciones de forma.

Pero donde se refleja mas vivamente el natural carácter y el génio primitivo de los hebreos, no exagerado ni amanerado como lo fué despues por las circunstancias históricas, es en la época ya mencionada de los jueces, periodo de transición á la existencia regularizada de los tiempos de la monarquía. En este espacio de mas de cuatrocientos años, las condiciones sociales y políticas del pueblo hebreo fueron efectivamente las mas á propósito para el desarrollo vigoroso y lozano de su imaginación y de su sávia poética. Las diversas tribus, agrupadas rápidamente en medio de enemigos constantes, tenían ya un principio de civilización, gozaban de esas libertades propias de las razas aun no encarriladas en la vida metódica y lánguidamente uniforme de las naciones maduras, y á la par ofrecían aun su aspecto de individualismo, de independencia personal y de espíritu de aventuras en extremo favorable á la animación y al empleo fructífero

de las fuerzas particulares de cada hombre, tanto en el concepto moral como en el material.

La necesidad de regularización que se experimenta en las naciones al llegar á cierta altura, no se había hecho todavía sentir en aquella raza, y de aquí provenía el ancho lugar que quedaba en su seno á las acciones individuales, á los hechos heroicos, á las empresas de los valientes que contaban con la audacia y con la astucia bastantes para elevarse sobre todos sus compatriotas. Tales épocas de expansion personal ofrecen siempre un sello original y novelesco, así es que en aquella edad fué cuando aparecieron las grandes figuras de Sanson, Jefe, Débora y Gedeon; cuando nació la conmovedora historia de Ruth; cuando florecieron las fábulas, los enigmas y los juegos de palabras; cuando el génio poético de aquel pueblo se manifestó, en fin, con mas frescura, galanura y espontaneidad.

Para comprender semejantes tiempos en este su verdadero carácter, es menester poseer cierto sentido de lo pasado, cierta intuición que facilita la comprensión de costumbres, afectos é ideas harto distantes de nosotros. Pero el que posee en algun grado ese sentido encuentra fácilmente hermosura, interés y atractivo donde otros no ven sino invenciones descabelladas ó lances extravagantes. Así el gran tipo de Sanson no se ofrece al observador recto é imparcial bajo la imágen de un brutal coloso ó de un ganapan forzado, sino como la personificación de la juventud alegre, descuidada, fuerte, confiada en su robustez é inclinada por su mismo vigor á todo linaje de aventuras y expediciones. En este concepto el Sanson hebreo es análogo al simpático Baco griego y al Rama indiano, dioses igualmente alocados y con la sonrisa del bienestar en los labios. Débora emitiendo sus juicios al pié de una palmera desde la montaña Efraim, la misma Ana madre de Samuel y otros personajes parecidos, se ofrecen á la vista con caracteres indelebiles.

No hay lugar bastante en los estrechos límites de un artículo periodístico, para examinar bajo todos sus aspectos la fisonomía poética del pueblo hebreo en esta época verdaderamente creadora y generadora, y en que todo lo hacia el sentimiento innato de la muchedumbre aun no cultivado ordenadamente como en tiempo de David y de Salomon y en las posteriores edades.

Sin embargo, no podemos resistir al deseo de insertar aquí la fábula de Jothan contenida en el capítulo noveno del libro de los jueces, y que puede dar al lector una idea aproximada de la índole de las tendencias literarias en aquellos siglos.

Vosotros, todos, dice desde lo alto de una montaña un jóven levantándose contra un opresor; vosotros, todos, hombres venerables, señores de Sichem, escuchadme y Dios tambien os escuchará. Un día los árboles se pusieron en camino para ungir y elegir un rey. Llegaron cerca de un olivo y le dijeron: Sed nuestro rey. Y el olivo les respondió: ¿abandonaré yo el jugo untuoso agradable á Dios y á los hombres para ir á reinar sobre los demás árboles? Entonces los árboles se dirigieron á una higuera y le dijeron: sé nuestro rey. Y la higuera les respondió: ¿abandonaré yo mi dulzura y mis hermosos frutos de todos los años para ir á reinar sobre los demás árboles? Entonces los árboles se dirigieron á un matorral lleno de espinas y le dijeron: sé nuestro rey. Y hé aquí lo que el matorral espinoso les respondió: si es verdad que queréis ungirme á fin de que sea vuestro rey, venid y poneos á mi sombra; si no lo haceis, que mis espinas broten llamas y que estas devoren los cedros del Líbano.

En esta fábula se retrata perfectamente la afición de los orientales á revestir sus ideas con formas alegóricas, á presentar siempre las cosas de un modo árido y no abstracto, sino envueltas en colores y en ropajes, veladas con metáforas y dispuestas de manera que penetren con energía en el espíritu por medio de la imaginación y de los sentidos.

Algunos otros rasgos semejantes podríamos citar para hacer formar á nuestros lectores un juicio algo exacto del carácter poético hebráico en los tiempos anteriores á David y Salomon. Las ligerísimas indicaciones hasta aquí hechas, creemos sin embargo que basten para advertir que ese carácter era esencialmente vigoroso y espontáneo, apoyado en los múltiples incidentes de la vida diaria nacional, emanando de esta y constituyendo su verdadera y animadísima expresión. Aquellas edades eran para el pueblo hebreo, volvemos á repetirlo, edades realmente novelescas, edades de acción, de iniciativa individual, de entusiasmo y de movimiento. Así la poesía no se cultivaba á la sazón con sujeción á reglas retóricas en el silencio del hogar, sino que brotaba gráfica, sonora é impetuosa á raíz de los sucesos que encomiaba, como lo demuestra entre otros el violento y casi selvático, pero admirable canto de Débora.

En épocas de tal naturaleza no se compondrán acaso obras perfectas en cuanto á la pureza y á la regularidad de la ejecución, pero en cambio la concepción es constantemente original, la vitalidad rebosa por do quiera y el génio popular se crea á sí propio y se abre su lugar en la corriente de la historia. Las grandes é innegables bellezas de los salmos de David, Asaph y los hijos de Coré, los hermosísimos idilios de Salomon, producciones todas posteriores, provienen directamente del impulso dado á la poesía en tiempo de los jueces. La literatura entonces se encauza, florece tranquila y presenta frutos escogidos y bellísimos, pero el periodo juvenil está ya trascurriendo, las tintas de la aurora desaparecen, la sávia viene de atrás, la fuerza creadora disminuye para dejar paso á los años maduros, tras de los cuales asomará en breve su melancólico rostro la infecunda ancianidad. El siglo de

oro del pueblo hebreo es bajo todos conceptos el siglo de Salomon, hombre de talento extenso, de miras prácticas y de vastos proyectos; pero hay que tener muy presente que los frutos de esos y otros parecidos siglos de oro provienen siempre de las virtudes y de la eficacia de los siglos inmediatamente anteriores á ellos, pues en cuanto esta eficacia transmitida comienza á cesar por haberse secado los manantiales que la engendraban, la miseria y la decadencia aparecen á pasos agigantados.

La época de los jueces fué para los hebreos lo que la época del romancero del Cid para nuestra patria.

J. ALONSO Y EGUILAZ.

Á LA LUZ DE UN FÓSFORO.

MEMORIAS DE UN GORRIÓN.

I.

Hace ya muchos años, los suficientes para que un hombre pase de la juventud á la vejez, que en una hermosa y apacible mañana de la mas apacible primavera, entraba orgullosa y altiva en la bahía de la Habana una fragata mercante con bandera española trayendo su rumbo de la Coruña. Sobre cubierta, y en la parte de proa, confundido entre unas cuantas pasajeros y un sin número de tripulantes, venia un jóven de veinte á veinticinco años, de mirada astuta, de rostro inteligente y de entrecejo tan espeso y tan unido, que indicaba una fuerza de voluntad inquebrantable. Su traje era un término medio entre la estudiada decencia de la clase media, y el patriarcal abandono de los campesinos de Galicia en los dias que no son de fiesta; no era posible por lo tanto colocar á aquel personaje á primera vista en determinado peldaño de la escala social; pero examinándole con algun detenimiento, desde luego se comprendía que aquellos ojos, aquel entrecejo y aquellos labios ligeramente sumidos, le elevarían mas tarde ó mas temprano á prodigiosa altura.

Al pedir pasaje en la fragata había declarado su nombre y circunstancias particulares. Llamábase Tadeo Cousiño, y era de linaje hidalgo y de cristianos viejos por ambas líneas. Tuvo la desgracia de perder en pocos meses su padre y su madre, y la fortuna de que le dejaran en herencia hasta media docena de vacas y no sabemos cuántas ferradas de tierra. Bastábale con esto al rapazuelo con que vivió; pero habiale dotado Dios de un alma tal y tan buena, y sobre todo tan diferente de la de sus paisanos, que era aficionado á remontarse, y extendía su vuelo mucho mas allá de las vacas y de los ferrados.

Cierta dia pensó Tadeo que el mundo era infinitamente mayor que el reducido espacio en que estaba encerrada su juventud, y recordando el ejemplo de un pariente lejano de su madre que se había enriquecido en las Indias, como se decía entonces, pensó que la ventura puede muy bien heredarle como la sangre, y sin encomendarse á Dios ni al diablo vendió sus ferradas y sus vacas, compró una pacotilla de géneros peninsulares que le parecieron de fácil y ventajosa salida en América y dió con ella y con su persona en la cámara de proa de la fragata *Consolacion*, que salia del puerto de la Coruña con rumbo directo al de la Habana.

Tadeo no se engañó en sus cálculos: vendió su pacotilla en una cantidad tres veces mayor de la que valia; repitió con igual fortuna estos ensayos mercantiles; comerció despues en grande escala, y como un gallego cuando sale fino se pierde de vista, nadie volvió á ver en aquel hombre al laborioso y osado aventurero de algunos años atrás, y la casa del señor de Cousiño era una de las mas respetadas de las que por entonces componian el floreciente comercio de la Habana.

En el momento en que principia esta verdadera historia, el Sr. D. Tadeo Cousiño, Marqués de Fuensalada, gran cruz, gran propietario y gran capitalista, con otras grandezas que por inútiles callamos, tiene la dignación de reparar su vida, y viendo que la semilla arrojada por él en aquel suelo de bendición ha dado ópimos frutos, celebra y ensalza su talento como es justo y natural, y al recorrer con las alas de la imaginación aquel país, teatro de sus proezas, lo mira como país conquistado, lo cual es tambien muy natural, aunque parezca muy poco justo.

Don Tadeo hace *in pectore* el balance físico y moral de sus venturas y sus desventuras. Coloca entre las primeras, como partida preferente, una tranquilidad de ánimo y una salud poco menos que inalterable, y siguen abultando la cifra de los millones, casa de banca, ingenios, capitales, dilatados plantíos de tabaco en la Vuelta de Abajo, esclavos negros, aduladores blancos, etc., etc.

Figura entre las desventuras como primera y muy principal, la de estar privado del amoroso fuego del sol de la patria, y compensa esta partida de déficit con la risueña esperanza, años ha concebida, de calentarse á ese sol cuando concluya el negocio pendiente; mas como los negocios y las palabras se parecen á las cerezas, en que se tira de una y salen enredadas ciento, Dios sabe si el susodicho déficit podrá saldarse durante la vida de D. Tadeo.

Segunda partida de desdichas es su hijo Fabian; y no porque el muchacho no sea una alhaja, sino porque quiso su mala suerte hacerle nacer en Cuba, y no tiene como su padre amorosa impaciencia porque le abrigue el sol de la patria común, y cree que su patria es América, aunque no ha leído la doctrina de Monroe y se llama *fosforito* á boca llena, mientras su padre ni ha renunciado, ni renuncia, ni renunciará al dictado honroso de *gorrión*, y opina y lamenta que estos diversos adjetivos lleguen á ser elementos disolventes en la familia.

Pero como los duelos con pan son menos, concluido el balance, D. Tadeo se consuela, y deja al tiempo y á su buena fortuna el cuidado de vencer el rigor de este par de desdichas. Como en el mundo no hay felicidad perfecta, quedamos en que D. Tadeo, relativamente hablando, es un hombre feliz.

II.

No nos atreveremos á decir otro tanto de D. Higinio del Olmo, aunque le calentaba, ó mejor dicho, le tostaba todos los dias de lo lindo el amoroso sol de su patria. En este se cumplió al pié de la letra aquel sábio refrán que dice: padre comerciante, hijo caballero y nieto pordiosero. Don Higinio era hijo de comerciante, caballero por consecuencia y muy hábil por lo tanto para dejar á las nietas de su padre en camino de pedir limosna. Fosforito hasta la médula de los huesos, no conservaba ya la antigua predisposición que tenia á inflamarse en

sus verdes años; era un fósforo sin cabecilla en toda la extensión de la palabra, lo cual no impedía que de vez en cuando recordase su origen y sintiera circular por sus venas fuego en vez de sangre.

Muy joven era todavía cuando sus padres, deseosos de que perfeccionara su educación, le enviaron á viajar por Europa; y á fé que en esto les dió gusto, pues si bien no frecuentó las universidades salió muy entendido en varias materias, especialmente en amor, escuela en que tuvo por maestra á una doctora sevillana, cuya alta sabiduría era proverbial por aquellos tiempos. Acusan al amor de inconstante y de veleidoso; pero D. Higinio lo encontró tan firme y tan consecuente, que ya no pudo desprenderse de él en todos los días de su vida, y después de haber sido sucesivamente bachiller y licenciado *nemini discrepanti*, tomó la borla de doctor, es decir, contrajo matrimonio á la faz de la Iglesia y á espaldas de sus padres; y para colmo de felicidad un año después lo era de una niña muy hermosa que por haber parecido á todos un ángel, fué bautizada con el nombre de Angélica.

Juventud, alegría, posición y dinero hacen adorable al hombre nuevos simpático; D. Higinio tenía todas estas cualidades y algunas otras mas concedidas por la naturaleza; así, pues, su mujer le adoraba y le hubiera seguido hasta el fin del mundo si no le infundiese un miedo cerval la posibilidad de que embarcándose, una borrasca enemiga la convirtiera en pasto de los tiburones. D. Higinio transigia con este miedo pueril, y como para el hombre enamorado no hay mas patria que aquella donde está su amor, fijó su residencia en España por espacio de tantos años, que ya para ser europeo no le faltaba otra cosa que la partida de bautismo.

Gracias á este salvador sistema, la tierna esposa de don Higinio no fué pasto de tiburones, pero sí presa de una pulmonía al salir cierta noche del régio coliseo, lo cual, si ofrecía resultados análogos, era en cambio infinitamente menos horroroso para un alma tan impresionable como la suya. Desde entonces al desconsolado viudo le pareció Madrid, la España entera, un vastísimo cementerio, y habiéndose despertado en su corazón el amor al suelo natal, se embarcó para la Habana firmemente resuelto á que su hija llegase á ser por la costumbre tan americana como él lo era por el nacimiento y por el corazón.

Como si los lugares inanimados pudieran ser responsables de las inclemencias del destino, D. Higinio concibió un horror profundo al país que guardaba las cenizas de su mujer: España, que antes había sido un paraíso, se convirtió en un infierno; bastaba que una cosa cualquiera fuese de la Metrópoli para que le pareciera odiosa, y abominó el sistema de gobierno de España, de los hombres públicos de España, de los empleados de España, de vivir en la dependencia de España, y no de todo lo que fuera español, porque entonces hubiera sido preciso abominar de su mujer y de su hija.

Y esto último era imposible: á aquella la había amado con alma y vida, á esta la amaba con vida y alma: verdad que para no amar á Angélica de ese modo hubiera sido preciso no tener corazón. Cuando la vieron en la Habana exclamaron todos á una voz, que *gorrión* mas linda jamás había venido del otro lado del mar. Esto de *gorrión* no hizo mucha gracia que digamos al bueno de D. Higinio, porque él se hacía la ilusión de que su hija, aunque nacida á orillas del Guadalquivir y educada en las del Manzanares, es decir, en la tierra de los macareños, era mucho mas *fosforita* que la de Logrosan; pero lo dispuso fácilmente por lo mucho que á su orgullo paternal halagaba el adjetivo de linda. Y en efecto; ¿qué mal hay en que á una mujer bonita se la compare con un pájaro? ¿Qué cosa mas poética que esos poéticos seres ligeros como el aire que cruzan, animada encarnación de la fantasía? Angélica era alegre, risueña, feliz, esbelta, ligera, graciosa como un ave: al andar, sus pies apenas hollaban la tierra; diríase que tenía alas. Si no la llamasen ya *gorrión* por el hecho de haber nacido en España, hubiera sido preciso bautizarla con el nombre de otro pájaro cualquiera.

D. Higinio, acaso para purgar el olvido en que por tanto tiempo había tenido á su siempre adorada América, levantó una muralla inespugnable entre él y todo el que tuviese origen español. Si algunas veces los respetos sociales le obligaban á rendir la fortaleza, aceptaba resignado el sacrificio, pero sin que en él se interesase nunca su corazón. Por eso aunque vivía en la casa inmediata á la de D. Tadeo, jamás dejó de considerarle como á un sabañon que había engordado con el jugo del suelo americano, ni su amistad para con él pasó nunca de los límites de ligeras inclinaciones de cabeza. D. Tadeo, por su parte, no veía en el habanero mas que un indio que le debía una parte, aunque fuese mínima, de la civilización de que gozaba.

III.

Fabian, que adoraba á Dios en la perfección de sus obras, opinó exactamente lo mismo que los padres de Angélica cuando por parecerles un ángel le dieron este nombre, y como los ángeles inspiran adoración y suelen no rechazar el culto cuando toman la forma de mujer, el joven heredero del marques de Fuensalada, se dedicó exclusivamente á ser sacerdote de aquella divinidad. El amor, aunque niño travieso y nada temeroso, gusta de hacer sus travesuras en el misterio; don Higinio tardó mucho en apercibirse de que Angélica se quería alumar con la luz de aquel fósforo, y D. Tadeo no anduvo mas listo en comprender que Fabian buscaba aquella pájara para su nido.

Pero mas tarde ó mas temprano se descubrió el secreto, que fué como clavar un dardo en los paternales corazones de D. Higinio y de D. Tadeo: todos hemos amado, los unos menos, los otros mas desde el momento en que nos alumbró el primer rayo de la razón, y sin embargo, á todos nos parece despropósito é ingratitud que nuestros hijos imiten el ejemplo que les hemos dado. D. Higinio enoñaba que Angélica era demasiado niña para amar, demasiado linda para que la mereciese el hijo de un *gorrión*: D. Tadeo opinaba exactamente lo mismo que D. Higinio, con la sola diferencia de que volvía la oración por pasiva y encontraba á Fabian demasiado joven, demasiado rico, demasiado guapo para que pudiera ser su esposa la hija de un *fosforito*, que sobre serlo odiaba tan cordialmente á los *gorriones*.

Había además razones poderosas para que los padres se opusieran tenazmente á la resolución que hubiesen tomado los hijos. Ya hemos dicho que D. Tadeo aguardaba con impaciencia la conclusión del negocio pendiente, para calentarse al fuego amoroso del sol de su patria. Parecía á que su padre no le parece lo mismo? que Fabian tenía en España un brillantísimo porvenir: era joven, despejado, audaz, y con estas condiciones, ayudadas por el dinero, que es la gran ayuda para todo en este mundo miserable, llegaría á ser diputado, y ministro y cuanto hay que ser en un país donde lo han sido tantos sin ninguno de estos merecimientos.

Por su parte, D. Higinio, acariciaba otro porvenir no menos lisonjero. La suerte, en forma de primo de Angélica, le presentaba la ocasión de que su hija viviese en la opulencia en que había nacido, y de que se limpiase en la familia la especie de borron que él le había echado permitiéndose tener una hija española. Nadie podía asegurar cuál de los abuelos del primo había sido *gorrión*: casándose Angélica con él, se casaba con un americano rancio, con un *fosforito* en regla, y como la mujer honrada no tiene mas patria, ni mas religion, ni mas sentimientos que los de su marido, llegaría á ser tan americana como el padre que la engendró, y el marido que supo aprovecharse del engendro.

Pero como Fabian no sentía la impaciencia de su padre, ni pensaba en otra cartera que aquella en que guardaba los billetes amorosos de Angélica, y como Angélica, por su parte, estaba muy satisfecha de la felicidad que directamente se había buscado, y creía inútil el trabajo que se tomaba su padre para buscársela por tabla, la oposición de D. Higinio y D. Tadeo, fué exactamente lo mismo que el alquitran echado en el fuego para apagarlo.

IV.

Las cosas no podían continuar en tal estado, y un día, llamando D. Higinio á Angélica, le dijo con voz solemne y conmovida:

—Hija de mi alma: mi principal deber en el mundo es hacerte feliz, y oponerme á tus inclinaciones cuando no te llevan por el camino de la dicha: á tu edad no se conoce el verdadero interés, y por eso, sin duda, amas á un hombre como Fabian. No te negaré que sea un hombre apreciable, honrado, de buenos sentimientos, de gallarda presencia, de envidiada posición, de riquezas pingües....

—Pues papá, entonces.... interrumpió Angélica.

—Déjame continuar. Pero no debes perder de vista que es hijo de uno de esos hombres, que considerando á la América como un país conquistado, vienen aquí sin otro objeto que el de explotarla, y habiendo salido de la nada, llegan á serlo todo á costa de este país y de los que en él hemos nacido. Tu primo Amadeo es tan apreciable, tan honrado, tan gallardo y tan rico como Fabian; es, sobre todo, un buen americano, y pues tú has de vivir en América, con los americanos debes vivir.

—¿Has concluido, papá? preguntó Angélica con maliciosa sonrisa.

—He concluido.

—Pues óyeme ahora.

Y la pájara, que como ya hemos dado á entender, era una pájara que se perdía de vista, abrió el pico y trino de esta manera:

—Al retrato que acabas de hacer de mi primo Amadeo, te falta una pincelada; que yo no le amo ni le podré amar en mi vida. Cuestión de gusto, y como tú no eres quien se va á casar, el tuyo importa muy poco en esta cuestión. Yo no sé si dando mi mano á Fabian favorezco ó perjudico los respetables intereses americanos. Me consta que su padre vino á la Habana á hacer fortuna, y me consta también que si la encontró, lo ha debido á su honradez y á su trabajo: me dices hoy que los hombres como D. Tadeo miran á América como país conquistado, y te he oído decir otras veces que vosotros formáis una provincia de España; si esto es así, tanto me importa que D. Tadeo se haya enriquecido en Cuba, como en Castilla, en Andalucía ó en Valencia: cuestión de nombre. Créeme, papá, tan español eres tú que has nacido en la Habana, como yo que he nacido en Sevilla; y en cuanto á que D. Tadeo haya venido á explotarnos, ¿en qué lo fundas? La riqueza adquirida con la explotación y el trabajo, es honrada y legítima, y hágala un español ó un americano, redundará siempre en provecho del país en que se formó; porque, según he oído decir á personas que deben entenderlo, la reunión de la riqueza de varios particulares, constituye la pública. Así, pues, esas rivalidades de raza, que después de todo no se conciben, porque tú vienes del mismo tronco que D. Tadeo, son, cuando menos, inoportunas. Dichoso el país que puede tender sus brazos á los extranjeros, y brindarles con el trabajo para que en él aumenten la prosperidad. Yo, que no soy del país sino una hija adoptiva, no hago tanto, pero teniendo los brazos á Fabian, que después de todo, es tan *fosforito* como tú, y amante mariposa, me quedo en la luz de su llama. He dicho.

D. Higinio era demasiado consecuente en sus opiniones para convencerse con esta argumentación de Angélica; pero no se le ocurrió una sola palabra que replicar, y se dió por satisfecho, aunque no mucho, con mover la cabeza á un lado y otro, con tanta expresión de duda como de disgusto.

Casualmente, el mismo día en que se celebraba el consejo de familia á que acabamos de asistir, D. Tadeo cojía por su cuenta á Fabian, y le daba quejas en estos términos:

—Fabian, hijo mio, sé razonable; no pagues con el mayor disgusto que puedes darme en la vida, las muchas satisfacciones que te he proporcionado. Ya sabes que te reservo para grandes cosas, y que he resuelto realizar para volverme á nuestra querida España. Aquí no somos ni seremos nunca mas que aves de paso. ¿Para qué puede servir la América después de haber hecho en ella nuestra fortuna? Estos ingratos que hablan nuestro idioma, que llevan nuestros apellidos, que sienten circular por sus venas nuestra sangre, la noble sangre española, nos consideran como miembros de diferente familia. A mí me llaman *gorrión* y á ti *fosforito*, es decir, para ellos, tú, que eres mi hijo, no perteneces á mi raza. ¿Pueden darse principios mas disolventes? Vámonos de aquí; no contragras una alianza que sería una mengua y un obstáculo para mis planes. Ven á gozar la felicidad que tu padre te tiene reservada al otro lado del Océano.

Fabian había estudiado derecho patrio y político en la misma escuela que Angélica, y como iguales causas producen siempre iguales efectos, contestó á su padre con estas palabras:

—Yo amo á la vecina con todo mi corazón, y en su amor tengo cifrada mi felicidad; al amarnos, no nos hemos preguntado en qué patria hemos nacido: el amor ha sido siempre cosmopolita, y no se para en tales pequenezes. ¿A qué he de correr miles de leguas buscando lo que tengo al lado de casa? Eso sería un delirio. ¿Me hablas de la patria? Por ventura, ¿no es este sol el mismo que alumbró en España? ¿No obedeces aquí á los mismos poderes que obedecerías en la Coruña? ¿No es esta una provincia del territorio español? ¿Dices que eres aquí un ave de paso? ¿Y qué fuistes en ese país á que das el nombre de patria, y al cual abandonastes para buscar fortuna mejor de la que en él gozabas? La patria es aquella donde el hombre se forma, donde encuentra su bienestar, donde se han realizado todas sus legítimas aspiraciones. Acusas de ingratitud á esta gente porque reniegan del trono de donde dimana. ¿Y de qué no te se podrá acusar á tí que encontrastes en ellos hospitalidad tan generosa; á tí que has hecho con su ayuda la fortuna de un Crespo; á tí que has conocido sobre esta tierra los dos grandes amores de la vida, el de esposo y el de padre, y

sin embargo, te tienes en ella por ave de paso? ¿Cómo quieres que te pague con la fraternidad, aquel á quien brindas con la estrañeza? Americanos y españoles os necesitáis mutuamente, mientras estais formando un solo organismo social, como en el cuerpo humano los miembros necesitan de la cabeza y la cabeza de los miembros. Créeme: esta necesidad es imposible; yo la he reconocido, y como soy americano, procuro satisfacerla casándome con Angélica del Olmo, que es española.

D. Tadeo estuvo á punto de arrepentirse de haber educado á su hijo para padre de la patria. Sentía cierta humillación ante aquella fuerza de dialéctica, ante aquella elocuencia razonadora que le tenían humillado, pero no convencido. Así fué, que á semejanza de D. Higinio, porque ya hemos dicho que iguales causas producen iguales efectos, movió la cabeza á un lado y otro con tanta expresión de duda como de disgusto.

V.

Pero cuando aquellas cabezas lograron pararse y recobraron el uso de la preciosa facultad de pensar, recapitaron que no estaba puesto en el órden que el atropellado capricho de dos chicleos triunfase de la madura reflexión de dos hombres viejos y experimentados. A las razones que ya tenían para oponerse al enlace de Fabian y Angélica, se apoyó el amor propio ofendido en ambos por la oposición que cada cual mostraba, y los infelices amantes estuvieron á punto de verse tan perseguidos como Abelardo y Eloisa, Diego Marsilla é Isabel de Segura.

La distancia fué siempre considerada como grande específico contra los males del amor, y D. Higinio apeló desde luego á este ingenioso recurso, llevándose á su hija á Santiago de Cuba, mientras D. Tadeo daba la última mano á su negocio pendiente para trasladarse á España en compañía de Fabian. Se dice que en este siglo materialista en que las ciencias exactas lo deciden todo, el amor ha perdido su antiguo espiritualismo y no es mas ni menos que una operación aritmética aplicada á la vida; pero se dice con esto una vaciedad insignificante: el amor es hoy lo mismo que era en la edad de oro; apenas ha cambiado en algunos ligeros detalles de su forma exterior. Angélica fué á Santiago de Cuba buscando por órden de su padre la tumba de sus amores, y á poco encuentra allí la tumba de su cuerpo. Una pasión de ánimo la consumia, y los médicos, después de apurar en su favor inútilmente todos los simples y todos los compuestos de las boticas, declararon que solo el matrimonio podía embotar el filo de la guadaña de la muerte.

Esta razón suprema dió al traste con la testarudez de don Higinio, que tomó el ferro-carril para demandar humilde y fervorosamente á D. Tadeo la salud de su hija. Si tarda un minuto mas, no le encuentra en casa. Don Tadeo estaba haciendo á toda prisa el equipaje para hacer una visita á D. Higinio. Fabian había dado en la gracia de estar triste y de no comer, y se le moría por momentos de amor y de hambre.

Adoptóse el consejo de la ciencia y se celebró el matrimonio; así el *fosforito* recobró el fuego de la vida, y así la inocente pájara pudo batir las alas á su luz en el amoroso nido; así aquella feliz pareja fué con su ejemplo símbolo de la unión de la joven América con la joven España.

—Señor don Higinio, decía D. Tadeo, el día de las bodas encantado de mirar aquella enamorada pareja, ese es el porvenir: ellos lo han adivinado; mi chico tenía razón: españoles y cubanos deben amarse, unirse para formar una sola familia; los miembros necesitan de la cabeza y la cabeza de los miembros: nosotros representamos rancias preocupaciones, y las preocupaciones son á los pueblos lo que la superstición es al alma. ¡Ojalá que aproveche la alegoría, y que la preocupación no sea un obstáculo para que se cumpla el porvenir!

—¡Ay, Sr. D. Tadeo! replicó D. Higinio, la experiencia ofrece grandes enseñanzas que nunca debieran pasar desapercibidas. Vea usted esa enamorada pareja cuán alegre, cuán feliz, cuán lozana y vigorosa se ostenta á nuestra vista; parece que toda la vida se ha concentrado en ella, en ella que hace pocos días apenas encontraba en el mundo espacio en que respirar. Rompa usted el lazo fuertísimo que ha encadenado las fuerzas viriles del uno y la delicada ternura de la otra, y desaparecerá la prodigiosa armonía con que el amor ha completado un ser de dos que antes eran tan diferentes por su naturaleza, por sus gustos, por sus inclinaciones. Volvamos la vista al pasado como esos chicleos nos decían: ¿Somos nosotros los que debemos suscitar obstáculos á la unión de una juventud amante que para ser feliz no desea otra cosa que ser amada y vivir unida? ¿No hemos hecho nosotros lo mismo que hicieron nuestros padres, lo mismo que han hecho nuestros hijos? ¿Y á su vez no seguirán este triple ejemplo los hijos de nuestros hijos? ¿Quién hay en España que no tenga por qué volver con amor sus ojos á América? ¿Quién hay en América que no tenga en España algun pedazo de su corazón? Concluyo mi discurso con las mismas palabras que usted ha pronunciado, Sr. D. Tadeo. ¡Ojalá que aproveche la alegoría y que la preocupación no sea un obstáculo para que se cumpla el porvenir que ella nos promete!

LUIS GARCÍA DE LUNA.

UN PRÓLOGO DEL SEÑOR RIOS Y ROSAS.

Personalidades hay eminentes y caracteres dignos á los ojos de amigos y de adversarios, siempre que no los ciega la pasión política, y cuando el espíritu de rectitud les sirve de norte. A este privilegiado número pertenece, sin duda ninguna, el Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas. Jamás le contamos en nuestras filas: sus convicciones le llevaron desde la juventud al partido moderado: allí se mantuvo perseverante, mientras le contempló fiel á su origen é indeclinable en sus tendencias. Entre los campeones de la unión liberal hizo después muy principal figura; y como jefe de los disidentes vino á aparecer una vez y otra, sin que la ambición personal fuera móvil de ninguno de sus actos, y prescindiendo de la conveniencia propia, y obrando con fijo y muy respetable criterio. A la defensa de la libertad constitucional dedicó siempre la palabra y su pluma, con elocuencia impetuosa y entereza nunca domada: bien cabe disentir de sus doctrinas, y reconocer su alto mérito, y colocarle entre los campeones mas insignes de la tribuna y de la prensa. Todos sus discursos y todos sus artículos merecen la calificación de notables, ya muevan á aplauso ó á censura, según el respectivo punto de vista de sus apreciadores. Ya ha c

mas de un año que vive fuera de la corte: primero estuvo en las islas Canarias: á Portugal vino de seguida: breve mansión hizo en Valencia, y ahora reside en Francia. Seguramente no le mencionamos por simple antojo de llenar unas cuantas cuartillas, para dar á nuestro periódico mas ó menos porción del alimento cotidiano. Ausente del Parlamento, ya hace días que no oímos la voz enérgica del Sr. Ríos y Rosas; pero en las manos le acaba de poner la pluma el deseo de honrar la memoria de un público esclarecido, con quien siempre le unieron vínculos fraternales; y su escrito abunda en ideas, sobre las cuales me parece oportunísimo decir algo.

De las obras del Sr. D. Nicomedes Pastor Díaz circulan ya impresos cuatro tomos; ahora se empieza á repartir el quinto, *Memorias de una campaña periodística* es el epígrafe de su portada, y al pie de su prólogo leemos la firma del Sr. D. Antonio de los Ríos y Rosas. Juntos lanzáronse al estado de la prensa en unión del Sr. D. Gabriel García Tassara, para combatir la situación política emanada del pronunciamiento de 1.º de Setiembre. Así lo conmemora el prologuista distinguido en ingénuas y vigorosas frases.

A sus ojos no existe el partido moderado de 1840 desde hace mucho tiempo: según sus apreciaciones claras, entonces oponía á la filosofía individualista del siglo pasado la filosofía ecléctica de los principios del presente; á la política revolucionaria y democrática de Rousseau la política monárquica y parlamentaria de Royer-Collard; y sostener, propagar, popularizar, hacer predominantes y exclusivas contra la política y la filosofía de 1812 la filosofía y la política de 1840, fué la tarea que se impusieron los tres escritores y desempeñaron con las ilusiones de la edad, con la perseverancia del convencimiento y con el ardor, celo y ahínco del espíritu partidario. Al consignar que la juventud se afilió en el partido representante de la escuela doctrinaria, lo atribuye á que la juventud es independiente y novadora de suyo, y estaba hastiada del triste espectáculo de la gobernación de aquellos días, y mal mirada por los jefes y peor tratada por los publicistas de la situación dominante; é imbuida en las nuevas ideas por la lectura, por la cátedra y sobre todo, por la predicación continua, la persuasiva invocación y la tenaz sollicitud de *El Correo Nacional*, de *El Sol* y de *El Herald*. Gran resultado considera el que abarcó la vida de dos generaciones, y aun dura parcialmente, á pesar de la caída de la escuela ecléctica y de la ruina de la comunión doctrinaria y de la catástrofe de la monarquía de Julio, y de otras caídas, y catástrofes varias.

Ocasión era aquí de investigar si la escuela doctrinaria podía seguir otro derrotero que el que la condujo á su ruina, y de exponer bien de plano cuánto estaban mas en lo firme quienes siempre aspiraron y de continuo aspirarán á fundar sobre sólidas bases una libertad esencialmente á la española. De tales investigaciones y exposiciones desistimos con plena voluntad y con propósito deliberado. Desde 1834 hasta 1840 cayeron fácil y frecuentemente ministerios del partido á que perteneció el Sr. Ríos y Rosas, y en opinión suya ni dirigieron el movimiento, ni mantuvieron el respeto de la autoridad, ni previnieron ni reprimieron los crímenes, ni tuvieron á raya á los frenéticos, ni gobernaron la monarquía, por espantarse de los nombres aun mas que de las cosas; por comprimir las pasiones en vez de agruparlas, disciplinarlas, encaminarlas y templarlas; por aplazar y escatimar la satisfacción de los intereses, en vez de acelerar y llevarla á cabo con amplias transacciones. ¿Y qué otra cosa demandaba desde la oposición por aquel tiempo nuestro partido?

Notoriamente á D. Juan Alvarez Mendizabal dimos robusto apoyo, y dignísimo le juzgamos de perpétua fama, y con sobra de fundamento, según la autorizada voz del Sr. Ríos y Rosas, pues dice terminantemente que Mendizabal poseyó el tacto de la realidad y el instinto de la situación en alto grado, y que por esta cualidad sola, aunque también le adornaban otras no vulgares dotes, dominó una gran crisis y echó los fundamentos del tiempo á la buena causa; y además añadió en su elogio que sentía y practicaba el régimen oculto de las revoluciones. Por si bastarian tan espontáneos é imparciales juicios á vedarnos el uso de argumentos recriminatorios y derivados de la circunstancia de haber sido la campaña periodística del Sr. Pastor Díaz en contra de los hombres de nuestras ideas y de trascender así naturalmente en el prólogo del Sr. Ríos y Rosas. Y aun suprimiendo esos juicios espontáneos é imparciales, no variaríamos de conducta, después de haber leído el siguiente pasaje del publicista ilustre.

«Me acerco al fin de estas páginas, en que por inevitable necesidad, para desempeñar mi objeto y satisfacer una deuda sagrada, he despertado la memoria de alguno de los mas notables periodos de nuestra vida contemporánea, apuntando someramente, en lo que ha hecho á mi propósito, actos y sucesos pasados. Conociendo las arterias que le son familiares á la malevolencia, cúmpleme protestar anticipadamente contra toda imputación que me dirija, de llevar por mira el suscitar en el seno de la comunión liberal, con evocaciones y re-derimaciones importunas, añejas y muertas discordias. ¡Incriminar! ¿A quién ni para qué? ¿A quién ni para qué, cuando tantas vicisitudes y tan grandes novedades, mas ó menos próximas, han despojado de todo valor y sentido en lo presente á las parcialidades y excisiones y luchas de otros tiempos? ¿A quién, ni para qué, cuando en la rapidéz eléctrica con que han surgido y sucumbido las situaciones, los adversarios de la vispera han sido los aliados y aun los amigos del día siguiente? ¿A quién, ni para qué, cuando en la sincera reconciliación y mútua indulgencia y generosa confianza y espíritu de concordia y fraternidad de cuantos rinden culto á la libertad, se cifra el porvenir de la libertad misma?

«Si la discordia nos ha arrastrado al borde del abismo,

«la unión, solo la unión puede salvarnos; la unión de todas las fracciones liberales en un apretado haz, la unión á la luz del sol, la unión en la sana y anchurosa atmósfera del aire libre. Imbuido en estas ideas, las pro- feso en alta voz; penetrado de estos sentimientos acojo y celebro la ocasión que se me ofrece, de proclamarlos en alta voz; y bajo mi exclusiva responsabilidad, y sin poderes de nadie, en voz alta los proclamo con la autoridad de mi desinterés y con el derecho de mi patriotismo.»

No hacemos por hoy comentarios á pasaje de tanta importancia, pues nuestro objeto actual se limita á ser los primeros en dar á conocer el flamante prólogo del señor Ríos y Rosas. Al final pésale mucho no poner con su punto el triste espectáculo que ofrecen alternativamente nuestros partidos medios, por no robustecerse en la sávia poderosa de la juventud, ora consumiéndose en la postración, ora agitando en el vacío, y no revelar el mortal daño que de ahí redundaba en medio de su vitalidad inagotable á la sociedad española, tal como la han constituido el movimiento y la resistencia de los últimos lustros y cincuenta años de revolución y tres siglos de absolutismo; y le pesa y le duele además ver á la juventud tan nutrida de ciencia, tan liberal en su espíritu, tan severa en su porte, tan prudente en su conducta, huyendo de caer en la vergonzosa y absurda resurrección de lo pasado, extraviarse acaso y perderse en las imposibilidades de la utopía; si bien presiente que, bien guiada por la inspiración del genio patrio, sin desalentarse ni irritarse por obstáculos ni peligros, logrará seriamente desecharse ambos escollos, tan solo con que se imbuya en la plena seguridad de que el porvenir le pertenece, aun mas por la opción del mérito, que por la ley inexorable de la naturaleza.

Tal es, en sustancia, el prólogo del Sr. Ríos y Rosas; á la polémica periodística dará pasto, y ocasión tendremos sobrada de avalorallo en todos sentidos.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

LA INSTRUCCION PRIMARIA.

La difusión de los conocimientos es el primer deber del Estado. Una nación ignorante no puede menos de ser una nación esclava. Poco importa que se la concedan mas ó menos derechos políticos, si no sabe ejercerlos, si carece de la conciencia ilustrada para comprender sus deberes y desarrollar sus facultades.

Los gobiernos absolutos han condenado al pueblo á la ignorancia para tenerle sometido á la servidumbre, creaban cátedras de tauromaquia y cerraban las universidades. Aquellos regímenes están sepultados en el panteón de la historia; si todavía existen soñadores que aspiren á resucitarlos, debemos compadecerlos; si creen de buena fé que el hombre de los pasados siglos vivía mas feliz, porque resignado al yugo que le imponían los abusos, las preocupaciones y la tiranía, limitado el horizonte de su vida al campanario de su aldea, no le agitaban las aspiraciones y los deseos que excitaban la actividad del hombre del siglo XIX, y merecen nuestro anatema y el de todos los corazones generosos, si defienden opiniones tan funestas impulsados por móviles egoístas y pasiones miserables.

Unos y otros humillan á la humanidad, porque la quieren despojar de su mas noble atributo; la inteligencia.

Contrarian la ley general que rige al universo y que le guía al bien, y le encadenan á las miserias sociales que el progreso debe ir extirpando para realizar su ley providencial sobre la tierra.

La ley de todo ser vivo es consagrar sus esfuerzos para acercarse en lo posible y gradualmente á la perfección. Si no logra alcanzarla en absoluto en este mundo dominado por tantas iniquidades é injusticias, fortaleciendo su voluntad, y cultivando su espíritu, avanzará en el camino de la perfectibilidad. La riqueza intelectual es el bien mas fecundo; las escuelas educan al hombre y le enseñan la práctica de la virtud. Un país que posea las mejores escuelas y los ciudadanos mas cultos, honrados y de una razón esclarecida, será el mejor organizado, el mas moral y floreciente. Para apreciar la grandeza de una nación no basta admirar la fertilidad de su clima, la belleza de sus edificios, y la feliz situación de sus puertos; es necesario que la instrucción primaria, cuando menos, esté extendida, y su capacidad aumentando su industria, su comercio y sus artes, será un signo infalible de su prosperidad y de su poder.

Testigo de esta verdad es la Holanda que era un país estéril y cubierto por las ondas del mar; la cultura de la inteligencia de sus habitantes, desarrollando su industria, le ha convertido en uno de los Estados mas ricos, libres y venturosos de Europa.

Prusia se ha levantado al apogeo del esplendor, y ha conquistado un rango eminente entre todas las naciones, porque de cien jóvenes llamados á pelear por la defensa de sus banderas, tres escasamente no saben leer ni escribir, mientras los últimos en Francia ascienden al 27 por 100.

Los maestros de escuela deben ser bien dotados; estimular su celo y premiar su mérito, proporcionará á la civilización un inmenso beneficio.

Aumentar el presupuesto de la instrucción pública, es aminorar considerablemente el de las cárceles y presidios.

No es una ignominia que durante treinta y tantos años en que rige en España lo que se llama gobierno representativo, mas de las dos terceras parte de la población carezcan de los sencillos elementos de la instrucción,

según los profundos cálculos estadísticos de nuestro respetable colaborador, el Sr. D. Fermín Caballero?

Para que las reformas políticas sean eficaces y duraderas, deben ir acompañadas de las reformas sociales. Estas, fundadas en la educación de las masas, engendran el bienestar; el deber y el interés del Estado consisten en esclarecer al pueblo.

La famosa convención francesa establecía una escuela primaria por cada mil habitantes. En los lugares en que la población estaba muy dispersada, se instituía otra segunda escuela.

El imperio y la restauración no fueron tan celosos de la enseñanza.

El presupuesto que la Francia en los últimos años señalaba á la instrucción, se eleva de 7 á 8.000.000 de francos. Comparemos esta cifra con la de Inglaterra y otros países libres, y resultará una enorme diferencia favorable á estos. El Estado da en Inglaterra 25.000.000 de francos. Inglaterra además concurre con las asociaciones privadas al sosten de las escuelas, y esta suma asciende á 40.000.000, que unida á la anterior asciende á 65.000.000 de francos, sin contar otros gastos destinados al mismo objeto.

El Estado en Bélgica dá para 4.500.000 habitantes mas de 3.000.000 de francos. El de Génova para 66.000 habitantes da 97.000 francos. El de Nueva-York para 3.851.563 habitantes da 22.000.000 de francos. El de Massachusetts para 4.231.066 habitantes da 13.500.000 francos. El atraso intelectual es en extremo lamentable. Es preciso fundar mas escuelas, excitar la afición á la lectura para que no concurra el trabajador á los sitios en que malgasta sus ahorros, y culpa es de la sociedad y de los gobiernos que no le prodigan toda la consideración que merece. ¡Cuántos hombres y mujeres en nuestros campos y villas mas populosas no tomarán un libro, ni una pluma en todo el año para hacer siquiera un pequeño cálculo! ¡Cuántos casados, porque no saben ni aun trazar su nombre, necesitan implorar el auxilio ajeno para escribir á sus mujeres ausentes! ¡Y cuántos que acuden á la escuela, apenas aprenden á deletrear, y olvidan despues lo que han aprendido! Porque amamos sinceramente al pueblo le diremos siempre la verdad, y es necesario desplegar mucho celo y hacer grandes sacrificios hasta conseguir que todos los españoles sepan leer y escribir, y que despues de haberlo aprendido no lo olviden.

Instruir á un pueblo, es hacerle libre. La libertad se engrandece con la civilización, con el buen sentido público, y como no hay medio de separar la instrucción de la libertad, se daña á la una descuidando la otra. Las dos caminan al mismo paso. Privar de la instrucción primaria á 13.000.000 de habitantes, es negarles los beneficios de la libertad, y perpetuarlos en la abyección y la servidumbre. Es la obra mas anticristiana que pueden hacer los gobiernos. Es un atentado contra la razón, y un eterno remordimiento debe pesar sobre la conciencia de los que oponen obstáculos á que se propague la enseñanza. Temen la luz porque su egoísmo la rechaza, para restaurar un absolutismo absurdo é imposible. La libertad ha salido de las escuelas, y por ellas debe ser consolidada; la libertad y la civilización son solidarias. No tememos á los apóstoles de la reacción, porque no se rehace el pasado, no se esterilizan los sacrificios hechos por los amantes de la libertad, que es nuestra esperanza, y el espíritu inmortal del siglo en que vivimos. Abogamos por la instrucción primaria, porque queremos fundar el progreso y la libertad sobre bases indestructibles.

E. A.

EL BARON TIBURCIO.

Aun cuando su ingenio sutil y la rara elevación de sus ideas contradijesen la dicción vulgar de que los hombres altos y corpulentos tienen una inteligencia muy limitada, Tiburcio podía pasar, en rigor, por un gigante.

Su manera de andar era pesada; pero si se le miraba con detención, se descubría en él, al punto, un hombre poco ordinario.

Quando sus amigos se burlaban de sus modales, les dejaba hablar y se cuidaba muy poco de sus bromas. Por lo demás, era apreciado de todos, y le habian hecho espontáneamente juez en las discusiones políticas y literarias que se suscitaban entre ellos, así como tambien en las cuestiones mas graves de honor. Tiburcio habia adquirido, á consecuencia de cierta misantropía dulcificada por una extraña bondad, el hábito de decir á todos la verdad, yendo derecho al objeto sin ambages ni circunloquios. Hijo de uno de los mas intrépidos generales de Napoleón, ennoblecido en el campo de batalla, estaba muy escaso de fortuna.

Su manera de ser y de obrar, le habia valido á Tiburcio una brillante reputación de hombre atrevido y resuelto. Mas de una mujer, ávida de empresas arduas, habia intentado domesticar este buho que, sin embargo, no tenia nada de Juan Jacobo, y pulir su ruda corteza. Tiburcio escuchaba, se sonreía, amaba quizás en secreto, pero no dejaba traslucir su pasión. Aparecía de tarde en tarde en el mundo, y apenas se le veía en las reuniones de la señora de Chastenay y de la duquesa de Rochepont. Hablaba y discutía con todos, siendo grave con los hombres graves, ligero con los jóvenes y frívolo con las mujeres, y despues desaparecía rápidamente. Vivía en un retiro obstinado; su puerta permanecía cerrada para todos, y su viejo criado respondía invariablemente que su amo no estaba en casa. Estas frecuentes escursiones producían mucho ruido, y contribuían á aumentar la reputación de hombre extravagante original, y aun loco que se le atribuía. Tiburcio se reía de esto, y se cuidaba muy poco de lo que se pensase de él. Era aficionado al estudio, y á penas aparecía un libro nuevo que no leyese y juzgase con una crítica justa é independiente.

Una cosa, sobre todo, irritaba á sus amigos; no se le conocían relaciones. Jamás habia estrechado las amistades con ninguna joven en voga, ni sus modales para con las mujeres del mundo, daban ocasión á sospechar alguna intriga, por ligera

que fuese. Cuando le hablaban de esta abstención, ó mejor de esta reserva, se encogía de hombros y no prestaba atención. Mas como todo era singular en su vida y en sus actos, se decía á sí propio: que la primera mujer á quien amase realmente, había de tener algo que inspirase una pasión poco común en este siglo mezquino.

—Me pertenecerá toda la vida: siento un deseo intenso de amar una mujer digna de mi pasión, y la conseguiré aunque esté en camino de ocupar un trono. ¡He hecho ya de antemano el sacrificio de mí mismo á esta pasión del amor, que es la mas rara y noble de todas!

Esto pensaba Tiburcio, confiando á la casualidad el cuidado de venir en su ayuda: solía dejar de improviso su casa, y cuando alguno de sus criados osaba preguntarle á dónde iba, respondía siempre esta palabra: «parto.»

Se dirigía unas veces á la derecha y otras á la izquierda, huyendo de París; recorriendo sus cercanías; durmiendo en una mala cama de un hotel ó de una venta; detestando las invenciones modernas, los caminos de hierro y el telégrafo eléctrico, y quemando su correspondencia sin tomarse el trabajo de abrirla. No tenía padre ni madre, pues solo le habían quedado dos parientes lejanos; no tenía amigos, es decir, amigos íntimos.

I.

—¡Maldita sea la lluvia!

Esta exclamación, parte de un enérgico juramento, era pronunciada por un caballero que, montado en un brioso corcel, atravesaba á toda brida el camino que corta el bosque de Senart. Llovía de una manera espantosa; los relámpagos hendían el espacio, y se estrellaban contra los árboles á manera de rayos pulverizados, en tanto que los truenos rimbombaban á lo lejos, y sus ecos repetidos por las sinuosidades del bosque, asustaban al caballo é irritaban al caballero. Era este Tiburcio, á quien ya conocen nuestros lectores, é iba vestido de negro con una elegancia no buscada, pero hallada. Sin embargo, no podía juzgarse de esto á primera vista, supuesto que su ropa estaba humedecida por el agua, y de las narices de fuego del corcel salían dos columnas de vapor, que impedían distinguir con claridad al caballero.

Tiburcio había salido de París á las cuatro de la tarde, con objeto de dar un paseo, y distraído como siempre, había dejado á su caballo vagar á su capricho que, habituado á las costumbres de su amo, se había dirigido al campo. La lluvia le sorprendió en el bosque de Senart, y pensó en buscar un albergue en donde pasar la noche.

—Esto es difícil, se decía; pero si consigo que mi caballo tome la dirección de Etolles, estoy seguro de encontrar lo que busco.

Y sin cuidarse ni de los rayos ni de la lluvia, hizo partir al galope á su caballo, que tropezando unas veces en una piedra, hundiendo otras sus patas en un charco de agua, y pasando por debajo de las ramas de los árboles, ponía á su amo en continuo peligro de romperle la cabeza.

Tiburcio continuaba su marcha imparable, cuando al resplandor de un relámpago creyó distinguir á la derecha del camino una senda que conducía á una verja.

—¡Qué casualidad! exclamó; y oprimiéndole suavemente los riñones, hizo tomar al caballo la dirección de la citada senda. Cinco minutos después se hallaba delante de una verja de hierro con lanzas doradas, que rodeaba una casa, á cuyo lado se elevaban corpulentos árboles.

—Si hay alguien dentro, pensó Tiburcio, no me permitirá dormir en el bosque; y tiró con todas sus fuerzas del cordón de una campanilla que pendía fuera de la puerta. Esperó un instante y no vino nadie á abrirle; llamó de nuevo y obtuvo el mismo resultado; trató de forzar la puerta, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Iba ya á volverse, cuando le pareció distinguir una luz á través de las hojas de los árboles; producía esta la linterna que llevaba en la mano un anciano vestido de negro de pies á cabeza, y en traje de criado. Al llegar á la verja le preguntó al caballero en tono brusco, mitigado algun tanto por cierta conmiseración, qué quería á semejante hora y con tan mal tiempo.

Habia cerrado ya la noche, y el tiempo era en efecto de testable.

—Os pido un albergue para mí y mi caballo, respondió Tiburcio; y os advierto que mi presencia no os importará mucho tiempo, pues continuaré mi camino en cuanto aparezca el día y pase la tormenta.

El viejo lacayo se dejó ablandar, y sacando de su bolsillo una gruesa llave, la introdujo en la cerradura, y la puerta giró sobre sus goznes. Tiburcio echó pie á tierra, y condujo á su caballo de la brida.

—Gracias, amigo mío, dijo el criado, en tanto que este cerraba la puerta; os estoy muy agradecido; rogad á vuestros amos que me dispensen de presentarme á ellos en este estado.

El viejo criado le interrumpió:

—No hay amos aquí.

—¡Ah! dijo Tiburcio; ¡y cuántos sois!

—Dos.

—¡Dos criados, y solos!

—Sí, respondió el viejo en tono seco.

Y empezó á examinar delante de Tiburcio, quien, después de haber recorrido un paseo ancho, sinuoso y lleno de vueltas y revueltas, á cuyos lados había grandes árboles, llegaron á una casa construida recientemente, que ofrecía un aspecto severo y extraño.

El criado indicó á Tiburcio que se detuviera, y subió lentamente algunos escalones de piedra, volviendo al poco rato acompañado de otro lacayo que cogió el caballo, y le condujo á la caballeriza. Tiburcio siguió entonces al anciano, pareciéndole al joven al entrar en la casa que allí había algun misterio, lo cual le trajo á la memoria no sé qué pensamiento triste, que hizo tomar á su semblante una expresión muy grave. El viejo criado le había conducido á una habitación desmantelada y fria, y en cuyo fondo había una chimenea que despedía una llama pobre y pálida que no bastaba para calentar aquella vasta sala, de techo elevado, y que tenía por todo adorno una alfombra oscura, una mesa y unas cuantas sillas de madera. La antorcha que el lacayo puso sobre la chimenea apenas alumbraba el rostro con un resplandor indeciso y vacilante.

En vez de retirarse el criado, mientras que Tiburcio se quitaba las botas al lado de la chimenea, se acercó á él y le dijo con voz lenta:

—Caballero, os he recibido aquí quebrantando las órdenes que me han dado; si se descubre vuestra presencia, podrían tener graves perjuicios, tanto yo como las personas....

—Basta, le interrumpió Tiburcio; no habeis admitido á un cualquiera; soy....

—No necesito saber vuestro nombre, repuso vivamente el anciano; prefiero no saberlo.

—¡Preferís el misterio! exclamó Tiburcio; ¡pues bien, seál Tenebroso anciano, os bendigo por la silla que me prestais y por el fuego que me habeis encendido.

—Os dejo, caballero, replicó el criado; no es menester rogaros que no habeis de esta morada, á fin de no llamar la atención de los curiosos.

—Tranquilizaos; no hablaré de ella, ni conmigo mismo.

Dichas estas palabras, se retiró el viejo. Poco tiempo después, el otro criado, vestido igualmente de negro, puso delante del huésped un plato con algunos manjares frios. Tiburcio hizo honor á la cena, que gracias á un excelente vino de Burdeos, le encontró bastante agradable. Pero su imaginación no cesaba de discurrir, y repuestas sus fuerzas físicas, le aguijoneaba el deseo de saber. Había dado mil vueltas al problema, y no comprendía ni el lugar en donde estaba ni los singulares lacayos que le habitaban.

—¡Pardiez! se decía; hé aquí con corta diferencia la situación de D. César de Bazan, cayendo por la chimenea en casa de D. Salustiano, y servido por mudos. Pero no seamos ingratos, el vino de mi huésped es delicioso, y sea que le saque del infierno ó de Medoc, no he de apesadumbrarme por tan poca cosa.

El tiempo continuaba tan malo como en un principio; la lluvia se estrellaba contra los vidrios de las ventanas, produciendo un ruido monótono y regular. Los relámpagos penetraban en la sala, y Tiburcio creía ver á su resplandor fantasmagóricas extrañas. Se paseaba, para desechar estas tristes ideas, desde la chimenea á la puerta, y desde la puerta á la chimenea; pero las visiones se aparecían sin cesar.

—¡Brr...! Parece que hubiera sido mejor haber quedado en el bosque calado por la lluvia y expuesto á que me hubiese partido un rayo, que permanecer mucho tiempo en esta singular morada. Estas palabras las pronunció en un tono seco é irritado, bajo la influencia, no del miedo, sino de una inquietud nerviosa, que no es lo mismo, aunque lo parezca. Ciertas naturalezas están sujetas á esto, y en un momento dado son capaces de acometer las empresas mas heroicas, con su valor frío y razonado. Tiburcio andaba á graves pasos automáticamente, crispando los puños y apretando los dientes. Un ruido le distrajo. Había oído algunas voces en el vestíbulo, y abrir los lacayos la verja para que entrase un carruaje que se paró delante de la escalera de piedra.

Como Tiburcio hacia lo posible por poner en claro esta comedia, los criados desconfiaron sin duda de él y echaron la llave á la puerta de su habitación. ¡Estaba encerrado! Furioso el caballero, dió en la puerta un vigoroso puñetazo. Inmediatamente se abrió esta y entró el viejo lacayo, que con el semblante descompuesto é irritados ojos, se puso delante de Tiburcio. Llevaba en la mano una pistola de dos tiros.

—¡Esto se complica! exclamó Tiburcio con sangre fría distinguiendo el arma que tenía en la mano.

—Salvaos, caballero, dijo este, con voz entrecortada; salid de aquí, vuestro caballo está ensillado.

—Pero, amigo mío, repuso Tiburcio, yo no acostumbro á dejar de este modo la casa en donde tan bien me reciben....

—¡Salvaos, caballero; en nombre del cielo, salvaos! insistió el lacayo.

—No haré una gran cosa, amigo mío; supongo que es mi huésped el que acaba de entrar y voy á expresarle mi agradecimiento.

—No hagais tal, caballero; ¡me perderiais!

—¿Qué significa todo esto? exclamó Tiburcio con cólera: ¿en dónde estoy?

—¡Salvaos!

Tiburcio perdió la paciencia; irritado por esta escena, de la cual no comprendía una palabra, cogió al lacayo por el cuello, le hizo dar media vuelta y salvó la puerta.

El anciano preparó su pistola.

Tiburcio había atravesado ya el vestíbulo y había puesto el pie en el primer escalon, cuando se oyó un tiro. La bala pasó silbando al rape de la cabeza del caballero y se estrelló contra una columna de hierro.

—¡Hurrá! gritó Tiburcio subiendo rápidamente la escalera en tanto que el viejo lacayo se arrancaba los cabellos de rabia. ¡Yo sabré el nombre del amo de esta casa que hace asesinar á su huésped por medio de sus lacayos!

II.

Al llegar á una gran puerta de encima de aspecto severo, puso la mano sobre el boton de cobre; la puerta se abrió y se encontró Tiburcio en un salon severamente amueblado; allí todo era sombrío; las pinturas; la madera de los muebles, y la negra y espesa alfombra que embotaba el ruido de los pasos.

En el fondo de esta vasta pieza distinguí Tiburcio una columna, sobre la cual se apoyaba un candelabro de bronce de siete brazos, en uno de los cuales lucía una bujía de color de rosa. Al lado, y medio oculta en un inmenso sitial de Luis XIII, se hallaba sentada una mujer.

Era muy hermosa; y la hacían aparecer extraordinariamente pálida sus cabellos de ébano y su largo vestido negro. Estaba suavemente reclinada, y sus manos, blancas como la cera, se apoyaban sobre los brazos del sitial. Su semblante tenía no sé qué de extraño é ideal y representaba unos veintidós años. Su perfil, puro como las medallas antiguas, se dibujaba vigorosamente en blanco sobre la oscura tela del sitial. Sus ojos, de un azul sombrío, despedían un vivo brillo; lanzando húmedos resplandores, avivados por la luz de la única bujía que ofrecía una llama pálida en el candelabro, próxima á apagarse, como si cediera á la presión de las sombras que la rodeaban.

Tiburcio, pálido y jadeante, permanecía clavado en el suelo como una estatua.

Intentó retroceder, pero no pudo; sus piernas eran de plomo; sus brazos, petrificados como todo cuanto le rodeaba, caían inertes á lo largo de su cuerpo; trató de dar dos pasos hacia adelante y le fué imposible.

La joven se levantó entonces con lentitud; extendió su brazo, tomó en una mano el pesado candelabro, y con aire de reina, ó mejor, de una estatua, petrificada bajo los pliegues macizos y espesos de su vestido, se adelantó hacia Tiburcio que estaba anonadado.

Tuvo un momento la luz delante del rostro del joven, y después, extendiendo los brazos, dejó caer el candelabro produciendo un ruido sordo en el pavimento y apagándose la única bujía que alumbraba el salon.

—¡Te amo! exclamó entonces la joven misteriosa. ¡Ven amor mío, ven, y seamos felices á pesar del mundo que nos separa!

No es menester describir los detalles de esta noche de embriaguez. Agobiado Tiburcio por estos increíbles acontecimientos, se había dormido profundamente. Cuando por la mañana abrió los ojos, se encontró tendido sobre la alfombra de

la sala, débilmente alumbrada por la escasa luz que penetraba al través de las cortinas de las ventanas. Tiburcio sintió un vivo dolor en el costado; se llevó la mano al punto doloroso y la retiró húmeda; estaba herido, y su sangre, que había corrido largo tiempo, había dejado sobre la alfombra una mancha bastante grande. A pesar del dolor que experimentaba, se levantó, sacó su pañuelo, lo puso sobre la herida y se abotonó su levita. Después corrió una de las cortinas y vio á la claridad del día que este inmenso salon estaba en desorden; los muebles yacían por el suelo y en la alfombra se distinguían las huellas de algunos pasos. Tiburcio estaba aun bajo la influencia de lo maravilloso y no podía recordar lo que le había pasado.

—¿En dónde estoy?—murmuraba.—¿Es esto un sueño?

Y bajó la escalera tambaleándose; en la casa no encontró un alma; llamó y no le respondieron.

Corrió entonces á la cuadra y halló allí á su caballo que comía tranquilamente y estaba ensillado. Recordando el camino que había andado la vispera, se dirigió á la verja, que encontró entreabierta. Salió fuera, y el caballo, ávido de viento, se puso al galope. La agitación reanimó á Tiburcio que sufría horriblemente de la herida.

—¡Hermosa desaconocida!—se decía con voz apasionada;— ¡cuálquiera que seas, te amo con frenesí! Casa misteriosa, en donde embriagan y asesinan á los viajeros, ¿qué lugar ocuparás en adelante en mi corazón y en mis recuerdos?

Tiburcio consiguió sostenerse en el caballo, y entró en París al mediodía. Su aspecto lívido puso en cuidado á sus criados y corrieron á buscar al médico que habitaba mas cerca.

Este le ordenó un reposo absoluto. Tiburcio se acostó en su lecho y por la tarde fué presa de una fiebre intensa, y deliraba como un loco.

III.

El duque D'Aufort, par de Francia, era en la época en que pasa nuestra narración, un anciano de setenta años que tenía el orgullo de su raza elevado á su mas alto grado. Su familia se ligaba con toda la nobleza francesa; así que decirse aliado de los D'Aufort, equivalía á ser pariente de los Montmorency ó de los Rohan. Pero el viejo gentil-hombre unia á su orgullo de casta una pena eterna y un dolor profundo. No tenía hijos; solo le quedaba una hija, fruto de los cincuenta años de matrimonio con la duquesa.

Así, pues, este nombre, del cual estaba tan orgulloso, no podía ser transmitido en línea recta; el duque era el último varón de la casa, y muerto él, moría el título.

Dedicaba sus solicitudes y tiernos cuidados á su hija Marta, que era de una belleza peregrina. Tenía el orgullo de su padre y tributaba un verdadero culto á su altiva raza.

Y sin embargo, era objeto de las mas amargas inquietudes, que proporcionaban grandes amarguras á su padre y le habían hecho encanecer los cabellos antes de tiempo. La señorita Marta de D'Aufort estaba loca.

Padecía horribles accesos de monomanía, que la duraban quince días y algunas veces un mes. Después le volvía la razón y no se acordaba de nada. Decir los cuidados infinitos y las angustias sin cuento que había costado á su pobre padre el disimular esta cruel enfermedad, sería imposible. Se la encerró en un cuarto del palacio, siendo cuidada en un principio por su padre y después por Justo, viejo lacayo que llevaba en la casa mas de cuarenta años. Fuera no se sabía una palabra de la monomanía de la señorita D'Aufort; cuando preguntaban á su padre acerca de las ausencias de su hija, respondía que se había retirado por un mes á un convento ó que viajaba en compañía de su antigua aya y de su intendente. Estas idas y venidas parecían á todos extraordinarias; pero era inútil querer indagar mas; el duque colocaba á su hija imaginariamente en donde mejor le parecía.

La extremada belleza de Marta y su alto nacimiento, fueron causa de que antes de llegar á los veinte años fuese pedida en matrimonio por los mas nobles caballeros de Francia.

El duque había elegido al joven Juan de Givry, cuya familia se hallaba unida hacia algun tiempo á la suya. Este casamiento colmaba sus deseos tanto mas cuanto que el rey había autorizado al joven príncipe que añadiese el nombre D'Aufort al de Givry.

Marta, por su parte, estaba entusiasmada con esta union, que satisfacía á la vez todos los deseos de su orgullo y las secretas inclinaciones de su corazón, pues el príncipe Juan era un hermoso caballero de veinticinco años, de alta distinción y de una figura arrogante.

Se acercaba la época fijada para el matrimonio, y á medida que corrían los días, la frente del viejo se oscurecía y se formaban en derredor de ella densas nubes. Este anciano era presa de punzantes ansiedades. Su conciencia de hombre honrado, sostenía una lucha persistente y encarnizada con su orgullo de noble.

—¿Seré un malvado? se preguntaba golpeándose la frente, cuando se hallaba solo en su gabinete, pasando horas enteras al lado de la chimenea.

—No; es preciso que obre de esta suerte; ¡debo mi nombre á mis antepasados!

Una tarde, la vispera de la ceremonia, mandó enganchar los caballos, y loco por el dolor, dió orden al cochero de que le condujese á las Tullerías. Pidió por medio del duque de Blacas una audiencia á Carlos X, le declaró la enfermedad de su hija y se echó á los pies del rey, que le dijo con tono paternal:

—¡Idos, querido D'Aufort, casad á vuestra hija; se la debeis á la sangre de que descendéis; me la debeis á mí. Me enviareis á Givry, cuando juzgueis necesaria mi intervención.

El anciano duque salió de las Tullerías lleno de alegría y al día siguiente Carlos X firmó el contrato.

Los primeros días de la union de Marta y Juan de Givry fueron una larga serie de felicidades, se dedicaban mutuamente todos sus instantes y se amaban como se no acostumbra á amar ya en la esfera en donde habían nacido.

IV.

Una tarde de Enero en la que nevaba en abundancia, el príncipe había sido, como capitán de guardias, llamado al Louvre para el servicio del rey. Volvió á su casa á media noche á la sazón en que todos los lacayos estaban dormidos, excepto Justo, que velaba y que recibió á su amo, tratándole todos sus miembros. El joven no notó la emoción del antiguo criado, y subiendo rápidamente la escalera, se dirigió á la habitación de su esposa.

—La señora no está en su dormitorio, le dijo Justo que le seguía; está en el salon.

—¿En el salon! ¿y qué hace allí á estas horas?

—Lo ignoro, monseñor, respondió Justo palideciendo.

El príncipe retiró el portier y entró en el salón, dirigiéndose hacia su mujer con los brazos abiertos.

—¡Marta! ¡Mi querida Marta! exclamaba el enamorado espeso.

Marta no desplegó sus labios y fijó en él sus dos grandes ojos azules, avivados por un resplandor profundo, que hizo palidecer al príncipe, el cual tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer.

—¿Qué es esto Marta? le preguntó con voz entrecortada; ¿qué significa ese vestido negro? ¿Ha muerto vuestro padre?

La joven continuó fijando la vista en el príncipe; pero no respondió.

—Marta, respóndeme; ¿no me amas ya?

La joven hizo un gesto imperceptible.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el príncipe loco de espanto, oprimiendo las heladas manos de su mujer entre las suyas.

Entonces llamó con todas sus fuerzas y acudió Justo que se había detenido en el dintel de la puerta.

—¡Corre! ¡Busca un médico! le dijo el príncipe.

—¡Inútil, monseñor!

—¿Por qué?

—Porque..... porque..... es mejor esperar al duque D'Auffort, a quien yo prevendré.

El padre llegó jadeante algunos segundos después.

—¿Qué es esto, padre mío? Decidme lo que sucede, exclamó el joven corriendo hacia él.

—Es necesario decirlo, respondió el anciano..... ha llegado la hora..... ¡Mi hija está loca!

—¡Loca!

Fue la única palabra que articuló el príncipe, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, tuvo el padre con él una dolorosa confidencia; le repitió las palabras reales, y el joven se enterneció. Esta desgracia le tocaba mas que á él á su mujer, y el suegro y el yerno juraron guardar invariablemente este triste secreto.

La escena que pasó después no puede describirse; el marido trató de convencer á su esposa con tiernas súplicas; mas esta oponía una inmovilidad silenciosa á las ardientes caricias de su marido y una frialdad de mármol á sus abrazos.

Desde entonces se resolvió construir un castillo oculto en el bosque de Senart, mediante la autorización del rey. Cuando la acometía el acceso, se confiaba la joven al fiel Justo, la única persona que podía acercarsele y á la cual escuchase.

Partieron en un carruaje cuyas cortinillas cerraron para evitar toda curiosidad, y se establecieron en el castillo amueblado de una manera austera, para poder satisfacer los caprichos, generalmente lúgubres, de la joven.

Ya hemos visto cómo el viejo servidor, que no esperaba á su ama, se había decidido á recibir á Tiburcio, temeroso de que este caballero, que parecía ser un hombre de mundo, no se quejase de falta de hospitalidad y llamase la atención pública sobre esta morada misteriosa.

Por otra parte, corría el año de 1830, en el cual declinaba la nobleza en la opinión; no se esperaban ya en Francia secretos tan bien guardados y los periódicos satíricos pululaban en París demasiado, para que no se comentase el suceso.

V.

Tiburcio estuvo quince días en cama devorado por la fiebre y mas aun por los pensamientos locos y deseos furiosos que despertaban en su imaginación los recuerdos y visiones que asaltaban su espíritu.

Desde entonces le dominó un solo objeto: buscar la persona que amaba, que había vislumbrado en sueños y le parecía era la mujer digna de su amor. Se acordaba de aquellas palabras: ¡te amo! ¡te amo! que había murmurado muchas veces con voz pura pero fría.

—Todo esto, se decía Tiburcio, encierra una vida completa; tiene, sin duda, tantos deseos de volver á verme como yo; ¡es imposible que no la vuelva á ver! ¿Pero quién es esta mujer? ¿en dónde está?

Tiburcio no se acordaba de ninguna otra, ni se explicaba la herida que tenía en el costado. No sabía qué mano había dirigido contra él la bala de pistola que el cirujano le había extraído.

Pero lo que este ignoraba, lo diremos nosotros. Asustado Justo de la audacia de Tiburcio que había osado penetrar en las habitaciones superiores, y no sabiendo lo que pasaba allí, esperó cerca de dos horas, hasta que por fin, comprendiendo la responsabilidad que pesaba sobre él, y no habiendo tiempo de prevenir al príncipe Givry que se hallaba en París, armó su pistola y subió.

Tiburcio avanzó hacia él; el lacayo extendió la mano en la oscuridad, le agarró los faldones de la levita, y le pegó un tiro casi á boca-jarro. Tiburcio cayó al suelo.

Justo soeorrrió á la joven, llamó, hizo enganchar los caballos al carruaje, y partió al galope al castillo de Givry. El viejo lacayo explicó, sin detenerse en detalles, á su amo, que un desconocido había asaltado la verja y penetrado en las habitaciones, por lo que había hecho fuego sobre este hombre y le había herido. Los agentes de la autoridad se dirigieron al castillo al día siguiente, pero no encontraron á nadie. Sabido es que Tiburcio había huido al rayar el alba.

Su primera salida tuvo por objeto dar un paseo por los Campos Elíseos, dirigiendo con avidez su mirada á los carruajes que pasaban á su lado; pero ¡ay! vio á muchas mujeres y ninguna se parecía á la imagen adorada que tenía grabada en su corazón.

Tiburcio llegó á creer que había padecido una alucinación; pero esa mujer estaba tan viva en sus recuerdos que á medida que pasaba el tiempo, se hacían para él mas visibles los rasgos puros de su ideal semblante.

Emprendió de nuevo su obra con mas ardor, y después de haber recorrido los salones, paseos y teatros de París, viajó por Nápoles, Génova, Venecia, Florencia y Suiza sin obtener ningun resultado.

Fatigado de sus vanas indagaciones, se sentó una tarde en el borde del lago de Ginebra, sobre un fresco césped situado á dos pasos del camino.

Mientras que se entregaba á sus sueños y aquella naturaleza grandiosa parecía mecerle en sus brazos, sus ojos miraban distraidamente el agua azul del lago que formaba un agradable contraste con el amarillento polvo de la carretera.

Un coche tirado por dos caballos magníficos la atravesaba á la sazón al galope.

Tiburcio recibió un golpe violento en el corazón; había distinguido en el carruaje á una mujer vestida de blanco, y adornada con un sombrero de color de rosa, y á su lado un joven á quien reconoció igualmente.

Todo esto pasó en menos de un segundo.

Tiburcio cerró los ojos y cayó sin fuerzas sobre el césped. Cuando volvió en sí el coche estaba ya lejos.

—Es ella, decía; ella que va con otro, con ese imbécil de Givry, con quien se casó el año pasado.

Lloró su suerte y se volvió á Ginebra tropezando á cada paso como un hombre ebrio; corría por todas partes; preguntaba á todo el mundo, y nadie le dió noticia sobre los misteriosos viajeros.

Su primer cuidado fué ir á la casa de Gibry, en donde le respondieron que el príncipe viajaba con su mujer y que estaba en Inglaterra. Una semana después volvió al mismo castillo, y supo que la princesa había vuelto, y asistía por la noche á la Comedia Francesa, en la que Talma hacía el *Cina*.

Nuestro caballero se dirigió allí con objeto de hacerse presentar al príncipe por uno de sus amigos, y procurar saber de él el nombre de la desconocida que había acompañado en Ginebra.

Cuando Tiburcio entró en la sala, acababan de levantar el telon del segundo acto; buscó con la vista el palco de los gentiles-hombres de cámara, en donde debía encontrarse el príncipe de Givry; pero apenas hubo mirado un momento, palideció, y se vió precisado á comprimir las latidas de su corazón, para poder contemplar á una mujer elegante y hermosa que se hallaba sentada al lado del príncipe.

—Es ella, se decía Tiburcio con acento apasionado; no como la vi la primera vez, sino mucho mas hermosa y agraciada.

Acabado el acto, tomó un aire mas desembarazado, y preguntó al marqués de Grail, su amigo:

—Decidme, querido marqués, ¿quién es aquella joven que está al lado del príncipe de Givry?

—¿No la conocéis? Es su mujer, la hija única del anciano duque D'Auffort.

—¡Ah! dijo Tiburcio sin pestañear.

—Sí, continuó el marqués en tono ligero: es una mujer encantadora, acerca de la cual circulan rumores misteriosos.

—¿De veras?

Dos importunos que llegaron entonces interrumpieron el diálogo. Tiburcio les saludó con naturalidad, y saliendo del teatro, se dirigió á su casa.

Había trazado su plan: iria al palacio de Givry, y hablaría á esta ingrata criatura.

La primera vez fué poco afortunado, y no la encontró en casa; pero la segunda halló medio de entregar una carta á su lacayo, que volvió con la orden de introducirle en el salón.

El joven entró, é hizo una profunda reverencia; pero apenas se había alejado el lacayo, Tiburcio tomó un ademán grave, altanero, y se cruzó de brazos.

La marquesa se quedó asombrada, y fijó en el caballero sus grandes ojos azules.

—¿Qué es esto, señora? dijo con tono glacial: ¿no os conmueve siquiera? ¿no os causo cuando menos enojo?

—¿Qué queréis caballero? preguntó con sequedad la marquesa.

—¿Qué quiero? exclamó Tiburcio lleno de cóleaa: lo que quiero es relevaros del juramento que me habeis hecho.

—¡Yo, caballero!

—¡Vos, sí, vos!

—Dispensadme, caballero: ¿en qué circunstancias?....

—¡Ah! Lo ignorais; pues bien, voy á deciroslo: á una legua de Etiolles, en el bosque de Senart, y por mas señas, una noche que llovía.....

—¡Etiolles! ¡Senart!..... Ignoro, caballero.....

—¿No habeis ido jamás?..... ¡Esto es una infamia!..... ¿Qué mujer sois? ¿Estais jugando conmigo?

La princesa se levantó, é iba á tirar del cordón de la campanilla, cuando Tiburcio la detuvo el brazo.

—¡Ibais á llamar, señora? ¡Os lo prohibo!

—¿Qué comedia es esta caballero? preguntó la joven mas irritada que asustada.

—Eso os pregunto yo, señora, gritó furioso Tiburcio; eso os pregunto á vos, que por un capricho de una hora, habeis despedazado el corazón de un hombre, envenenando su existencia.

—No os conozco, caballero.

—¿No me conocéis? ¡Esto es horrible! No os recordaré los detalles de nuestra entrevista, porque dada vuestra actitud, esto seria inútil.

La princesa se levantó aparentando dar la razon á este hombre, al cual compadecía, pues le creia loco.

Pero exasperado Tiburcio por esta actitud, articulaba en voz baja palabras sin concierto.

—Luego es verdad! decía.—Margarita de Borgoña, la torre de Nesle, las orgias nocturnas son aun de esta época; aun se encuentran mujeres.....

Tiburcio cogió el brazo de la princesa la cual lanzó un grito.

—Pero confíesalo, bramaba el caballero, Mesalina no se sonrojaba de sus amantes.

La joven palideció indignada. Dió dos pasos para pedir socorro, cuando Tiburcio, á causa de una reaccion nerviosa, cayó de rodillas.

—¡Ah! perdonadme,—decía,—no sé lo que hago; tu lo ves, estoy llorando; perdonadme; tú no eres cruel. Hemos participado juntos del cielo, y ahora me abandonas á las torturas del infierno. Dime una sola palabra; dime que me amas aun. Me iré y no te volveré á ver mas; pero al fin llevaré mi alma llena de felicidad. Dime que no ha sido un sueño; no se juega así con las pasiones de un hombre. ¡Habla, respóndeme!

En tanto que sofocado por los sollozos y con la cabeza inclinada sobre el pecho se expresaba de esta manera, la joven había conseguido coger el cordón de la campanilla. Pero no apareció un criado, fué el príncipe en persona. Su esposa se sorprendió, y Tiburcio, que no le había visto, continuaba suplicando y haciendo protestas de amor. De repente oyó detrás de sí un ruido al cual se levantó, encontrándose á dos pasos del príncipe. La situación era tirante y harto ridicula para Tiburcio. Este sin manifestar temor y ocultando su vergüenza bajo una máscara de impasibilidad, pasó por delante del príncipe, que por la mirada de su esposa que se sonreía, había tomado á Tiburcio por un loco.

Este se inclinó ante el príncipe y le dijo en voz baja:

—¡Amo á tu mujer tanto como á tí te odio!

El príncipe solo dijo estas palabras:

—¡Está bien!

Después consultó á sus amigos íntimos, y el marqués de Grail, á quien se había dirigido el día anterior Tiburcio, le dijo:

—Debes batirte, querido Givry; el baron Tiburcio, no está loco; ayer mismo me hablaba muy juiciosamente de tí y de tu mujer.

El príncipe consultó al ministro de seguridad pública, y le contestó que estaba enterado del secreto de Senart.

Basta,—respondió el príncipe; sé lo que me resta que hacer.

Al día siguiente dos amigos del príncipe de Givry se personaron en casa de Tiburcio: Les recibió con frialdad y les respondió que estaba dispuesto y que recibirian á la hora señalada los dos amigos suyos.

Se señaló el bosque de Bolonia y se eligió la pistola.

Los dos adversarios tiraron al mismo tiempo, Tiburcio quedó de pié.

El príncipe cayó al suelo arrojando bocanadas de sangre. La bala le había atravesado el corazón. El marqués de Grail fué el encargado de llevar la infausta nueva á la princesa.

Cuando vió llegar al amigo de Givry, cayó de rodillas, presa de un agudo dolor; la princesa amaba á su esposo con toda la fuerza de su corazón.

VI.

Al poco tiempo la princesa escribió á su padre, que se hallaba en la Vendée, una carta desgarradora. A las nueve de la noche llamó á su camarera; no le había quedado ya una lágrima, y estaba pálida y fria como el mármol. Se vistió, se echó encima un traje negro, cubrió su cabeza con un velo espeso ó hizo enganchar.

Tomó del cuarto de su marido una llave que estaba sobre uno de los estantes de la biblioteca, y bajó la escalera sin decir á nadie á donde iba. El carruaje estaba dispuesto; dió orden al cochero de que la condujese al castillo del bosque de Senart, parando antes en la calle del Bac, núm. 12, cuyas señas había leído el día anterior en la carta que le había dirigido Tiburcio.

A los cinco minutos llegó el coche á la calle del Bac.

El lacayo echó pié á tierra, y abrió la portezuela.

—Subid, dijo la joven viuda, y preguntad si está en casa el señor baron Tiburcio. En caso afirmativo, le direis que le espera una mujer, á quien conoce; que está en gran peligro, y que le pide un servicio.

Dos minutos después llegó Tiburcio. Aun cuando había cerrado la noche, la princesa se echó el velo sobre el semblante, y tomando del brazo á Tiburcio

—Subid, le dijo; y al cochero: «vamos.»

Tiburcio se había sentado maquinalmente, y la princesa permanecía en un rincón del carruaje sin añadir una palabra.

Un relámpago cruzó por la imaginación de Tiburcio.

—¡Sois vos, señora! exclamó.

—Yo, respondió.

Y volvió el mismo silencio.

Tiburcio sufría el ascendiente de la singular criatura que tenía delante, y se dejaba llevar, mudo por una fuerza superior, como si el destino le impeliese hácia adelante, merced á un impulso irresistible. Las palabras espiraban siempre en sus labios.

El carruaje marchaba con gran velocidad, produciendo un ruido extraño, que contrastaba con el silencio de la noche.

Por fin se detuvo. La princesa bajó y Tiburcio la siguió.

—Volved á París, dijo al cochero, y traed aquí á Justo lo antes posible.

El carruaje partió.

La princesa sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta de la verja; cogió á Tiburcio de la mano, y sin equivocarse, le guió por los tortuosos senderos automáticamente, ó como si fuese una sonámbula ó una estatua animada.

La misma llave abrió todas las puertas.

Tiburcio, siempre conducido por la mano de la princesa, subió la escalera.

—Quedaos ahí, le dijo ella, cuando estuvieron en el dintel de la puerta de la sala: ¡yo os llamaré!

Dirigióse á la chimenea, en seguida tomó una pajuela y encendió las siete bujías del candelabro.

—Entrad, gritó.

Tiburcio, pálido, y como impulsado por una fuerza invisible, reconoció la sala en donde se habían amado por primera vez. Era la misma mujer que había visto que venia hácia él, teniendo en una mano el candelabro y caminando como si fuese una estatua.

Se acercó al joven, le cogió del brazo, y aproximó la luz al espeso portier y dejó caer el candelabro.

—¡Te amo! decía ella, ¡te amo, y morirás conmigo!

El fuego se comunicó rápidamente á todas las colgaduras y se cubrieron de llamas los muebles y la alfombra, empezando á crujiir las puertas, las vigas del techo y las ventanas.

—¡Salvémonos, gritaba Tiburcio, haciendo esfuerzos inútiles por levantar en sus brazos el cuerpo de la joven; pero esta le retenia y se agarraba á él con tal fuerza que no era posible separarla.

—¡Te amo, desgraciado! decía ella, ¡pero estoy loca, local! ¿Lo entiendes? ¡Toco ya la tumba, y los resplandores de la muerte iluminan mis cortos momentos de existencia; tengo presentes todas mis acciones pasadas, aun aquellas que estaban ocultas en el fondo de mi cerebro, y las que se escondian en el abismo de mi locura!

—¡Local! repetia Tiburcio, amedrentado mas por el acento de esta mujer que por el peligro que les rodeaba.

—¡Sí, local! repetia arrasados los ojos en lágrimas y á la vez con una risa nerviosa y estridente; ¡sí, local! ¡y como tú me has amado durante la noche, es justo que una inmensa claridad estienda sus rayos sobre nuestros funebres y últimos amores!

Y cesó de hablar. Tiburcio la levantó en sus brazos, sin que ella opusiese resistencia; atravesó las llamas, corrió á lo largo del jardín y del bosque que alumbraba el incendio; por fin llegó á unos espesos matorrales donde había un abundante follaje y se dejó caer en el suelo.

La princesa estaba muerta.

Tiburcio la sostuvo en sus brazos, intentando en vano volverla á la vida, hasta el día siguiente en que, al contemplar el cadáver, el joven caballero atravesado por el dolor se revolcaba en el suelo sumergido en una desesperacion terrible.

El sol aparecía entonces, y las alegres avecillas salian de entre las ramas del bosque elevando al aire sus armoniosos gorgeos y revoloteando, como si tratasen de acariciarles, sobre los seres, de los cuales el uno sufría una pena indecible. Ninguna pluma ni pincel podrian expresar el doloroso contraste que forma algunas veces la alegre y grandiosa naturaleza con algunas desgracias parciales de la pobre y mezquina humanidad.

Tiburcio llevaba siempre consigo, desde su vuelta de Italia, un pequeño puñal, cuya hoja de veinte centímetros de larga, era triangular, como el brazo de un compás. Hizo en el suelo una fosa, echó en ella el cuerpo de esta mujer adorada, la besó en la boca, y luego que le hubo cubierto de tierra y de hojas y cuando se vió solo, creyó que el mundo acababa de desaparecer.

Y se puso de rodillas.

Algunos días después los guardas del bosque hallaron el cuerpo de un hombre, cuyo pecho estaba atravesado por treinta y dos puñaladas.

Los indiferentes, la gente del mundo parisiense leyeron algunas líneas de la *Gaceta de Francia*, respecto á la muerte de una de las mujeres más bellas y envidiadas de la capital del vecino imperio:

«Nos comunican de Italia una noticia lamentable. El duque D'Aufort, cuyo yerno había sido muerto en un duelo, hace días ha perdido á su hija única, la princesa de Givry, muerta en Sorrento á los 20 años.»

«El anciano duque ha salido esta tarde, según nos dicen, para cumplir el último deseo de su hija, de que sea enterrada en Sorrento.»

«Nos dicen también que el duque de Daras, uno de los Chambelanes del rey, ha ido esta mañana á manifestar al duque D'Aufort, que S. M. el emperador participa de su inmenso dolor.»

P. ARGÜELLÉS.

REVISTA DE MADRID.

De Calderon de la Barca.—Adelardo Ayala, Arrieta, loa, himno.—El drama de un bresbítero.—Eramos pocos....—Los teatros.—El público respetable.—Comentarios de los que se usan.—*Enemigos de Paco*.—Morayta.—Cien tarjetas por minuto.—Soda.—La ortografía.

Hace pocos días que mi buen amigo Federico Balart deploraba, en una revista de teatros, el lamentable olvido de las empresas de Madrid para con D. Pedro Calderon, autor dramático, cuyas obras han inmortalizado al autor y al teatro español.

Dicho Sr. D. Pedro, nació el 17 de Enero del año de 1600.

El 17 de Enero de 1868, ningún empresario de Madrid se acordó del autor inmortal; ningún empresario ni ningún autor, aunque me esté mal el decirlo.

No así pasó en Sevilla.

En Sevilla estaba Adelardo Ayala, un autor de hoy, que es, en mi opinión, el que más se parece á Calderon cuando escribe comedias.

Adelardo Ayala, en union de los poetas sevillanos, ha escrito una notable loa, á la cual ha acompañado un himno del maestro Arrieta.

Estos dos nombres, Arrieta y Ayala, son ya dos elogios.

Yo he regalado un ejemplar de la loa á Federico Balart, para que él, mas autorizado, mas inteligente y mas escritor que yo, dé cuenta á Vds. de tan notabilísimo trabajo literario. Por mi parte, me contentaré con decir que desde que conozco la loa, quisiera que fuera mia; y en cuanto al himno, quisiera que fuera mio, á pesar de que no le conozco.

Calderon y Adelardo Ayala, son dos almas gemelas. El uno en el siglo XVII y el otro en el XIX; el uno en sus obras y el otro en su casa, piensan, sienten y escriben de muy parecido modo. Calderonianas llamamos casi siempre á las buenas décimas de Adelardo; calderoniano me ha parecido siempre el drama de Ayala.

Tiene este pasion por todo lo que á Calderon se refiere, y estoy por asegurar que sueña con él y con él se identifica cuando lee los versos de aquel gran ingenio.

Ayala lo ve todo por Calderon. Siempre que he ido á su casa he visto tomos de Calderon sobre la mesa. El discurso con que Ayala piensa hacer su recepcion de académico, es acerca de Calderon y sus obras; refundió *El Alcalde de Zalamea* de una manera magistral; y cuando Arderius le pidió una obra, lo primero que se le ocurrió fué refundir un entremés de Calderon, al cual le puso versos suyos que entre los de Calderon parecían de Calderon mismo. Habladle á Adelardo mal del gobierno ó del mundo, ó de todo lo que queráis; puede ser que se encoja de hombros; habladle mal de Calderon, y de fijo que no lo sufre en calma.

Y es natural; trozos hay en *El Tanto por ciento* y en *El Tejado de vidrio*, que por el mismísimo Calderon pudieron ser firmados; y hace poco tiempo, revolviendo Arrieta unos papeles para encontrar unos que yo le habia pedido, halló unos apuntes de cierta comedia que Adelardo tiene pensada, y aquellas ligeras observaciones nos probaron á Arrieta y á mí una vez mas todo lo calderoniano que es el talento profundo de Ayala. Eran aquellos unos apuntes que si los hubiéramos vendido por de Calderon, todo el mundo nos hubiera creído. Después de esto ¿será exagerado decir que Ayala es el mejor amigo del autor de *La vida es sueño*?

¿Qué otro se acordó el día 17, del buen D. Pedro, mas que el autor de *El tanto por ciento*?

Como las novedades de Madrid escasean, necesito recurrir á las novedades de provincias para escribir mi revista.

Han de saber Vds. que hay un presbítero maiguano, que se ha permitido el exceso de escribir un drama.

Esto es muy grave.

Grave para el presbítero.

Grave para los presbíteros.

Grave para el drama.

Y grave para los dramas.

¿Qué dirá el respetable clero español, y sobre todo el clero que abomina en el púlpito de todos los autores de dramas y comedias?

¿Y qué diremos los que tenemos la debilidad de escribirlos, al ver un nuevo compañero, y un compañero de ese vuelo?

Sabido es que, entre los autores dramáticos, anda la marimorena todos los días, ó mejor dicho, todas las noches.

El número de los autores se aumenta, ahora precisamente que el público no va al teatro.

¿Y se aumenta con un presbítero!

Después de noticia tan gorda, no me queda que decir mas que el título del drama.

Se titula el drama: *El mártir de la traicion, ó el emperador Maximiliano*.

Es un drama con ó, á la antigua española.

Mi portero escribió hace poco tiempo un drama que se llamaba: *Amor y honestidad juntas, ó la escopeta de dos cañones*.

Ya que de dramas hablamos, murmuremos de teatros.

En el Príncipe reina poca animacion, á pesar de los deseos de la empresa. No sé en qué consiste; pero este año los teatros están desanimados.

Dicen que es porque no hay dinero. Esto no puede ser exacto, porque la gente que por lo general veo en los estrenos, no ha tenido dinero nunca; y sin embargo ha ido siempre.

En los Bufos hay mas vida. Arderius que todo lo explota, que todo lo apura, que todo lo sabe y que es uno de los españoles llamados á tener mucho dinero, aprovecha la popularidad de *La cabeza parlante* de la calle de la Montera, para hacer otra cabeza parlante con el mismo efecto que aquella.

El público acude á ver el espectáculo.

Las preguntas que el público le dirige van siendo cada día mas peliagudas.

Hay espectadores que aprovechan la ocasion para ver si confunden á Arderius.

La otra noche hubo dos ó tres personas que manifestaron demasiado clara su enemistad hácia el empresario de los Bufos haciendo preguntas un si es no es inconvenientes.

Decíase en el sabnucillo que aquellos habían sido desahogos contenidos durante algun tiempo.

Me parece que hay otra manera mejor y mas segura de desahogarse con un enemigo personal. ¿No es cierto?

No comprendo al público.

Vá al Príncipe á ver una comedia bien escrita, llena de sentido comun; la oye como si tal cosa.

Vá á Jovellanos, donde se anuncia un drama, y en las situaciones mas dramáticas se rie.

Dice que quiere reírse, porque no quiere dramas ni comedias sentimentales.

Le ofrecen en los Bufos disparates para que se ria cuanto quiera. Se rie y se divierte, y después dice:

—¡Qué barbaridad!

Yo le diria al público:—¿En qué quedamos?

Y el caso es que el respetable público vá á la plaza de toros, donde hay muchos dramas, y mueren los hombres, y los toros, y los caballos, y se grita, y se silva, y se riñe, y se brama, y se cocea.....

—¡Qué barbaridad!!

La escena es en un teatro, de telon afuera.

Se está representando un drama, en una de cuyas escenas se sabe que una esposa ha engañado á su marido (de algun modo lo he de decir).

En otra escena la esposa confiesa su picardía, y dice que no quiere seguir engañando á su marido.

En fin, una situacion como... la de *El suplicio de una mujer*, por ejemplo.

Cae el telon. Aplausos. (Nótese bien esto.)

Comienza el entreacto. El público hace comentarios. (Nótese bien.)

Un viudo. Señora, ¿ha visto. V. nada mas inmoral?

La señora esposa de un militar que está en América.—

¡Oh! ¡Esto es atroz!

Un joven amante de dicha señora.—¡Ah! ¡Qué cosa tan obscena!

Una polla.—¿Por qué?

Un ingeniero.—Señorita, no vuelva V. á ver esta comedia mas. (Aparte.) ¿A qué hora?

Un marido que está separado de su mujer.—Pues señor, la comedita me parece insipida.

Los periódicos han dado cuenta de la suspension de D. Miguel Morayta, de catedrático de esta Universidad.

Es un nuevo dolor que tengo que añadir á los que llevo sufrido en una semana por parecidas suspensiones.

Voy á enviar mi tarjeta de pésame.

¿A quién? A Morayta, á la Universidad, ó al que ha suspendido á Morayta de su cargo en la Universidad?

Vaya V. á averiguarlo, que yo no me atrevo.

A propósito de tarjetas, hace tiempo que todas las que recibo son parecidas; todas tienen un sello especial y característico.

He averiguado, por fin, que todas proceden de un establecimiento que hay en la Puerta del Sol, favorecido por el público de un modo extraordinario.

En el corto espacio de tiempo que hace que se abrió,

cuenta por millones el número de tarjetas que ha hecho.

Esto no parecerá extraño sabiendo que las tarjetas son muy buenas, muy bonitas y muy baratas.

Además la máquina que allí hay, hace cien tarjetas en un minuto; ciento veinte mil tarjetas por día.

Y no es esto solo; además de las tarjetas, hay allí otra cosa, que es una novedad en Madrid.

Es una bebida que se llama Soda americana.

En la última exposicion de Paris la Soda ha sido la reina de las bebidas.

Todo el mundo bebía Soda. Los norte-americanos la llevaron por primera vez á Paris, y los parisienses están muy convencidos de que los norte-americanos es gente que lo entiende.

En Madrid, la bebida de los norte-americanos, lleva camino de tener una aceptación extraordinaria.

La recomiendo por buena y por nueva. La novedad es la vida del comercio en las grandes capitales.

¿Qué mas diré á Vds. de lo que pasa en Madrid?

En honor de la verdad, no pasa nada. Los paseos siguen tan frescos; los teatros tan frios; los hombres con sus debilidades de siempre; las mujeres con sus caprichos y su mala ortografía.

Por cierto, que esto de la mala ortografía de las mujeres, me servirá para fin de fiesta.

Una pollita escribió anteayer á su amado Teótimo.

—Estoy resentida contigo; eres un *ingato*.

El amante recibe la carta, y al contestar, le dice á la muchacha:

—Ya que me llames ingrato, llámame bien; se te ha olvidado una r.

La muchacha se irrita, y contesta con una carta furiosa.

Al final de ella escribe:

—Te lo diré mil veces: ¡adios, *ingarto*!

EUSEBIO BLASCO.

Segun un periódico, ha recaído sentencia absolutoria en la causa que se seguía á los Sres. D. Salustiano de Olózaga y D. Angel Fernandez de los Rios.

Celebramos de todas veras este resultado.

Los diarios de Chile, fecha 3 de Diciembre, nada importante contienen. Hé aquí lo único de algun interés para España que leemos en los diarios de Valparaiso:

«Respecto á política exterior, una casualidad ha venido á llamar nuevamente la atención del público sobre la mediacion anglo-francesa.

Un diputado exigió que se llevasen á la Cámara los documentos relativos á las gestiones diplomáticas sobre la guerra con España. Entre esos documentos se deslizó una nota dirigida por el gobierno chileno, á su nombre y el de sus aliados, á los agentes diplomáticos en Inglaterra y Francia. Esa nota contiene el rechazo de la tregua indefinida propuesta por los mediadores.

¿Cómo era entonces, que los ministros habían expuesto en el Congreso que la proposicion de tregua estaba pendiente?

Esa nota, contestó el gabinete, fué solamente un proyecto; en realidad no fué dirigida á los representantes de Inglaterra y Francia.

La consecuencia que de esto se desprende, es que hay negociaciones pendientes, sin que se pueda fijar con certeza de qué naturaleza son.

Esta conjetura está de acuerdo con las noticias que de España nos comunicó el cable, que el gobierno de Chile estaba en buena disposicion para la paz.

Debemos decir, sin embargo, que no hay nada de oficial, y que la última palabra del Congreso ha sido la de la guerra de derecho y paz de hecho.

A la inversa, el gobierno se encuentra en paz de derecho y en guerra de hecho con los araucanos.

La ocupacion del territorio araucano se lleva adelante con un éxito feliz. Hasta ahora no ha habido que librar un solo combate. El coronel Saavedra, jefe de la expedicion, confia mas en la diplomacia que en el empleo de la fuerza.

Con fecha 15 del mes pasado dá cuenta el gobierno de haber celebrado un Parlamento, ó sea Congreso de la paz, con la tribu de los huilliches, los cuales se manifiestan dispuestos á aceptar la ocupacion.

Las últimas noticias de Abisinia alcanzan al 49 de Diciembre.

La gran dificultad continuaba siendo la del tránsito de las tropas, material y bagaje desde la costa hasta Sanafé. Los cuatro días que dura la marcha presentan obstáculos que no han podido vencer los trabajos de los ingenieros militares.

Son 80 millas de precipicios y desfiladeros que solo permiten caminar de uno en uno hombres y caballerías. Todavía no habían trepado á la meseta de Sanafé la segunda ni la tercera brigadas desembarcadas últimamente, ni hasta fines del corriente mes saldrán de Bombay las postreras brigadas, todo lo cual denuncia mas que mediana lentitud en las operaciones. No es presumible puedan comenzar estas de una manera eficaz hasta la internacion del grueso de las tropas en las tierras altas, lo cual, atendido el inmenso bagaje y material que consigo arrastra la expedicion, y en razon, sobre todo, á lo impracticable del camino desde la costa á Sanafé, ha de consumir bastante tiempo y retardar, por lo menos, hasta fin del entrante mes, la ejecucion de un plan de campaña.

O mucho nos equivocamos, ó los tres millones y medio de esterlinas que el canceller del Echiquier pidió al Parlamento para sufragar los gastos de la guerra en el presente año, han de necesitar un suplemento de doble cantidad al menos. Las expediciones africanas son para los europeos, mas bien que dificultades de guerra, cuestiones de dinero. Muy á su costa aprendieron á conocerlos en Argelia los franceses, en Marruecos los españoles, y ahora toca á los ingleses aprender la leccion en Abisinia.

Del campamento escriben ser aquello una verdadera torre de Babel, con la mezcla de bagajeros y manipulantes de cuantas naciones y razas pueblan la superficie del globo. Hállanse entre ellos franceses, alemanes, italianos, portugueses, españoles, cretenses, albaneses, griegos, egipcios, núbios, indios, chinos, persas, alghanes, árabes y somalíes, haturrillo de nacionalidades que hacen tan mala mezcla entre sí, que no basta el látigo para contener el humor indisciplinado y rebelde de tantos perdidos, temiéndose habria que recurrir á la triste necesidad de algunos fusilamientos que sirviesen de ejemplo y de correctivo.

SANTIAGO EL VERDE (1).

A DON JOAQUIN MALDONADO MACANAZ.

I.

Mañana es Santiago el verde,
Santiago el verde es mañana
y se enloquece la villa
por devoción... á la holganza.

Calle arriba, calle abajo
dueñas y busconas andan
rodando tras unas ruedas
y encareciendo las caras.

No hay rico sin un empeño
ni pobre sin una traza,
ni galán que con su coche
pueda echar cuentas gajanas.

En la plazuela del Angel
cochera, mas bien que plaza,
la ocasión corre de pega
tras el deseo que paga.

Que la fiesta del Sotillo,
á un tiempo al mercado saca
flaquezas de enamorados
y coches para llevarlas.

Las tapadas se descubren
gracias pidiendo las gracias,
y andan cortados los cortes
mientras los largos dan largas.

Los sastres velan hechuras
para dejar acabadas
la ropilla al mancebito
y al correjidor la capa.

Por unas medias de pelo
hay quien los pelos se arranca,
y hay jubón acuchillado
que se logra á cuchilladas.

Quién busca piedras de luces,
quién valonas cariñanas,
quién collares, quién cintillos,
y quién castores de Francia.

Rebocillos y colonias,
collares y alegres sayas
labradoras de Vallecas
para la fiesta preparan.

Y el galán sueña en favores
y en ducados las posadas,
y en cuantos los maldicientes
y el mercader en ganancias.

Bien haya el mes de las flores,
que flores dará mañana:
para el labio á los galanes,
para los pies á las damas.

II.

Orillas del Manzanares
y en islotes separada
hay una vieja alameda
que el vulgo el Sotillo llama.

Sus árboles, que son pocos,
y enfermizos y sin galas,
así un pecado cobijan
como una pendencia amparan.

Descúbrense en sus cortezas
entre rasguños de espadas
cifras y fechas y motes
de venturas y de lágrimas.

Y esparcidas por el césped
se ven unas piedras pardas,
de una ermita de Santiago
reliquias mal conservadas.

Mas de ver está este sitio
cuando dan sombra sus ramas,
avizora de alguaciles
á la plebe desgranada.

Que ya en ranchos se reúne
y ya en pendencias se aparta,
y en vivos bailes se enciende
y á sendos tragos se apaga.

En tanto por el portillo
de Atocha los nobles bajan
con trajes agrionados
y con valonas labrados.

Llevan sombreros con plumas
con puntas al aire capas
y espadas con vaina abierta
prontos á dejar la vaina.

Preso el cabello entre cintas,
el manto de humo á la cara,
y en ruedas cual la fortuna
van á la fiesta las damas.

Llevan fuera del estribo,
del guarda-infante una vara
y enfaldada la basquiña
de chamelote de aguas.

Cubren los pies con chapines
y al aire el hombro y la espalda
á libres ojos provocan,
y libres lenguas desatan.

Que aunque es de-bota la fiesta
y devotos los que bajan,
la devoción va en los ojos
y va el pecado en el alma.

III.

¡Manzanares, Manzanares!
alegres tus hondas saltan
de ver en tus verdes sotos
la corte y la villa en masa!

¡Cuánta pluma de colores!
¡cuánto vestido con franjas!
¡cuánto lazo de colonias!
¡cuántas joyas de Italia!

¡Cuántos doctores que pulsan
excesos con las miradas!
¡cuánto devoto de botas!
¡cuánto golilla de gala!

Cruge la seda rozando
erguidas flores lozanas,

(1) Del libro inédito cuentos de la Villa.

y plumas, cintas y encages
agitan las sueltas auras.
Allí el guardapiés fingido
que descubre mas que guarda,
y allí los perdidos guantes
que pierden á quien los halla.

Los desquidos del recato,
que á la pasión prestan alas,
cobardes ojos alientan
y ardientes pechos abrasan.

Cada encuentro es una cita,
cada seña una esperanza,
cada queja una lisonja
y un lance cada palabra.

Donaires y juramentos,
suspiros y carcajadas,
se mezclan á los rumores
que al árbol la brisa arranca.

Mientras que alegres murmuran
bajo la verde enramada,
en corros, como corridos,
y en bajo cual cosa baja

Soldados que usan y afilan
las lenguas mas que las armas;
doctores en dos derechos
que no hallan derecho nada.

Privados que dan al público
secretos de sus privanzas;
sirvientes que se sirvieron,
y corredores de faltas.

Y así entre celos y burlas
murmuraciones y danzas,
se pasa la alegre fiesta,
la alegre tarde se pasa.

JUAN A. VIEDMA.

LA GRANDEZA DEL ARTISTA.

De la santa inspiración
recibiendo el soplo ardiente,
el artista llora y siente
al dar forma á su creación.
Busca con fé la expresión
de su noble pensamiento,
y para lograr su intento
ni aun lo imposible le arredra,
porque hasta la misma piedra
se amolda á su sentimiento.

Con el mármol y el pincel,
y el acento, y la armonía,
la creadora fantasía
pide á la gloria el pincel.
Cubre su frente con él
el artista peregrino,
y cumpliendo su destino
brota su nímén fecundo,
flores que deja en el mundo
recordando su camino.

Calderon, Milton, el Dante,
Mozart, Herrera y Murillo,
dando al arte eterno brillo
forman un cuadro gigante.
El tiempo que va anhelante
cuanto existe destrozando,
pasa humilde respetando
de esos nombres la grandeza,
que hasta la naturaleza
está por ellos velando.

Como fé de su sentir
sus obras viviendo están,
y los siglos las verán
en remoto porvenir.
Bien pregona su vivir
que el genio con lazo fuerte
una á la materia inerte
vida que del cielo parte,
porque la vida del arte
es una vida sin muerte.

Si el arte es sublime idea
que eleva el alma del hombre;
si el labio bendice el nombre
de aquel que siente y que crea;
si para que eterno sea
su recuerdo y su memoria,
tiene páginas la historia
y la humanidad su ejemplo,
el artista tiene un templo
en lo grande de su gloria.

HORAS PLÁCIDAS.

¡Qué dulces son las horas
que amor tan solo alienta,
sin llanto que las turbe,
sin duelos y sin penas!

¡Qué gratas son al alma
las horas placenteras
que dan vida á los sueños
que el pensamiento crea!

Aquí á la sombra amiga
de la anchurosa selva,
oyendo de las aves
armónicas endechas,
mirando cómo el agua
sobre dorada arena
se agita bulliciosa
tan clara como fresca,
y al ver cómo las flores
que la corriente cercan,

en ella ven su imagen
y al viento dan su esencia,
ni el pecho males siente,
ni el labio dice quejas,
que el rudo mal se olvida
cuando el placer empieza.

¿Y qué ventura ignala
á la que aquí se encuentra,
ni qué dicha mas grande
el pecho hallar pudiera?

La aurora siempre hermosa
aquí nace mas bella;
el sol mas rojo nace,
mas puro el cielo ostenta
el rico azul que tiñe
las bóvedas inmensas,
y el monte que á lo lejos
su altiva frente eleva,
se dora con los rayos
que el astro rey le presta.

La tarde es mas tranquila,
la noche mas serena,
jardines son los valles,
pensiles las praderas,
y el mágico concierto
que el alma escucha en ellas,
ni pluma hay que lo pinte
ni labio alguno expresa.

La tarde es mas tranquila,
la noche mas serena,
jardines son los valles,
pensiles las praderas,
y el mágico concierto
que el alma escucha en ellas,
ni pluma hay que lo pinte
ni labio alguno expresa.

.....
.....
.....

.....
.....
.....

.....
.....
.....

.....
.....
.....

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

LAS BREVAS DEL CID.

(Romance histórico.)

Después que rindió á Valencia
Cid Rodrigo de Vivar,
Y se dieron á partido
Los moros de la ciudad,

Salió de ella un moro viejo,
Famoso en pronosticar,
Preguntando por el Cid
Para hablarle en puridad.

Hallólo, al fin, en su tienda,
(Porque era tendero el tal),
Comiéndose unas bacores,
(brevas, en lengua vulgar),

Y después de saludarle
Con mucha formalidad,
Se sentó, cruzó las piernas,
Y así comenzó á hablar:

«Cid Rodrigo, Cid Rodrigo,
Cid Rodrigo de Vivar,
Escucha lo que inspirado
Te anuncio en nombre de Alá.

Por tu causa, Cid Rodrigo,
Desmoronándose van
Los reinos que disfrutaban
Los moros aqueñde el mar.

Pero Alá, que es justiciero,
Castigando tal maldad,
Allá en los tiempos futuros
Tu laurel marchitará.

Esas brevas que te comes
Con tanta tranquilidad,
Parecen hoy en tus manos
Aviso providencial.

Campeador, sabe que un Campo
Tu nombre ha de profanar,
Bautizando allá otras brevas
Con ese nombre inmortal.

Tú comes la breva verde,
Pero él se la chupará
En milésimas y escudos
Y en céntimos de real.

Y tu triste descendencia
Brevas tendrá que fumar
Confirmadas de cigarros
Por un funesto firman.

Cigarros incombustibles
Que brevas se llamarán,
Por ser hechas de pellejos
De brevas por madurar.

Cigarros de extraño gusto
Y de olor descumunal;
Disciplinas del olfato,
Cilicios del paladar:

Cigarros á quien por bravos
Brevas del Cid llamarán:
Y todo aquel que las fume
Tu memoria execrerá.

Campeador, yo te lo anuncio
Y el tiempo lo ha de probar:
Vendrán días, vendrán años
Y siglos después vendrán;

Y al cabo de nueve siglos
(Poco menos, poco mas),
Con ocasión de esas brevas
Que te acabo de anunciar,

Habrá disturbios y luchas,
Y lágrimas correrán:
Lágrimas de risa en unos
De despecho en los demás.

Por una parte La España,
Por otra El Universal
(Periódicos que en su seno
Guarda la futura edad),

Este en broma, aquel en serio,
Gran batalla se darán,
Que, por ser el héroe Campo,
Será batalla campal.

Y en ella tu nombre ilustre
Irás de aquí para allá
Siendo blanco de las burlas
Desde Irun á Gibraltar.»

Esto dijo el sábio moro;
Y el Cid, con ansia mortal,
Renegando de las brevas
Juró no comerlas mas.

(De El Universal.)

F. B.

A CERVANTES.

Si un día, gran Cervantes, de improviso,
Volvieras á estos reinos de Castilla
No mas que á ver de ingenios la polilla
Que aquí y allí pulula sin permiso,

Y hallaras tanio sábio mundo y liso,
Cada cual Salomon de la cartilla,
No dejando ni hueso ni costilla
Al patrio idioma que te fué sumiso,

Aventaras tus obras en pavesa,
O haciendo de tu ingenio cervatana,
Dispararas tu sátira traviesa

Contra esa peste inmundada galicana,
O volvieras con bascas á la huesa
Viendo ingerta en francés el habla hispana,

JULIO MONREAL.

POESÍA.

Crece en la selva espesa
flor escondida y sola,
en verde cáliz presa
la virginal corola.

Su cárcel de esmeralda
al fin rompe el boton,
y hace la flor guirnalda
de las paredes de su prision.

Con noble persistencia
un día y otro día
sufriendo la inclemencia
de incua tiranía,

el mártir que blasona
de fuerte corazón,
hace tambien corona
de las cadenas de su prision.

A. GARCÍA GUTIERREZ.

CANTO DEL GORRIÓN.

Pobre y desgraciado
en mi tierra fui,
para hacer fortuna
me he venido aquí:

¡pi! ¡pi!

¡pi! ¡pi!

Con llanto he bañado
el pan que comí
y hoy pido á mis hijos
que aprendan de mí:

¡pi! ¡pi!

¡pi! ¡pi!

Del vulgo ignorante
burlas recibí;
siempre al hombre honrado
se le trata así:

¡pi! ¡pi!

¡pi! ¡pi!

Me censuran muchos
que me enriquecí,
mis sudores digan
si lo merecí:

¡pi! ¡pi!

¡pi! ¡pi!

Yo en cambio conozco
á mucho titi
que nunca produjo
ni un maravedí:

¡pi! ¡pi!

¡pi! ¡pi!

Industria y taabajo
de que yo viví;
gorrión morir quiero
pues gorrión nací.

¡pi! ¡pi!

¡pi!!!

MANUEL DEL PALACIO.

Por lo no firmado, el Srío. EUGENIO DE OLAYARRIA.

MADRID: 1867.—Imp. de Campuzano hermanos,
calle del Arc Maria, núm. 17.

SECCION DE ANUNCIOS.

La señorita M..... estaba atacada hacia dos años de una gastro-enteralgia que se había agravado de tal modo hacia cuatro meses, que no se atrevía ya á tomar alimentos sólidos, pues después de cada comida, así como en el intervalo, experimentaba dolores muy violentos en el estómago. Le hice tomar una cucharada de **carbon de Belloc**, y la desistí á comer inmediatamente después una costilla de carnero y pecho de pollo. Cuál no fue su sorpresa al ver que digería bien estos alimentos, que hasta entonces no había podido tomar sin sufrir cruelmente! La digestión se había ejecutado como por encanto. La enferma continuó usando del **carbon de Belloc**, comió siempre con apetito, digirió fácilmente, y los dolores de estómago desaparecieron para siempre.
(Extrait del informe aprobado por la Academia de medicina de París.)

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los **Romadizos, Gripe, Irritaciones** y las **Afecciones del pecho** y de la **garganta**.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del **Estómago** ó de los **Intestinos**; fortifica á los niños y á las personas debiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las **Fiebres amarilla y tifóidea**.
Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de **DELANGRENIER**, y las señas de su casa, calle de Valenciennes, 26, en París. — Tener cuidado con las falsificaciones.
Depósitos en las principales Farmacias de América.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de París.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRES ALIENTE de **DICQUEMARE** aine DE RUAN

Mira teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningún olor.
Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59.
Depósito en casa de los principales peladores y perfumadores del mundo.
Casa en París, rue St-Honoré, 207.

CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desmenuza uno de ellos con las **LIMAS AMERICANAS** de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitación del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curación se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en **PARIS**, 38, rue Geoffroy-Lesnier, y en **Madrid**, **BORREL hermanos**, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

POUDRE DE ROGÉ

Purgatif aussi sur qu'agréable

Un frasco de **Poudre de Rogé** disuelto en una botella de agua produce una limonada agradable al paladar, que purga pronto y de un modo seguro, sin causar irritación, lo que hacen la mayor parte de los purgantes, según lo comprueba la Academia de medicina.
El polvo de Rogé se conserva infinitamente y puede llevarse fácilmente cuando se viaja.
Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

PILULES DE VALLET

Las **Pildoras de Vallet**, aprobadas por la Academia de medicina, se emplean con gran éxito para la curación de los colores pálidos y para fortificar á los temperamentos débiles y linfáticos.
Este ferruginoso no mancha la dentadura.
Para que sean legítimas es preciso que cada pildora lleve grabado el nombre del inventor de este modo.
Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

PASTILLES ET POUDRE DU D^r BELLOC

Un informe aprobado por la Academia de medicina comprueba que varias personas atacadas de enfermedades del estómago y de los intestinos han visto cesar en pocos días y completamente los dolores mas agudos con el uso del **Carbon de Belloc** que se vende en polvo y en pastillas. Cura tambien el estreñimiento y en razon de sus calidades absorbentes, está recomendado como uno de los mejores remedios contra la **colerina**.
Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

VIN DE QUINIUM D'ALFRED LABARRAQUE

Este vino cuya composición se garantiza inalterable es sin contradicción alguna la mejor de las preparaciones de quina. Es de gran valor como tónico y reparador y previene ó cura las fiebres. Obra de una manera maravillosa en los convalecientes para reparar su perdida salud. Exijase como garantía de origen la firma de **Alfred Labarraque**.
Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

LINIMENTO GENEAU, PARA LOS CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al **Cauterio**, y cura radicalmente y en pocos días, las **Cojeras**, las **Lisiaduras**, **Esquinces**, **Aleances**, **Moletas**, **Alifaces**, **Esparavanes**, **Sobrechucos**, **Flojedades**, etc., sin ocasionar **llaga** ni **caída de pelo**. — Los resultados en las afecciones de **Pecho**, los **Catarros**, **Bronquitis**, **Mal de Garganta**, **Optalmias**, etc., no admiten competencia. — La cura se hace á la mano en 3 minutos, sin dolor, y sin cortar ni afeitar el pelo. — Precio: 6 francos. — FARMACIA GENEAU, 275, rue Saint-Honoré, PARIS; — la **Habana**, en casa de los **SS. Sarra y C^{ia}**, y en las Farmacias del Estranjero. — **Madrid**, **GARRIDO**.

MEDICAMENTOS FRANCESES EN BOGA

De venta en **PARIS**, 7, calle de **La Feuillade**
EN CASA DE
MM. GRIMAULT y C^{ia}
Farmacéuticos de S. A. I. el principe Napoleon.
Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

JACQUECAS, NEURALGIAS, DOLORES DE CABEZA, DIARREAS Y DISENTERIAS
CURACION INMEDIATA POR EL

INGA DE LA INDIA

Esta planta, recientemente importada á Francia, en donde ha obtenido la aprobacion de la Academia de Medicina y de todos los cuerpos de sabios, goza de propiedades extraordinarias y ocupa hoy el primer rango en la materia médica. Detiene, sin peligro, las disenterias á las cuales se hallan sujetas las personas que viven en los países cálidos, y combate con el mejor éxito las **jaquecas**, **dolores de cabeza** y las **neuralgias**, todas las veces que tienen por causa una perturbacion del estómago ó de los intestinos.

POLVO FERRO-MANGANICO DE BURIN DU BUISSON

Aprobado por la Academia de Medicina de París.
Basta con una pequeña cantidad de estos polvos, en un vaso de agua, para obtener instantáneamente una agua mineral ferruginosa, gaseosa, sumamente agradable, que en las comidas se bebe pura ó mezclada con vino. Es muy eficaz contra los **colores pálidos**, **dolores de estómago**, **fleres blancas**, **menstruaciones difíciles**, **empobrecimiento de la sangre**, y conviene sobre todo á las personas que comúnmente no pueden digerir las preparaciones ordinarias de hierro. Tiene la inmensa ventaja sobre las demás de no provocar el estreñimiento y de contener la **manganesa** que los mas sabios facultativos franceses consideran indispensable al tratamiento ferruginoso.

PASTILLAS TOMAS DIGESTIVAS DE BURIN DU BUISSON

CON LACTATO DE SOSA Y MAGNESIA

Este excelente medicamento se prescribe por los mejores médicos de París contra todos los desarreglos de las funciones digestivas del estómago y de los intestinos ó sea **gastritis**, **gastralgias**, **digestiones pesadas** y **dolorosas**, los **eructos gaseosos** y la **hinchazon del estómago** y de los intestinos, los **vómitos** después de la comida, la **falta de apetito**, el **enflaquecimiento**, la **ictericia** y las enfermedades del **higado** y de los **riñones**.

ZARZAPARRILLA PARISIENSE

CONCENTRADA EN EL VACIO PREPARADA POR EL VAPOR

CON LA ZARZA ROJA DE JAMAICA, y conocida ya como muy superior á todas las demás preparaciones de la clase que se han presentado hasta hoy. A su gran eficacia como **depurativo de la sangre** une la ventaja de no irritar, ni que su uso cause inconveniente alguno, y luego lo equitativo de su precio.

PASTILLAS PECTORALES DE JUGO DE LECHUGA Y DE LAUREL REAL

Este agradable confite contiene los dos principios mas calmantes y mas inofensivos de la materia médica, y su uso es muy comun en Francia para curar **la tos**, **los resfriados**, **los catarros**, **irritaciones del pecho**, **catarro pulmonar**, **coqueluche**, **males de garganta**, etc.

NO MAS ENFERMEDADES DE LA PIEL PILDORAS del Doctor CAZENAVE

Estas Pildoras curan los **empeines**, **comezon**, **liquenes**, **cezema**, así como todas las enfermedades de este genero. El nombre del **S^r CAZENAVE**, médico en jefe del Hospital de San Luis de París, garantiza su eficacia.

PAPEL ELECTRO-MAGNETICO DE ROYER

Remedio infalible para la cura de los
REUMATISMOS, DOLORES NERVIOSOS, LUMBAGO, GOTA, NEURALGIA, PARÁLISIS, CATARROS, EPIDÉMICOS, ETC.
ROMADIZOS, INFLAMACION DE LOS BRONQUIOS, PALPITACIONES DE CORAZON, CALAMBRES DE ESTÓMAGO, ETC.

POLVOS DIGESTIVOS DE ROYER

CON PEPSINA Y S/ CARBONATO DE BISMUTH

Para curar prontamente los
DOLORES DE ESTÓMAGO, DISPEPSIA, ERUCTOS, VAPORES, VÓMITOS DE LOS NIÑOS, DIARREA, CALAMBRES, ETC.
DIGESTIONES DIFÍCULTOSAS, CÓLICOS VENTOSOS, ENTERITIS CRÓNICAS, CALAMBRES, PEREZA DEL ESTÓMAGO, ACRIITUDES, PITUITAS, ETC.

POMADA ROYER CONTRA LAS HEMORROIDES

Las **Hemorroides**, **fisuras del ano**, **Rajás de los Pechos**, se curan inmediatamente con LA **POMADA ROYER**.
Depósito general en casa de **ROYER**, Farmacéutico, rue St-Martin, 225, París. — Y en las principales farmacias del mundo.

CREOSOTA ROYER

CONTRA LOS DOLORES DE MUELAS

Este verdadero cloroformo dentario cura al punto los **dolores de muelas**, y previene la **caries**.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor **SIGNORET**, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas males consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

PHARMACIE GOTTY

PURGATIF LE ROY
SECON L'ORDONNANCE
DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Es
Plus Individuellement recueillant nos
Lettres s'opposent à nos

Rue 3

3 francos ASMA 3 francos

LA CAJA LA CAJA

SUFOCACIONES—OPRESIONES

Los doctores FABRE, DESBALLE, SERE, BACHELAT, LOIR-MONTEAU, CAYOTET y BONTemps, aconsejan los **Tubos Levasseur**, contra los accesos de asma, las opresiones y las sufocaciones, y todos convienen en decir que estas afecciones cesan instantáneamente con su uso.

Farm. ROBIQUET, miembro de la Academia de Medicina, 49, r. de la Monnaie, Paris.

NEURALGIAS

No hay práctico hoy que no encuentre cada día en su práctica civil cuando menos un caso de neuralgia y no haya empleado el sulfato de quinina sin ningun resultado. — Las **Pildoras ANTI-NEURALGICAS de Cronier**, por el contrario, obran siempre y calman las neuralgias mas rebeldes en menos de unahora.

Farm. ROBIQUET, miembro de la Academia de Medicina, 49, r. de la Monnaie, Paris.

JARABE y PASTA DE VAUQUELIN

BRONQUITIS AGUDAS O CRONICAS
ASMAS, OPRESIONES, CATARRROS
REUMAS, TOSES, CONTINUAS,
EXTINCION DE LA VOZ

son curados por el Jarabe y la Pasta preparados segun la fórmula del distinguido é ilustre profesor VAUQUELIN. — En Paris, botica Vauquelin-Deslauriers, 31, calle de Cléry y en todas las farmacias.

LAS PERSONAS QUE PADEOCEN NEURALGIAS,

ataques nerviosos, serán curados por la NEURALGINA LEHELLE, que cuesta tres francos. Los que padecen «gastralgias», enfermedades de estómago, de higado de intestinos, se curarán por el «digestivo» del celebre doctor HUFELAND. En Paris en el depósito Lechelle y en todos los demas países, 1 franco 50 céntimos.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.

De los hermanos **MARIE**, médicos-inventores, para la cura radical de las hernias mas ó menos caracterizadas. — Hasta el día los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los hermanos **MARIE** han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo. — **Vendaje sencillo**: 25 frs.; **doble**, 45 frs.

ENFERMEDADES DE LA PIEL

* **RESULTA** de los experimentos hechos en la India y Francia por los médicos mas acreditados, que los **Granillos** y el **Jarabe de Hidrocotila** de J. LÉPINE, son el mejor y el mas pronto remedio para curar todas las **empeines** y otras enfermedades de la piel, aun las mas rebeldes, como la **lepra** y el **elefantiasis**, las sifilis antiguas o constitucionales, las afecciones escrofulosas, los reumatismos crónicos, etc.

Depositar general en Paris: **M. E. Fournier**, farmacéutico, rue d'Anjou-St-Honoré, 56.

Para la venta por mayor, **M. Labélonne y C.**, rue d'Aboukir, 99.

Depósitos: en **Habana**, **Leriverend**; **Reyes**, **Fernandez y C.**; **Sara y C.**; — en **Mejico**, **E. van Wingaert y C.**; **Santa Maria Da**; — en **Panama**, **Kraetochwill**; — en **Caracas**, **Sturup y C.**; — **Braun y C.**; — en **Cartagena**, **J. Velez**; — en **Montevideo**, **Ventura Garraicochea**; **Lascases**; — en **Buenos-Ayres**, **Demarchi hermanos**; — en **Santiago y Valparaiso**, **Mouglardini**; — en **Callao**, **Botica central**; — en **Lima**, **Dupeyron, y C.**; — en **Guayaquil**, **Gault**; **Calvo y C.**, y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

INJECTION BROU

Higienica, infalible y preservativa, la unica que cura sin añadirle nada. — Se halla de venta en las principales boticas del mundo: 20 años de éxito. (Exigir el metodo). — En Paris, en casa del inventor **BROU**, calle Lafayette, 33, y boulevard Magenta, 192.

PILDORAS DE BLANCARD

DE YODURO DE HIERRO INALTERABLE

APROBADAS POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS

Autorizadas por el Consejo medico de San Petersburgo

EXPERIMENTADAS EN LOS HOSPITALES DE FRANCIA, BELGICA, IRLANDA, TURQUIA, ETC.

Menciones honorificas en las Exposiciones universales de Nueva-York 1853, y de Paris 1855.

Aprobadas ademas recientemente por la alta Comision médica que ha redactado el nuevo **Formulario farmacéutico francés**, estas Pildoras ocupan un lugar importante en la Terapéutica. Reuniendo las propiedades del **Yodo** y del **Hierro**, contienen especialmente para las afecciones escrofulosas (humores frios), la **leucorréa** (pérdidas blancas), así como en todos los casos en que es preciso **determinar una reaccion en la sangre**, bien sea para que recobre su riqueza y abundancia normales, bien para provocar y regularizar su curso periódico. Su eficacia es grande y real contra la **sifilis constitucional**, la **tisis** en sus principios, poseyendo al mismo tiempo la ventaja de estimular el organismo y por consiguiente de modificar poco á poco la constituciones débiles ó estenuadas.

N. B. — El yoduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel, irritante; por lo que como prueba de la pureza y autenticidad de las **Pildoras de Blancard**, deben exigirse nuestro sello de plata reactiva y nuestra **firma** estampada al pie del rótulo verde. — Desconfiense de las falsificaciones.

Blancard
Farmacéutico, r. Bonaparte, 40, Paris.

Véndense en las principales Farmacias.

NICASIO EZQUERRA,

ESTABLECIDO CON LIBRERIA, MENCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile,

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

NOTA. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile).

PEPSINE BOUDAULT

Al Doctor **CORVISART** medico del EMPERADOR NAPOLEON III y al quimico **BOUDAULT** se debe la introduccion de la Pepsina en la medicina.

La Acojida favorable hecha a nuestro Producto por el cuerpo medico entero y su admision especial en los **Hospitales de Paris**, son pruebas de su maravillosa eficacia digestiva —

Por Esto los medicos mas celebres la aconsejan cada dia con exito feliz, bajo el nombre de **Elisir Boudault** a la **Pepsina** en las Gastritis, Gastralgias, Agruras, Nauzeas, Pituitas, Gases, Disenterias, Chlora-Anemia, y los vomitos de las mujeres Embarazadas.

En Paris, en casa de **HOTTOT** pupil y sucer de **BOUDAULT** Qui mico rue des Lombards, 24, y en las Farmacias de America

LA VERDADERA PEPSINA-BOUDAULT EXIGASE COMO GARANTIA LA FIRMA

GUANTE RICO. — Calle de Choiseul, 16, en Paris. — GUANTE FINO.

Francos.		Francos.	
De caballero, pulgar que no se rompe.	5 25	Cabritilla, (precio de fábrica) para	
De señora, 2 botones.	5 75	señora y caballero, 2 botones.	4 50
De Suecia, 2 botones, caballero.	3 25	De Turin y Suecia, 2 botones.	2

BIBLIOTECA AMERICANA

CATÁLOGO RAZONADO de una coleccion de obras antiguas y modernas relativas á la historia y á los idiomas de la América, cuya venta se verificará el 15 de Enero de 1868 y los dias siguientes, rue des Bons-Enfants, núm. 28, en PARIS. — MM. MAISONNEUVE y C.^{as}, 15, quai Voltaire, cumplirán las comisiones de las personas que no puedan asistir á esta venta.

EAU DES CORDILLERES

Receta India
EL MEJOR DE TODOS
LOS DENTRIFICOS

Cura al instante los Dolores de Muelas mas violentos, destruye y previene los estragos de la caries, empleándola todos los dias. — **POLVOS DENTRIFICOS de las CORDILLERAS** — Depósito en PARIS, 33, rue de Rivoli. — América: En la Habana, **Sarra y C.**; **Vera-Cruz**, **J. Carredano**; **Mejico**, **E. Maillefert**; **Rio-Janeiro**, **J. Gestas**, rua Sao Pedro, 102; **Montevideo**, **Ventura Garraicochea**, **W. Cranwell y C.**; **Buenos-Ayres**, **A. Demarchi y hermanos**; **Caracas**, **G. Sturup**; **Valparaiso**, **Mouglardini y C.**; **Lima**, **E. Larroque**, **Hague y Castagnini**.

Medalla de Oro y premio de 16,600 francs.

QUINA LAROCHE

ELIXIR RECONSTITUYENTE, TÓNICO Y FERRÍFUGO

La Quina Laroché tiene concentrado, en pequeño volumen, el extracto completo ó la totalidad de los principios activos de las tres mejores clases de quina. Esto dice bastante su superioridad sobre los vinos ó jarabes mejor preparados que nunca contienen el conjunto de los principios de la quina sino en proporcion siempre variable y sobre todo muy restringida.

Tan agradable como eficaz, ni demasiado azucarado, ni demasiado vinoso, el **Elisir Laroché** representa tres veces la misma cantidad de vino ó de jarabe. (Frascos á 3 y 5 frs.) Depósito en Paris, rue Drouot, 15, y en todas las farmacias.

PILULES DEHAUT

PILDORAS DEHAUT — Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precision digna de atencion, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. — Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, segun la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan segun sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentacion, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. — Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse, so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instruccion. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

DIGESTIONES DIFICILES

DOLORES DE ESTOMAGO

Su curacion es cierta, merced al vino de **CHASSAING**, con pepsina y diastasa: su gusto es muy agradable.

Paris, 2, avenue Victoria.

Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

EXPRESO ISLA DE CUBA,

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la **Pentinsula** por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie. — Habana, Mercaderes, núm. 16. — E. RAMIREZ.

LÍNEA DEL MEDITERRÁNEO.

Servicio provisional para el mes de Agosto de 1867.

Salida de Barcelona, los dias 8 y 23 á las diez de la mañana.

Llegada á Valencia, y salida los dias 9 y 24 á las seis de la tarde.

Llegada á Alicante, y salida los dias 10 y 25 á las diez de la noche.

Llegada á Málaga, y salida los dias 12 y 27 á las dos de la tarde.

Llegada á Cádiz, los dias 13 y 28 por la mañana.

Salida de Cádiz, los dias 1 y 16 á las dos de la tarde.

Llegada á Málaga, y salida los dias 2 y 17 á las doce de la mañana.

Llegada á Alicante, los dias 3 y 18.

Salida de Alicante, los dias 4 y 19 á las seis de la tarde.

Llegada á Valencia, y salida los dias 5 y 20 á las cuatro de la tarde.

Llegada á Barcelona, los dias 6 y 21 por la mañana.

Darán mayores informes sus onsignatarios:

En Madrid, D. Julian Moreno Alcalá, 28. — Alicante, Sres. A. Lopez y compañía, y agencia de don Gabriel Rabelo. — Valencia señores Barrie y compañía.

LA AMÉRICA.

Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.

En el extranjero 8 pesos fuertes al año.

En Ultramar 12 idem, idem

ANUNCIOS.

LA AMÉRICA, cuyo gran número de suscritores pertenecen por la índole especial de la publicacion, á las clases mas acomodadas en sus respectivas poblaciones, no muere como acontece á los demas periódicos diarios el mismo día que sale, puesto que se guarda para su encuadernacion, y su extensa lectura ocupa la atencion de los lectores muchos dias; pueden considerarse los anuncios de LA AMÉRICA como carteles perpetuos, expuestos al público y corriendo de mano en mano lo menos quince dias que median desde la aparicion de un número á otro. Precio 2 rs. linea. Administracion, Baño, 1, y en la administracion de La Correspondencia de España.

VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Salidas de Cádiz, los dias 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde para Santa Cruz de Tenerife, Puerto-Rico, Habana, Sisal y Vera-Cruz, trasbordándose los pasajeros para estos dos últimos en la Habana, á los vapores que salen de allí, el 8 y 22 de cada mes.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera cámara ó entrepuente.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.
Santa Cruz..	30	20	10
Puerto-Rico.	150	100	45
Habana.....	180	120	50
Sisal.....	220	150	80
Vera-Cruz..	231	154	84

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos, á la Habana 200 id. cada litera.

El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.

Se rebaja un 10 por 100 sobre dos pasajes, al que tome un billete de ida y vuelta.

Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete años, medio pasaje.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid. Librerias de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen, y Moya y Plaza, Carretas.

En Provincias. En las principales librerias, ó por medio de libranzas de la Tesoreria central, Giro Mútuo etc. ó sellos de correos, en carta certificada.